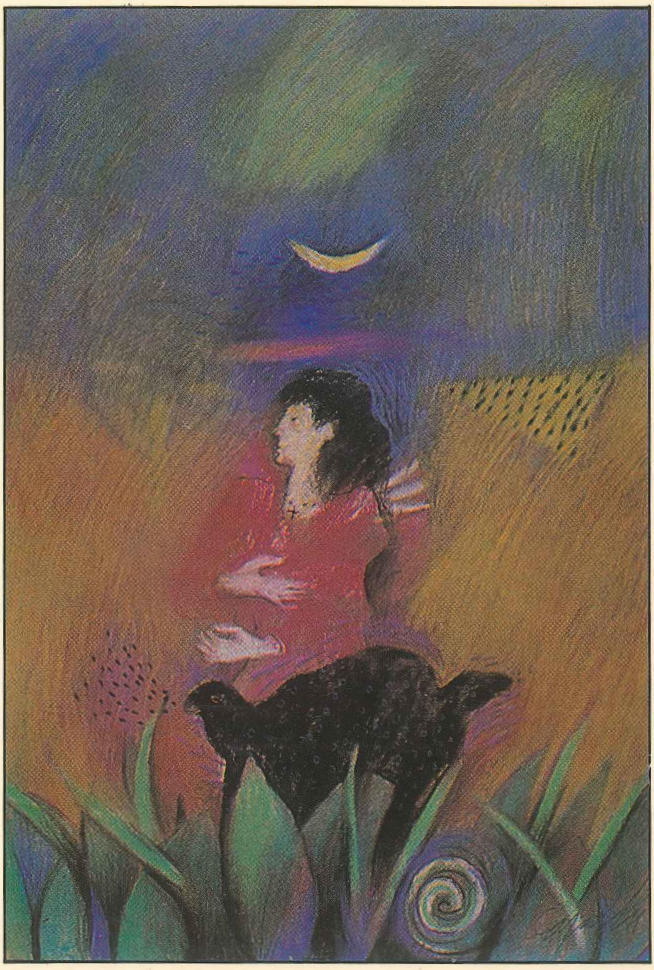
FABIO FIALLO

1.-LA CANCIÓN DE UNA VIDA



BIBLIOTECA DE CLASICOS DOMINICANOS

XII

1.- LA CANCIÓN DE UNA VIDA

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director:
Manuel Rueda

Asesores:
Pbro. Oscar Robles Toledano
Dr. Jorge Tena Reyes

Fotografía de Fabio Fiallo

Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XII

FABIO FIALLO

1.- LA CANCIÓN DE UNA VIDA

Prólogo y notas de
José Enrique García

EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
1992

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

Impreso por
Editora Corripio, C. por A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

Los dos tomos de Fabio Fiallo que la BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS ofrece en esta ocasión, o sea los correspondientes a su poesía y a su narrativa, pretenden ser los más completos y organizados que hayan aparecido de este autor. La edición está avalada, además, por notas críticas que dan cuenta del proceso investigativo emprendido, proceso que abarca desde las primeras apariciones de estas obras en periódicos y revistas de la época, hasta el cotejo de todos sus libros en primeras ediciones.

Si tomamos el primer libro de poesía de Fiallo, o sea Primavera sentimental *(Caracas, 1902) nos damos cuenta, al compararlo con los volúmenes siguientes, que se trata de un mismo poemario, apenas con unas pocas adiciones, lo que demuestra que el poeta, ya en los albores del siglo XX había compuesto sus textos definitivos, los que fue repitiendo de libro en libro, aunque los títulos de los volúmenes cambiaran y cambiaran así mismo los títulos de las partes y la ubicación en ellas de los poemas, lo que hizo confuso el posible rastreo de los mismos. Otros cambios de significación fueron los de las dedicatorias, que aparecían y desaparecían de los poemas y de los libros de acuerdo al humor del poeta, aun tratándose de figuras de la talla de una Gabriela Mistral, a quien dedica en* Canciones de la tarde *(Santo Domingo, 1920) el poema "Terina"; este poema aparece después sin dedicatoria y con el título de "Fue un beso", y ya en* La canción de una vida *(Santiago, 1942) lo vuelve a dedicar, esta vez a Manuel A. de Cabral.*

Fascinante ha sido el rastrear los textos desde sus primeras versiones, observar la naturaleza de los cambios en los que la técnica del poeta iba haciéndose cada vez más depurada y, sobre todo, el haber localizado un manojo de textos primerizos que, aunque de un romanticismo retórico y abundoso, ya perfilaban el estilo posterior

que lo caracterizaría, cuya apretada síntesis y asonantadas dulzuras lo emparentan, en nuestro idioma, con Gustavo Adolfo Bécquer. De este grupo de poemas el más importante es "Sus cartas", que recogemos ahora por primera vez en libro para unirlo al contexto de su obra y de cuya lectura el lector atento sacará abundantes conclusiones sobre la trayectoria poética de Fiallo. Sólo en el "Canto a la bandera" (1924) accederá de nuevo, de manera sorprendente, aunque con mayor dominio de la situación, a sus tonos retóricos iniciales, por los que habían continuado transitando sus compañeros neoclásicos.

Gracias a los manuscritos de Fabio Fiallo que la familia ha puesto generosamente en nuestras manos, hemos rescatado para la posteridad un poema suyo inédito, de indudable maestría expresiva; es curioso el hecho de que el poeta desestimara su publicación, lo que abre una serie de interrogantes sobre su procedencia y sobre sus características emocionales. Se trata de un poema sin título al que hemos puesto como tal su primer verso: "Vierten veneno mis cantos". ¿Sería éste un concepto enojoso para el poeta? ¿Vería, con sobresalto, en tal poema, un atentado a la deificación de la mujer, alcanzada como meta a través de su obra? No lo sabremos nunca, ni los motivos reales por los que relegó siempre la publicación de este poema, tan característico de su quehacer poético, copiado con su hermosa caligrafía y guardado junto a otros suyos, ya famosos.

Por desgracia va a quedarnos un vacío en las poesías completas de Fabio Fiallo que ofrecemos, y es el correspondiente a sus poemas patrióticos, de los que sólo se ofrecen algunos ya rescatados en libros con anterioridad; de los demás, se nos dice en la Antología de la literatura dominicana, *Volumen I, Colección Trujillo, que doña Silveria Rodríguez de Rodríguez Demorizi poseía los manuscritos originales. Como no hemos podido disponer de tales fuentes, quedan estos poemas en un limbo del que saldrán cuando las circunstancias nos sean favorables. En tal caso, nos comprometemos a ofrecerlos a nuestro público en nuevas ediciones de esta obra.*

Como buen romántico, Fabio Fiallo proyectó sus fantasías en la narración poética, llena de misterios de la siquis, de anécdotas eróticas y galantes, de paisajes exóticos donde diosas y sílfides de variadas mitologías se confunden con las musas de carne y hueso. Sus magníficos cuentos ponen de manifiesto, además, a un narrador de primera línea, diestro en las descripciones de tipos y lugares, así como a un hábil manejador del diálogo. De ahí su primer intento teatral, La cita, *que también hemos rescatado tanto por sus valores dramáticos*

como por la habilidad del artista para convertir el cuento del mismo nombre en una pieza escénica que en su época (1924) tuvo gran acogida del público. Aunque el libreto posee valores incuestionables, sólo se había editado una vez en pequeña tirada, a raíz de su presentación, siendo en estos momentos una rareza bibliográfica difícilmente localizable. Por suerte, la familia conservaba uno de los escasos ejemplares que existen, lo que nos ha permitido integrar definitivamente dicho texto a esta edición de sus obras.

Debemos decir que el título de Cuentos frágiles *(Nueva York, 1908) pertenece al modernista mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, quien ya lo había utilizado para sus propios cuentos en 1883. Esto parecía mortificar vivamente al dominicano, quien, ya sea por coincidencia o por simple inadvertencia, lo usó para sus cuentos por ser, tal vez, el que mejor se adaptaba a las ensoñaciones de sus anécdotas y personajes. Y en verdad, ningún apelativo cuadra mejor que el de frágil a la textura verbal y argumental de estas piezas tan cercanas, por su naturaleza, a una exquisita pieza de porcelana. Pero el poeta buscaba con afán el título salvador; puesto en ello, anuncia, como obra de próxima aparición, un nuevo libro de cuentos que, según su costumbre, no pasaría de ser el ya publicado, tal vez con la adición de una o dos piezas, y que llevaría el título de* Cuentos galantes. *El intento no llegó, sin embargo, más allá de tal anuncio y los* Cuentos frágiles *siguieron como tales, en especial después de que el segundo libro de cuentos del autor, publicado en 1934, no auspició ningún cambio general de título.*

Como ha sucedido con algunos poemas, damos aquí también diversas versiones de cuentos que el autor recogerá luego en Cuentos frágiles, *como son "¡Fatalidad!" y "El castigo", el primero publicado anteriormente el 19 de octubre de 1896, en el* Listín Diario, *el segundo en* La Cuna de América, *el 13 de diciembre de 1903; ambos, enfrentados a su nueva redacción, son reveladores de que el autor perseguía una mayor precisión y nitidez de los conceptos.*

Para terminar esta nota apresurada, deseamos agradecer a Rafael A. Fiallo, nieto del poeta, y a su esposa Luisa López de Fiallo, la confianza que nos han tenido al depositar en nuestras manos manuscritos, cartas, fotografías y otros documentos de inestimable valor que nos han permitido enriquecer la presente edición y nos permitirán futuras publicaciones destinadas al conocimiento de tan importante figura de nuestras letras.

Las gracias sean dadas también al poeta José Enrique García por su Ensayo preliminar tan profundo e iluminador, y a Tony Capellán por los hermosos pasteles con que se han embellecido las portadas de ambos libros en los que el pintor ha buscado captar la esencia del romanticismo de Fiallo haciendo uso de la sensibilidad moderna.

MANUEL RUEDA.

EL ROMANTICISMO DE FABIO FIALLO

Fabio Fiallo (1866-1942) se sitúa cronológicamente entre dos épocas: la romántica y la contemporánea. Sin embargo, su obra se ubica en la primera, la romántica, a pesar de la distancia temporal pues en el momento de su nacimiento, ya se arriba a una nueva visión del mundo y, de hecho, del arte, abriéndose la puerta de la modernidad, entendido el término en su sentido extenso. Fiallo escribe su obra en un tiempo en que se suceden varias vertientes de la contemporaneidad, sobre todo el modernismo y las vanguardias; no obstante, no participa de ellas, se instala definitivamente en la modalidad romántica.

Por otra parte, toda obra corresponde a una visión del mundo en un momento determinado, ése donde nace y crece el escritor como hombre sensible, capaz de captar y reflejar la esencia del mismo; en eso consiste estar situado en su tiempo y entorno. Y en tal sentido, se obra de acuerdo a unos postulados esenciales de época que el escritor ha hecho suyos a veces de manera consciente y otras, la mayoría, de forma inconsciente. Cada época se opone a la anterior: elemental dialéctica que ha posibilitado el transcurrir de forma distinta, aunque siempre se atienda al pasado como asiento del mismo transcurrir. Y esa oposición, además de encerrar unos motivos distintos propios del quehacer del hombre, conlleva unos procedimientos diferentes, procedimientos retóricos que se integran a los ya existentes y permiten modificar el lenguaje y, con ello, la literatura. El análisis del texto partiendo de este enfoque permite una mayor objetividad en su valoración.

Sobre Fiallo se ha escrito bastante, es el poeta de su tiempo más leído y comentado dentro y fuera del país. Tanto sus poesías como

sus cuentos atrajeron la atención detenida de eximios poetas como Rubén Darío, Gabriela Mistral, José Santos Chocano o Juana de Ibarbourou, entre tantos otros; de igual modo, conquistaron la mirada del lector común y anónimo. Un caso singular. Su obra alcanzó público insospechado, así como ediciones no soñadas para entonces. Sin embargo, a pesar de los variados trabajos que sobre ella se han realizado, resiste aún otras lecturas, otras miradas.

Su poesía

La poesía de Fiallo es, evidentemente, de raigambre romántica; de esto han dado cuenta todos aquéllos que han escrito sobre ella. Rubén Darío, uno de sus lectores más conspicuos, destaca ese rasgo cuando señala: "se expresa madrigalizador y romántico"[1] y, sin embargo, deja entrever la dificultad que existe de encasillarlo en el movimiento, situándolo en un punto donde sólo la naturaleza misma del poeta decide:

> *"Nació con el divino don y jamás lo ha profanado. El 'deus' para él no tiene que ver con escuelas ni cábalas seculares. Su escuela, su única escuela, es la de su amigo el ruiseñor, la de su amiga la alondra, sin que exista la parentela zorrillesca."*[2]

Hay en las palabras de Darío un juego, un benigno juego que tiende a halagar al poeta objeto del escrito. Darío no lo ubica en el romanticismo puro, mas no deja de hacerlo a la vez, pues vuelve a insistir en ello, aunque de una forma oblicua, cuando agrega:

> *"Y al oírle, yo pensaba no en nuestros maestros del simbolismo, en nuestros 'mauvais maitres', Verlaine y demás,*

1. Véase el texto de Darío titulado "Fabio Fiallo", que aparece en *Canciones de la tarde*, Imprenta La Cuna de América, Santo Domingo, 1920, pág. 109.
2. *Ibíd*, Págs. 102-103.

harto perseguidos por los nuevos; sino en los Bécquer y los Heine de antaño, dolorosos y amargados, cisnes muertos de pena amorosa." [3]

Y Joaquín Balaguer, en su trabajo sobre este autor dice al respecto:

"...sólo barruntó Fabio Fiallo la parte menos sutil y menos complicada: la del galanteo y el requiebro, lado romántico y puramente sentimental de los lances amorosos." [4]

Estas consideraciones se suceden en todas la reflexiones sobre su obra.

Ahora bien, ¿cómo es ese romanticismo de Fiallo, quien escribe cuando el movimiento no poseía ya el fuego, la vigencia de otrora y cuando la poesía modernista-contemporánea se asentaba en todos los ámbitos, aun en Santo Domingo, a pesar de nuestro atraso cultural? ¿Cómo enfrenta el poeta el hecho, cómo teje su obra? Es éste un asunto a dilucidar para su mejor comprensión. Hacemos, pues, un intento en esta ocasión.

Al igual que los que nos antecedieron en el estudio de Fabio Fiallo, sostenemos que se inserta en el movimiento romántico, del cual no se apartaría nunca, a pesar de lo que ocurre en su momento histórico y de sus contactos directos con otras culturas. Veamos cómo opera en él el romanticismo y cómo se manifiestan los elementos conformadores del mismo.

Con el romanticismo el subjetivismo alcanza su mayor grado, subjetivismo que se caracteriza por la preeminencia de la individualidad, por la conciencia de sí mismo que intensifica la vida interior, como bien señala Carlos Bousoño:

"Los románticos se manifestarán como sentimentales en todo: en la religión, etc, tanto como en el arte. Y como no sólo son subjetivísimos, sino muy subjetivos (al ser muy individualistas), el sentimentalismo de los románticos alcanzará unas cotas de máxima altitud." [5]

---

3. *Ibíd.*, págs. 104-105.
4. *Letras dominicanas*, Editorial de la Cruz Aybar, 2da. Edición, Santo Domingo, 1985, pág. 12.
5. Carlos Bousoño, *Épocas literarias y evolución —Edad Media, Romanticismo, Época Contemporánea—*, Madrid, Editorial Gredos, 1981, T. I, págs. 34-35.

Y este subjetivismo, conciencia de su ser dentro de un mundo que rechazan y que procuran reemplazar mediante la imaginación, tienden a exponerlo a través del yo; el yo campea en sus textos y, con él, todo el mundo interior del poeta. Por ejemplo, en la rima de Bécquer cuyo primer verso dice: "Espíritu sin nombre" todas las estrofas, salvo la VI, poseen el yo enunciado, y de forma conducente. Nunca se canta en el romanticismo desde la tercera persona; a veces, se acude a la segunda, —como forma de producir contraste y para retomar la presencia de la mujer—, pero este uso es muy espaciado.

En Fiallo domina el yo en sus distintas formas, como se puede constatar en esta muestra tomada al azar:

Mas, yo, no envidio al sol, sino al espejo
en donde ufana tu beldad se mira.
("¡Quién fuera tu espejo!")

Yo soy poeta delicado y triste
la lobreguez y la humedad me matan...
("Los odios")

Por la verde alameda, silenciosos,
íbamos ella y yo...
("Plenilunio")

La luna, anoche, como en otro tiempo,
con una nueva amada me encontró;
también anoche, como en otro tiempo,
cantaba el ruiseñor.
("Astro muerto").

Sus composiciones obedecen a este imperativo, a esta exigencia de la subjetividad. ¿Qué implica esta subjetividad en cuanto a lo temático, a los motivos que sirven de armazón a sus textos y que como tales se vuelven recurrentes? Pues bien, este subjetivismo, que no es más que el imperio de la interioridad del hombre-poeta, lo lleva a escoger temas en consonancia con dicha visión, por eso, la relevancia de la luna, la noche, lo misterioso, la soledad, la muerte, el amor en sus distintas vertientes, pero sobre todo el desgraciado e imposible; todos estos temas enhebrados aparecen constantemente en los textos de Fiallo. Esta subjetividad se manifiesta en la línea a través del yo, con su estructura morfológica intacta la mayoría de las veces y otras, mediante formas pronominales. El yo del poeta-sujeto convoca al yo del hombre, sin que ello implique la preponderancia del biografismo.

La decepción que genera el rechazo de la realidad inmediata, además de reforzar el sentimentalismo, conduce a la búsqueda de otros espacios —aspecto intrínseco al romanticismo—. Esta evasión, que opera en dos planos: espacial —el orientalismo— y temporal —la época medieval—, palpita en su imaginación y se plasma en la página justificando la constante aparición de doncellas que se adormecen a la espera de donjuanes en alcobas recargadas de decoración y que atisban desde los balcones la llegada del galán. Las alusiones a castillos, calles empedradas, faroles, torres, fortalezas, balcones, en fin, todo ese ambiente que trasunta un aire distante, medieval, no recrean la realidad arquitectónica dominicana —la cual sí se puede considerar impulso—, sino más bien son patrimonio de la imaginación. La presencia de orientalismo se puede apreciar en el poema "Carnet de carnaval", del cual citamos, por lo plástica que resulta, la última estrofa:

Oh, la hermosa de pálida frente,
princesita gentil de Estambul
que el ensueño nos trajo de Oriente
en su góndola de oro y azul.

Esta inclinación a la huida es propia del poeta romántico, no únicamente del modernista como a veces se proclama; éste la asumirá, pero ya estaba presente en el romántico. Y esto, de manera extensa, da respuesta a ese "supuesto modernismo" que algunos han querido ver en su obra; asunto que Balaguer, por otra parte, ya se encargó de desmentir: "...el autor de 'La canción de una vida' formó parte de la corte del vate nicaragüense, pero no incorporó a su poesía nada de la inspiración dionisíaca y de la grandeza faústica de aquel Apolo del trópico"[6]. Inclinación esta que es vigenciada a conciencia por Fiallo como muy bien puede constarse en sus textos.

Seguidamente, veamos uno de los temas esenciales de Fabio Fiallo y motivo romántico por excelencia: el amor y, con él, la mujer incitadora del mismo. El amor en todos sus tonos: puro, imaginado, carnal, engañado, pérfido, pero sobre todo, el amor imposible, el amor idealizado en grado extremo.

---

6. Ver "Discurso... en el develizamiento de la estatua del poeta Don Fabio Fiallo", recogido por Vetilio Alfau Durán.

La mujer, en sentido amplio, no la mujer de carne y hueso, sino la que se piensa e imagina como poseedora de todo lo que pertenece a la verdadera, paradójicamente nada posee como señala Espronceda: "Mujer que nada dice a los sentidos"[7]. Elogio supremo, aunque a primera vista produzca la impresión opuesta. La mujer-motivo es más esencia cuanto menos auténtica, cuanto más distante, difusa como se advierte en la elección que de sus mujeres hace Bécquer[8]. Y de igual forma, la mujer, o mujeres, de Fiallo, ésa que aparece en poemas como "En el atrio" *—Deslumbradora de hermosura y gracia—*, "Esquiva" *—ella me esquiva, casta y temblorosa—*, "For Ever" *—Allí, solo, mi amada misteriosa,/ bajo el sudario inmenso del olvido—* y aun patente en "Imposible" *—Esa roca es el pecho de tu amada,/ penetrarle mi dardo no podrá—*.

Este postulado epocal es determinante en su obra, el poeta nada puede contra él, aunque no deja de intentarlo en algunos momentos como se advierte en el poema "¡Quién fuera tu espejo!", donde se procura retener la imagen de la mujer amada y, por tanto, concretizarla, hacerla posible; sin embargo, se vale para ello de un elemento que de por sí implica sentido de fugacidad, el espejo.

---

7. Este verso aparece en la decimoquinta estrofa de *Canto a Teresa*, que reproducimos íntegra:

Mujer que amor en su ilusión figura,
mujer que nada dice a los sentidos,
ensueños de suavísima ternura,
eco que regaló nuestros oídos;
de amor la llama generosa y pura,
los goces dulces del amor cumplidos,
que engalana la rica fantasía,
goces que avaro el corazón ansía.

José de Espronceda, *El diablo mundo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, Pág. 176.

8. Esta elección se halla en la Rima X, que reproducimos a fin de visualizar en su totalidad la situación planteada.

—Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión;
de ansia de goces mi alma está llena.
—¿A mí me buscas? —No es a ti: no.

Mas, yo no envidio al sol, sino al espejo
en donde ufana tu beldad se mira,
que te ama, alegre, cuando están delante,
y al punto que te vas de ti se olvida.

La mujer, tema dominante por cierto, corresponde a esa mujer invocada, no a la sentida, muy lejos de aquéllas que llenaron sus días con su presencia y aliento —tres matrimonios tuvo según su biografía—, otras fueron sus musas. Balaguer dice al respecto:

"Los poetas de esta estirpe suelen vivir en mundos completamente ideales, es fama que Fabio Fiallo, en los años románticos en que vivió como el héroe de una comedia de capa y espada, se prendó de una mujer casada de gran belleza y de inexpugnable virtud. La amó castamente y la celebró con fervor en sus versos como Petrarca a Laura."[9]

Esta actitud ante la mujer no es privativa suya, responde sencillamente a la visión que del tema tenían los románticos. Y la poesía de Fiallo, como venimos afirmando, se inscribe totalmente en esa forma de vida y de quehacer poético. Todas sus mujeres que en el fondo se resumen en una, ya que lo ideal conlleva siempre un arquetipo, son ideales, fruto de la imaginación y de la necesidad de evasión.

Es preciso señalar un hecho relevante: el yo dominante se expande, alcanza otros espacios; la particularidad esencial no se

---

Mi frente es pálida; mis trenzas de oro
puedo brindarte dichas sin fin;
yo de ternura guardo un tesoro.
—¿A mí me llamas?— No; no es a ti.

—Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz
soy incorpórea, soy intangible;
no puedo amarte. —Oh, ven; ven tú.

Gustavo Adolfo Bécquer, *Obras completas*, Edit. Aguilar, Madrid, 1969, pág. 42.

Nótese cómo el sujeto del poema rechaza a las dos primeras mujeres, las de carne, las tangibles, eligiendo a la mujer inexistente, a la imposible, pero que hace posible, precisamente, el sueño, es decir, una realidad distinta y mejor que ésa a la que pertenece por su condición de hombre.

9. *Op. cit.*, págs. 132-133.

circunscribe al mundo interior, sino que se proyecta a lo social, a lo paisajístico, a lo histórico y a los hábitos de vida de las comunidades particulares. Y esta conciencia del contorno, de lo propio conduce a la valoración de lo nacional autónomo de manera hasta exagerada, exaltada. Pero este aspecto permanece en Fiallo, a diferencia de otros autores románticos, dentro del ámbito biográfico, sin que apenas asome a sus poemas. En ellos hallamos únicamente referencias locales: *cada día bajáis al Ozama,* en "Tras las rejas"; *y en la ardorosa tierra que el Ozama/ fecunda con sus aguas, revivir,* en "Nostalgia"; *y cuando vas a Güibia qué alborozo,* en "Lágrimas"; *la dulce virgen que surgió en Higüey,* en "La dulce visión"; *Aprended en nosotros, oh pueblos de América,* en "En tierra de Quisqueya"; *de hacer esclava a la infeliz Quisqueya* y *a los sones del Himno Nacional* en "Canto a la bandera".

El espacio exterior en Fiallo corresponde, pues, a uno interior, a ése que se genera en su yo, lo cual reviste una gran significación para entender su producción y, aun más, para su ubicación sin desmedro de sus valores propios. Podría argüirse que su obra de carácter patriótico "Canto a la bandera" escapa a esta consideración nuestra; nos adelantamos a esta posible objeción subrayando que esta aparente relevancia del elemento exterior no es tal, pues la bandera opera simplemente como símbolo, de raigambre patriótica evidentemente, prevaleciendo el mundo interior. Ocurre, por otra parte, que lo patriótico también se inserta en la visión romántica, que enfatiza los valores propios del terruño y la particularidad territorial.

La estructura que privilegia el autor de *La canción de una vida* es netamente romántica. Jamás abandonaría la concepción clásica de la composición; a pesar de que asiste a los cambios experimentados por el género, los nuevos aires estructuralistas no menoscaban su fortaleza permaneciendo aferrado a aquello que ya había hecho suyo. Inconmovible postura, tenaz posición, pasión por lo conocido. Él mismo alude a las nuevas formas poéticas de esta manera:

> *"...y por pretender encontrarla (se refiere a la originalidad) es que salen a la luz hoy en día tantas extravagancias y monstruosidades, que el diablo entienda y recoja para sazonar sus guisos."* [10]

10. "Contestación a las interrogaciones del señor Luis E. Álvarez", publicada en el *Listín Diario,* 19 de junio de 1927.

Y este apego suyo a la preceptiva tradicional lo pone de relieve Juana de Ibarbourou apuntándolo como uno de sus méritos. Dice la poetisa uruguaya:

> *"No se puede imaginar en Fabio Fiallo poemas de hoz y martillo, versos con el ritmo loco del jazz, estrofas que parecen nacidas en una de esas máquinas crepitantes que están matando en el mundo la verdadera poesía y el noble trabajo manual. Para honor suyo, diremos que está "deplacé" en esta hora mecánica y ruidosa del mundo, como un rey en la hora de las tumbas niveladoras y victoriosas. Así Dario, así Heine, así Bécquer. Vale la pena rezagarse en tal compañía."* [11]

Su instrumental preceptivo es limitado: la estrofa, el verso medido, la rima, el tono interior conducente, en suma, la simetría fónica que procura una composición donde la sonoridad se hace desde la parte hasta el todo. Versos endecasílabos y octasílabos predominantemente, seguidos de heptasílabos y otros menores. Las estrofas fluctúan entre estrofas de cuatro, cinco, seis y ocho versos, desde luego que la cuarteta presenta mayor frecuencia. Sobre este aspecto hay que precisar que Fiallo cultivó apenas el soneto, dejando sólo tres: "Sándalo", "Sombra de tu sombra" y "Soneto"[12]. Utiliza la rima imperfecta, popularizada por Béquer como acertadamente señala Balaguer[13].

En términos generales, sus composiciones responden a una estructura breve, apretada; escasos son los textos que presentan

---

11. Juana de Ibarbourou, "Noticia sobre Fabio Fiallo, gran señor de la vida y de la poesía", *Listín Diario*, 12 de septiembre de 1937.

12. Este soneto se publica en *El Eco de la Opinión*, No. 512, del 14 de septiembre de 1889. Tiene un propósito publicitario dirigido a promocionar la fábrica de cigarrillos "La Mascota", de Vicente Méndez, a quien lo dedica.

13. Balaguer, en su ponderado trabajo sobre Fiallo, se ocupa del estrato fónico —análisis tan desdeñado por nuestra crítica— y llega a conclusiones acabadas. Dice al respecto: "Todos los versos de Fabio Fiallo (con la excepción de tres o cuatro composiciones: *Rima Profana, Lis de Francia, Sándalo*) se hallan escritos en la forma de rima imperfecta popularizada por Gustavo Adolfo Bécquer" (*Op. cit.*, pág. 24); y a esto agrega: "Pero con mucha más frecuencia que Bécquer, Fabio Fiallo siguió la práctica de variar la rima aun en composiciones sumamente breves" (*Ibíd.*) Y finalmente: "En sus mejores composiciones, sin embargo (*For Ever, Inmortalidad, Plenilunio*), se acomodó al procedimiento, común en los versificadores españoles, de repetir hasta el fin de la misma rima" (*Ibíd.*)

cierta extensión. La relación con las estructuras poéticas del romanticismo ortodoxo es clara. Sin embargo, atendiendo a un criterio formal-estructural, lo más significativo reside en los procedimientos retóricos que maneja, en la consecución de los efectos compositivos que sustentan su obra.

Una de las técnicas privilegiadas por los románticos es la hipérbole, que consiste en la exacerbación o exaltación a fin de alcanzar efectos de trascendencia o de dar esa apariencia. El uso desmesurado de este recurso, que se halla tanto en la factura del poema como en la situación poetizada, procura ese efecto de grandiosidad, de majestuosidad tan caro al romanticismo. Corren por sus versos las grandes montañas, los caudalosos ríos, los extensos valles, en fin, mucho más de lo que la naturaleza y la vida ofrecen a la vista y al entendimiento. Fiallo no escapa de este imperativo del movimiento, como se aprecia en los siguientes ejemplos: "mas, súbito, su dulce voz me nombra.../ se hunden las cien montañas a su vez'. '¡Pues claro! Por el suelo diez estrellas/ han rodado, partido el corazón', 'y deja que en su ventana/ cien sortijas rompa el sol', 'mi madre entonces mi inquietud calmaba/ con cien leyendas de otra edad que fue". No obstante, la moderación en el uso de este principio, su carácter esporádico es un rasgo que caracteriza su obra poética.

Existe, por otro lado, un recurso muy característico del arsenal retórico de los románticos: se trata de la antítesis o contraposición de dos realidades de contraria significación para lograr una nueva, generalmente más voluminosa que las dos que enfrenta. Claro está que este procedimiento no es privativo suyo encontrándose ya en textos clásicos y, en general, en toda la tradición literaria; sucede que los románticos por necesidad y más aún, por razón vital, lo hicieron suyo y lo aplicaron de modo sistemático.

Fiallo usa la antítesis y lo hace con bastante insistencia; es más, podría afirmarse que es su recurso predilecto, el que le permite, a fin de cuentas, lograr los hallazgos expresivos que se dan en algunos de sus poemas. Una nota distintiva suya es la peculiar forma en que lo aplica, distanciándose de otros poetas de su misma estirpe, en particular de sus dos antecesores más inmediatos: Bécquer y Heine.

El poeta construye la estructura versal conflictiva a través de antítesis de situación, como en el poema "En el atrio", donde los dos últimos versos centran todo el peso del conflicto: "e indiferentes viven y tranquilos/ ¡ay!., todos menos yo"; quítensele éstos y se verá que todo el resto carece de valor expresivo. La misma técnica se encuentra en

otros poemas como "Misterio": "Solo al morir... cuando en mis labios sea/ tu dulce nombre mi postrer canción". Igualmente en "For ever": "cuán corta encontraré la noche eterna/ para soñar contigo", apelando en este último caso a una forma comparativa y, a la vez, superlativa, auténtico hallazgo expresivo.

Sin embargo, el recurso encuentra su mayor soporte en la conjunción adversativa *mas*, que constituye el elemento por excelencia que le permite construir la antítesis; en treinta y ocho textos aparece sosteniendo la composición —hecho muy significativo dada la brevedad de la obra—. La conjunción en sí misma conlleva la oposición, el contraste que se refuerza con la adecuada colocación en el texto, adquiriendo valor poético especial, ya sea positivo o negativo. Veamos algunos casos.

El poema "¡Quién fuera tu espejo!" está constituido por tres estrofas. Tras describir las bondades de la amada recurriendo a la naturaleza, se muestra el conflicto en la tercera estrofa:

Mas, yo, no envidio el sol, sino al espejo
en donde ufana tu bondad se mira,
que te ama, alegre, cuando estás delante,
y al punto que te vas de ti se olvida.

De eliminarse 'mas' el poema marcharía por otros rumbos y sería, por supuesto, ineficaz desde el punto de vista expresivo, pues precisamente aquí se conjuga la articulación entera, posibilitando la oposición; esta palabra adquiere, por tanto, un doble valor: formal y semántico.

Veamos otro ejemplo para ratificar el hecho poético señalado. En el poema "Esquiva" nos encontramos con idéntico caso: una composición de tres estrofas y la conjunción 'mas' encabezando la última. Se recrea una evidente oposición; en las dos primeras estrofas se lamenta el poeta por el amor no correspondido —'Nunca su mano se posó en mi mano'—, sensación negativa que se refuerza cada vez más en los versos subsiguientes —'nunca gocé su cándida sonrisa'— y al llegar a la tercera el drama se dimensiona, adquiere fuerza mediante el 'mas' iniciador —'Mas, cuando voy ya lejos en mi ruta/ siento detrás de mí volar sus ojos'—. La conjunción, pues, además de establecer el vínculo con las dos estrofas anteriores, crea el conflicto. El rechazo, finalmente, se desenvuelve en esperanza, insinuación de la posibilidad de ser en el otro.

Posee Fiallo un texto que alcanzó celebridad y que anda en la memoria del que alguna vez lo leyó: "Gólgota rosa". Hermosa y hasta singular composición. Decimos singular porque, aunque se inscribe dentro del mundo romántico, traspasa sus límites remontándose a la mitología al evocar a Eros y Tánatos. A continuación, nos disponemos a analizarlo a manera de cala. Aunque sus motivaciones tienen raíces ancestrales, partimos básicamente de las propias de la lengua española. El texto se edifica en una oposición recurrente que se inicia desde el título y llega hasta el último verso; se trata del dolor y el goce en combate, combate que tiene a Dios como sujeto quien por naturaleza lo reúne todo.

El poema lo constituyen cinco cuartetas con versos endecasílabos y rima irregular. Tras una primera mirada, advertimos una situación que conspira contra las creencias establecidas, especialmente las de carácter religioso, manifestando una especie de irreverencia o sacrilegio puesto que no se concibe lo planteado, aun en un texto de ficción como es el poético. Sin embargo, una lectura más profunda nos lleva a apreciar otro aspecto, tal vez es más rico y, por qué no, gozoso: la conjunción de sentires propios del cuerpo y del alma, de la dualidad del ser, la simbiosis entre lo sagrado y lo profano; visto de este modo, el poema se inscribe en esa tradición gloriosa que integra en un todo los dos planos y cuyo punto de arranque en cuanto a excelencia lo encontramos en místicos de la talla de San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

Lo profano y lo sagrado, como en el "Cántico espiritual"[14], en

14. Este sentido profano que posee la obra del excelso místico ha sido testimoniado por numeresas y prestigiosas plumas. Enumerarlas no es aquí nuestro objetivo; sin embargo, a modo de ilustración exponemos dos de esas opiniones. Luis Cernuda en *Poesía y literatura*, Barcelona, 1965, dice: "Durante mucho tiempo lo he leído, como supongo que le han leído hasta quienes mejor pretenden conocerle, con una mente por completo profana. No digo que sea vano hacer tal cosa; mas al proceder así privamos a la poesía de San Juan de la Cruz de la más alta calidad, ya que en ella se expresa el embeleso, el éxtasis del poeta al unirse en rapto de amor con la esencia divina... Más aún desde un punto de vista literario mundano, pocas cosas tan bellas existen en nuestro idioma como la obra de San Juan de la Cruz". Mientras que Jorge Guillén en *Lenguaje y poesía*, Revista de Occidente, Madrid, 1962, escribe: "Está clara pues la trascendencia simbólica de estos versos. Trascedencia dentro del orden profano. No ofrece otro alguno esta poesía. El lector, a solas con ella, no puede pasar al orden sagrado. Ahí, entre tales símbolos, no ha lugar la alegoría que el autor, y sólo el autor, señala, porque sólo existe en un ánimo privado, y no de modo objetivo en el texto. Aquí tenemos tres magníficas expresiones del amor humano en ausencia y presencia, en inquietud y plenitud. Los poemas, si se los lee como poemas —y eso es lo

ambigüedad siempre, se elevan y se entretejen; amor a Dios, mas amor a la carne —que proviene, como toda obra de Dios en el mundo, de su voluntad—; ambos son factibles en forma aislada o en comunión. Desde siempre ha habido en la literatura una presencia de lo sagrado, en simbiosis con lo profano, con la sensualidad, con el erotismo latiendo en las páginas de memorables textos, atravesando su aliento. Visto desde esta dimensión, el caso de Fiallo en "Gólgota rosa" adquiere resplandor y se justifica en la vertiente poética que la tradición ha profundizado.

Con el título se inicia ya el conflicto, la situación objeto del texto. El monte del calvario, que refiere el dolor y la agonía humana, y la rosa que se desdobla en la mujer amada, en amor, en goce. La rosa contiene dentro de su campo de sentidos a la mujer, especialmente la mujer amada. "La rosa única es, esencialmente, un símbolo de finalidad, de logro absoluto y de perfección. Por esto puede tener todas las identificaciones que coinciden con dicho significado, como centro místico, corazón, jardín, paraíso de Dante, mujer amada y emblema de Venus, etc."[15]. Ambas palabras, gólgota y rosa, edifican un sentido de mayor amplitud: el amor a la humanidad, pero también el amor carnal y procreador. De ahí la significación que adquiere de entrada la mujer, al ser ella la que posibilita la continuidad de la vida a través de ese acto amoroso.

La situación inicial se desenvuelve en las cinco cuartetas que conforman los veinte versos endecasílabos con rima irregular. La intuición del poeta arranca de una mirada furtiva, oblicua pero a la vez persistente por la curiosidad y el asombro, por la belleza que suscita la visión del crucifijo que pende del cuello de la mujer en una posición que posibilita el juego erótico. Y he aquí el escenario, dos colinas, los senos de la mujer, el santuario donde dulcemente se erige el sacrificio, la crucifixión, el acto amoroso, la carne en descenso y también en goce pleno. Es notoria esta dualidad que se desplaza por todo el cuerpo del poema, dualidad donde se afinca la ambigüedad, que opera desde una visión inicial del mundo reiterada a través de los tiempos y que se asienta en el cuerpo de la mujer, escenario de lo erótico, del dolor y el goce amoroso. Ambigüedad que se manifiesta a través de asociaciones, de un juego de semejanzas:

---

que son— significan más que amor, y sus términos se afirman sin cesar humanos".

15. Juan Eduardo Cirlo, *Diccionario de símbolos*, Edit. Labor, Barcelona, 7a. edición, 1988, pág. 390.

Cristo desdoblándose en Don Juan, el arquetipo del amante, personaje del romanticismo más genuino; el espacio que media entre los senos evocando el calvario, el gólgota.

El poeta declara la intención de la composición cuando dice 'tal expresión de goce mundanal'; en ella se sustenta eso que se puede considerar como sacrilegio pues lo sagrado se rebaja hasta llegar a la sensación pura, al júbilo de la carne, patrimonio también de los dioses, los engendradores, los creadores de ambas entidades. En el último verso, la palabra "oblicua" sintetiza esa ambigüedad formal y argumental en la que se levanta el poema y reúne el nudo situacional, hay ambigüedad en el texto como la hay en la conducta humana y, aún más, en la misma creación del hombre que encarna los dos planos por los que fluye el texto.

El poeta rescata una visión del ser humano que remonta muy atrás, empalmando con las concepciones místicas que asumen y profundizan esa dualidad, tal vez equívoco, tal vez certeza de la creación. Si hay un texto simbólico en la obra de Fiallo es éste: todo el poema opera como un símbolo de esa dualidad, de ese combate permanente entre el mundo carnal y el espiritual.

Su obra cuentística

La obra cuentística de Fabio Fiallo se reúne en dos volúmenes: *Cuentos frágiles* (1908) y *Las manzanas de Mefisto* (1934). Completan la misma el cuento titulado "Yubr", publicado en *Plan de acción y liberación del pueblo dominicano* (1922), así como otros trabajos que, de manera esporádica, publica en periódicos y revistas de la época: "Mi primer encuentro con el general Lilís", "Desde el balcón de los recuerdos", "Angelina", "Fatalidad", "La tremenda profecía" y "Un episodio del año 1896".

Esta obra narrativa consta de cuarenta títulos, distribuidos de la siguiente forma: dieciocho textos componen *Cuentos frágiles;* dieciséis *Las manzanas de Mefisto,* cinco aparecen en periódicos de la época y uno —"Yubr"— forma parte de una publicación de carácter cívico.

El título de su primer libro de cuentos ya aparece anunciado en 1902 en su primer libro de poemas: *Primavera sentimental;* este mismo título ya había sido utilizado por el poeta y cuentista mexi-

cano Manuel Gutiérrez Nájera, quien en 1883 publica su primer conjunto de cuentos con el título de *Cuentos frágiles*; no obstante, hay que admitir que Fiallo se aferra a dicho título, lo que demuestra su convencimiento de que lo considera el más apropiado para sus cuentos. Por otra parte, en 1908 y en la misma edición de su primer libro de relatos, Fiallo anuncia "Cuentos galantes" como título de una colección de cuentos en preparación, lo cual vuelve a reiterar en 1920 en su libro de poemas *Canciones de la tarde*; pero nunca llega a materializarse. En torno a su segundo volumen, *Las manzanas de Mefisto*, el propio autor nos ofrece la siguiente nota aclaratoria al comentar el prólogo de Ana María Garasino: "Este prólogo fue solicitado de la excelsa escritora del Paraná, cuando el título del libro era otro, y el cuento que hoy le da su nombre no había sido escrito aún"[16].

Hecha esta aclaración entramos a considerar sus cuentos. En líneas generales, la cuentística de Fiallo refleja una profunda cohesión en cuanto a factura y temas, a pesar de la distancia cronológica que media entre sus publicaciones, lo cual obedece, creemos, a ese apego que profesó a la visión romántica del mundo y de la literatura. Sus cuentos, salvando excepciones, al igual que su poesía, fluyen por el cauce romántico, ratificando la coherencia de su obra total. Entre poesía y cuento —es el caso también de la única obra de teatro que de él se posee, "La cita"— hay un trasvase de temas, atmósfera, conflictos, lenguaje, y hasta de personajes en los casos que pueden ser intercambiables, como entre la narración y el drama. Sin embargo, sus cuentos enriquecen su temática, los recursos y el lenguaje, ampliando considerablemente el mundo que recrea desde su sensibilidad.

Todo cuento posee, de una u otra forma, implicados en el tejido narrativo estos elementos: un tema o motivo, un tiempo real o ideal, unos conflictos y un espacio en el que se suceden las acciones que unos personajes protagonistas y antagonistas generan. Todo formando un conjunto indisoluble, donde cada elemento se integra al otro, construyendo una estructura cerrada que posibilita, por otra parte, la identificación certera de esos componentes, así como la ubicación de la pieza en la historia del género.

Partiendo, pues, de este esbozo estructural del género verificamos en muchos de sus cuentos, en la mayoría, dicha estructura,

16. *Las manzanas de Mefisto*, Impresos Ugca, La Habana, 1934, pág. 5.

aunque no todos se ajustan a esta exigencia; los hay que adolecen de esta estructura cíclica como: "El busto de mármol" "La derrota de Eros", "El rayito de sol", "Gloria", "Venus indómita", "Si resultare", "El sendero abandonado" y "Plegaria de una margarita". El fluir de la imaginería se apodera de la intención narrativa en toda su extensión, y entonces los textos se acercan mucho más al poema en prosa, cultivado por el autor en "Poemas de la niña que está en el cielo", que al cuento propiamente entendido como una estructura de movimiento ascendente o descendente. No obstante, posee piezas que lo afianzan en el género como "Cleopatra", "La última hazaña de Don Juan", "Esquiva", "El castigo", "Entre ellas", "Yubr", "Flor de lago", "Ernesto de Anquises", "El príncipe del mar", "La condesita del castañar", "Las cerezas", "Soika", "Esquiva", entre otras.

Fiallo incursionó en las variadas estructuras del cuento. Algunas de sus piezas, como "Tiranía", se desarrollan en un único párrafo, vigenciando ese tipo de cuento muy breve de la tradición universal y que en Hispanoamérica es usado con profusión a partir básicamente del modernismo; de igual modo, recurre al empleo de estructuras extensas.

Sus cuentos, en sentido amplio, recrean motivos semejantes a los de sus poemas, aunque aborda otros que no están implicados en sus textos poéticos ampliando así su mundo temático. Hay en ellos una amplia gama de motivos: sicológicos, íntimos o amorosos, fantásticos, bíblicos, misteriosos e incluso sociales. Temas que, generalmente, representan conflictos de naturaleza interior, sumamente íntimos, hasta llegar a lo puramente sentimental. Amor, amor en todas sus manifestaciones: amor puro como en "Plegaria de una margarita" amor lujorioso en "Venus indómita", amor infiel en "La condesita del castañar", amor brioso en "La última hazaña de Don Juan", amor compartido en "Manzanas en sazón". Y en este orden, aparecen el odio, contraparte del amor en "Vendetta", los celos en "El busto de mármol" y "Si resultare", la muerte en "Tiranía" con un matiz de carácter patriótico, la prostitución en "Cleopatra" —motivo este último que resulta extraño en Fiallo, dada su tendencia a la idealización de la mujer—. Igualmente desfilan en su producción otros que responden a esos primarios: hazañas heroicas, vidas desgraciadas, pasiones sin límite, desengaño, compasión, hijos perdidos, mujeres abandonadas, hombres humillados, temores y sumisiones, el misterio como acechanza y presagio, el honor y la valentía. En fin, un repertorio de motivos que obedecen al patrón romántico, a esa

concepción de la vida y, sobre todo, de la literatura, donde advertimos a los personajes que tejen los conflictos que sostienen a sus textos.

Y aquí entramos en otro aspecto de su cuentística. Fiallo crea en unos casos unos personajes sumamente verosímiles, en el sentido de que responden desde el ángulo de la ficción a esa realidad que los genera; sin embargo, existen otros que sólo son asomos, voces que no alcanzan a configurar una imagen consistente.

Personajes muy configurados son Soika y Ernesto de Anquises —en los cuentos homónimos—, Lucy, la cortesana de "Cleopatra", el perro Yubr, el teniente Henkel y el conde Mizzca en "Yubr". Los otros, condesas, Don Juan, príncipes, marinos aventureros, mujeres que toman té en un café y hablan de cosas mínimas, gnomos, doncellas, venus, etc. son introducidos de manera directa, llevando a una figuración que alcanza a asentar los perfiles propios, y característicos en cada caso. Fiallo está más preocupado en estos casos por la situación objeto del relato que por la configuración de los personajes. El efecto que se procura no está en los rostros, sino en las voces. Y es por eso que al finalizar la lectura perdura la sensación de conflicto, por encima de la presencia de los protagonistas y antagonistas, que son generalmente voces que se adormecen en el tejido de la fantasía.

Los personajes en toda obra narrativa requieren de un tiempo y un espacio para testimoniarse como tales. El tiempo lógico narrativo no es tan visible en la mayoría de estos trabajos; las situaciones ocurren sin que el lector se llegue a percatar del tiempo en que se desarrollan. No se capta ese fluir temporal; no hay rasgos que ubiquen los asuntos en el tiempo. Desde luego que en aquellos textos que poseen mayor elaboración formal como "Soika", "Yubr", "Cleopatra", "El nabab", los conflictos se asientan en una temporalidad concreta y, en cierto modo, hasta lógica.

Igual comportamiento encontramos en lo referente al espacio. Los ambientes en la mayoría de los textos aparecen difuminados, provienen generalmente del mundo de la imaginación, de la fantasía, del recuerdo de lecturas: balcones, alcobas medievales de cortesanas, marquesas y condesas; salones de baile; a veces bares de puerto de épocas distantes, necesidad de evasión; que nos remiten a aquellos otros que innumerables veces encontramos en las novelas románticas; tratamiento que se relaciona con esa búsqueda propia del escritor romántico. Sin embargo, en otros textos, aun existiendo

esta nota de huida de la realidad inmediata, se produce una mayor adecuación entre situación narrativa y espacio, como en "Yubr", "Tiranía", "Soika", "Cleopatra", "El nabab", donde se recrean ambientes rusos, alemanes, neoyorquinos que, por su parte, imprimen al texto mayor verosimilitud al ser escenarios más definidos, más concretos. Es significativa, en este sentido, la ausencia del ambiente dominicano; el autor huye de su medio, no hay asomo de ningún elemento propio del país, ni flora, ni fauna, ni geografía, tampoco el elemento humano; únicamente hallamos alusiones en sus textos de carácter autobiográfico "Mi encuentro con el general Lilís" y "El balcón de los recuerdos", dos trabajos de ocasión que, por sus mismas características, no forman parte de su mundo narrativo, simples relatos de acontecimientos que vivió en su juventud.

En el estrato formal, Fiallo emplea con moderación los procedimientos intrínsecos del relato. Sus descripciones son precisas y adecuadas a los caracteres, a los paisajes y a las situaciones. Ahora bien, el recurso manejado con mayor destreza es el diálogo; diálogos vivos, correctos, más allá de las simples referencias del coloquio, integrándose siempre al nudo narrativo, diálogos propios de la situación y reveladores del mundo íntimo de los personajes. Veamos dos ejemplos:

—¡Hola!, Dwinska, ¿está en casa el señor conde?
—Sí, señor capitán; pero...
—No está visible, ¿verdad, Dwinska?
—Verdad, señor capitán, no está visible.
—¿Nos ha sentido llegar?
—No, señor capitán.
—Y bien, Dwinska, ya lo véis: somos cinco extraviados cazadores muertos de fatiga, de hambre y de sed.

(de "Yubr").

Y el otro ejemplo:

—¡Ah! no se enoje, Clara; pero, ¿acaso ha pensado usted que yo la amo al igual de los otros?
—¿Y cómo me han amado los otros?
—Los otros la han querido a usted, Clara, como usted ha querido a los otros.
—¿Y ese amor es?...

—La hora que pasa.
—¿Y el amor de usted?
—¡Mi amor, señora, es la inmortalidad!
(de "La cita").

El lenguaje depurado y correcto, asimismo la sintaxis: la escritura regular prevalece en estos textos. Llama la atención ese apego a la normativa en un momento en que el lenguaje es sometido a enormes exigencias expresivas, tanto así que se crea una nueva retórica que comprende todos los estamentos del lenguaje. A pesar de esta sujeción a la norma, sus cuentos no están exentos de propiedad y elegancia; su lenguaje llega a rebelarse por momentos en "Cleopatra", "Yubr", "Soika" donde se advierten otras formas más concordantes con la narrativa contemporánea.

Fiallo, por imperativo epocal, pudo haber acudido a los recursos retóricos propios del modernismo y, sin embargo, no lo hizo; por ejemplo la sinestesia, que le hubiese permitido adentrarse en zonas desconocidas de la palabra, únicamente es empleada en el cuento "La derrota de Eros" —'de nieve perfumada y tibia'—. Recurre, sin embargo, con frecuencia a la hipérbole, a la exageración, procedimiento romántico por excelencia. Esta ausencia de los procedimientos modernistas obedece a que permanece anclado a la ortodoxia romántica.

A continuación, pasemos a comentar brevemente algunos de estos trabajos. En "La inolvidable" la fantasía se adueña de todo el tejido, la imaginería se asienta en la línea; románticos son el decorado, la atmósfera, los sentimientos que estremecen a los personajes, también el conflicto. "La cicatriz", es una interesante narración por la fluidez y la articulación de los elementos que el autor apresura, sin embargo, en busca de la brevedad de una trama que requiere un tratamiento más extenso. Se recrea en ella el mito bíblico de Caín y Abel, ahora con una prostituta como motivo de la discordia.

En "El castigo" tenemos, formando el nudo situacional, una serie de motivos románticos enhebrados como: Don Juan, el salón, el duelo, el galanteo, la nostalgia, la juventud perdida, el baile de disfraces, el amor idealizado, el amor desgraciado, el hijo desconocido, todos ellos en el mismo tejido del cuento.

La cuentística de Fiallo alcanza su mayor expresión en cinco textos singulares: "Esquiva" "Ernesto de Anquises", "Yubr", "Soika" y "Cleopatra", en los cuales la ambigüedad expresiva, necesaria a la

creación literaria, se muestra con cierto relieve, con matices luminosos y atrayentes.

En "Esquiva" retoma Fiallo una de las constantes de su poesía, la idealización de la mujer, tema que aparece en los poemas "¡Quién fuera tu espejo!", "Esquiva", "Imposibles". El personaje de la mujer se siente, pero no se hace visible hasta el final del cuento, cuando en un instante, su rostro se nos muestra súbitamente reflejado en un espejo, produciéndose el milagro. Destaca, por otra parte, un elemento no tan frecuente en la obra de Fiallo: el humor, que late igualmente en "La última hazaña de Don Juan", donde se recupera indirectamente el tema de "Gólgota rosa": la inclinación a la irreverencia.

"Ernesto de Anquises" nos proporciona un ejemplo de cuento romántico muy próximo al mundo narrativo de Poe. El misterio se asienta en sus líneas, así como la incertidumbre; incertidumbre que se genera a partir de una frase, de un comentario que transgrede la norma y va creando, en un movimiento ascedente, un clima presagioso y, a la vez, de sostenida angustia que se apodera de la totalidad del relato, cerrando con un final que nos devuelve al horror experimentado, o presentido, a través de la lectura.

Esta presencia de lo fantasmal, siempre en crescendo, se inicia con una observación que en torno a la vida y la muerte hace un concurrente a una boda aludiendo a la novia:"¿La veis cuán bella?... Pues bien, dentro de breves años será carroña asquerosa, y después un horrible esqueleto". Dicho comentario se vuelve maleficio, vaticinio de un descenso a destiempo: la mujer muere al poco tiempo a causa del rechazo del esposo quien no la veía como una joven hermosa, sino como un esqueleto. Ernesto huye en busca de razones a la existencia, mas nada encuentra y regresa al hogar. Y es entonces que la presencia inicial cobra magnitud, agrandándose en el tejido de lo tenebroso y sombrío; Ernesto se reconcilia con su esposa, es decir, con el cadáver de ésta; ama ahora aquello que, al ser presentido, provocó el drama: ' Con fuerza sobrehumana Ernesto de Anquises me arrastró consigo, abrió una puerta y me hizo penetrar en una suntuosa alcoba. Allí se alzaba un tálamo. Sobre el tálamo dormía un esqueleto".

Encontramos en "Yubr" una historia sostenida, sin caídas, plena de sobresaltos, de matices situacionales; con un fluir limpio y una trama coherente; con fuertes conflictos humanos que se deslizan por una estructura circular donde cada elemento se integra al conjunto;

con unos personajes definidos con brevedad y firmeza de trazos; con un interés que nunca decae y, sobre todo, con una gran plasticidad, asentada tanto en la línea como en el conjunto.

El cuentista concibe el texto en Alemania y lo escribe en Santo Domingo; sin embargo, como es norma reiterada suya, busca otro escenario y sitúa la historia en un castillo edificado en medio de la estepa rusa. Dice al respecto Fiallo: "*Yubr* es un cuento ideado en una de mis agradables excursiones por el Oeste de Alemania, y recordado y escrito ahora, en la ocasión de un certamen literario cuyo premio me hacía falta ganar. Su motivo exótico y un tanto espectral, sería tema de emocionante entretenimiento para un auditorio de candorosas doncellas asustadizas, en una velada de nuestras fantásticas noches invernales,..."[17]. Y este motivo obedece, por supuesto, al imperativo de la evasión.

La situación se instala desde el principio en el campo de lo desconocido: cinco personajes llegan en una noche de juerga al castillo del conde Mizzca. Allí son recibidos por el sorprendido mayordomo Dwinska, quien da cuenta al conde de su presencia. Éste aprovecha la inesperada visita para dilucidar un viejo crimen y una traición; de este modo se inicia el nudo del relato que se moverá siempre entre lo misterioso, lo fantasmal, lo imprevisto o enigmático y lo presagioso. Como en "Ernesto de Anquises", se evidencia el impulso de Poe, pero aquí con mayor fuerza. El atractivo de la trama y la escritura fluida, rica en detalles, nos desvelan a un Fiallo más diestro, siendo el dominio que exhibe en este texto propio de un narrador muy seguro que dispone de la trama a voluntad, se desplaza con soltura entre pasado y presente e imprime gran riqueza al relato en todos sus aspectos. Situación, conflictos, personajes, espacio y tiempo se articulan en un todo donde el asombro y las acechanzas se transforman en belleza íntegra.

En "Soika" nos enfrentamos a una metamorfosis: el personaje central que se introduce con aspecto lastimoso, la pordiosera, da paso a una dama de visible belleza y elegancia que, en un momento del relato, se convierte en Afrodita. Aunque el escenario es alemán, el personaje refiere otro lugar: Rusia. Entrelaza Fiallo en este texto motivos procedentes del romanticismo, del realismo y rasgos mitológicos, que van apareciendo de manera espaciada de modo que

17. *Plan de acción y liberación del pueblo dominicano*, Rafael V. Montalvo-Editor, Santo Domingo, 1922, pág. I.

constituyen una especie de planos diferenciados; la intención es la de crear un personaje cambiante. Desde luego, finalmente, se impone la carga romántica con la muerte del personaje, adueñándose de la escena la compasión y el desamparo, quedando en la atmósfera una impresión de desaliento existencial. Atendiendo a estructura, desarrollo del conflicto, adecuación de recursos estilísticos y de procedimientos, este cuento se puede considerar uno de los más logrados del autor.

Soika es el personaje de mayor complejidad y riqueza en la cuentística de Fiallo. Se manifiesta no en un único texto sino en varios, exigiendo del lector una lectura de conexiones. Un elemento inalterable unifica al personaje: su estirpe es rusa. Estirpe esta manifestada en la morfología del nombre: Soika, de raíz lejana, extraño nombre, fonética distante que nos traslada a un espacio sólo concebido en la ensoñación. Personaje multiplicado, aparece aquí y allá, lo que le da una dimensión que, por instantes, toca lo enigmático y lo desconcertante. Así, pues, vemos que Soika es personaje en el cuento homónimo, donde a la vez experimenta una triple mutación: pordiosera, bella dama y Afrodita de súbito. "Era rusa y se llamaba Soika". En "Yubr" la encontramos referenciada, es la madre del traidor Mikhail Ogarev —era hijo de Soika la bailarina—. Y en "Rivales" vuelve Soika a imponer su presencia ahora como una dama de sociedad: "y por último, Soika Orloff, la extravagante baronesa rusa que disipaba en costosísimos caprichos y excentricidades los inagotables proventos de sus minas del Ural". Y además de estas funciones explicitadas, podemos considerar que Soika, en otro de sus estados es la Luchy de "Cleopatra", pues encontramos esta referencia además de la situación del texto: "Una, hacíanla llegar mugrienta, raída y miserable de las estepas rusas, nihilistas y sanguinarias".

En suma, personaje intenso de dimensiones humanas múltiples, con el que Fiallo ensaya, con verdadero acierto, un procedimiento narrativo muy novedoso, propio de los grandes narradores fantásticos contemporáneos. Se trata de la intertextualidad, al emplear un personaje en diferentes textos y con ello mostrarlo en fragmentos que al final reflejan la totalidad del mismo.

Y por último, "Cleopatra". Singular pieza donde Fiallo se nos revela con una osadía sólo observada en "Yubr". El título refiere de inmediato a la Cleopatra egipcia, lo que se ratifica en el cuerpo del texto y en el desenlance. El escenario, la ciudad de Nueva York. La

protagonista, una cortesana enigmática, misteriosa: "Su cuerpo podría ser poseído, su alma nunca". Y aquí, entonces, se ensaya una técnica que se podría catalogar de fantástica, pues crea un personaje a base de yuxtaposiciones de personajes históricos y también de tiempos y espacios; ampliándose la nueva estructura recreada; recurso que únicamente constituye un asomo, una nota esporádica en su cuentística, que es empleado al descubrir y situar al personaje: "¿De dónde había venido? En el campo de los despechados por sus desdenes, corrían tres versiones desiguales e inaceptables las tres. Una hacíala llegar mugrienta, raída y miserable de las estepas rusas, nihilistas y sanguinarias; otra, del fondo pringoso de los Balkanes; la tercera, de la abigarrada gitanería andaluza. En tanto, sus admiradores creían haber encontrado los orígenes de su vida tormentosa en tres fuentes también distintas, pero de orgulloso curso señorial. Éstos, descubríanla archiduquesa Habsburgo, fugitiva a la imposición de una odiosa conyunda matrimonial por inicua razón de Estado. Esos otros, la proclamaban viuda de un poderoso nabab, escapada por fuero de hechicería a la terrible ley Manú y su ardiente hoguera. Mientras que conmigo estaban los que pretendían remontar las sagradas corrientes del Nilo, para hallarle progenie en los Ptolomeos, dada su identidad de cuerpo y de alma con la deliciosa reina que había subyugado a César, y esclavizado a Marco Antonio. En verdad que el parecido era extraordinario e impresionante."

La historia recrea una entrega que se traduce en tragedia doble: la del enamorado tenaz, el pobre violinista, que se suicida después de poseerla, como había sido convenido entre ambos, y la de Cleopatra que, después de haberse entregado al amigo, también se suicida, y lo hace con un áspid, rememorando a la egipcia. Imposibilidad del amor verdadero, derrota de la vida.

En fin, la obra cuentística de Fabio Fiallo se inserta en su momento, testimoniándolo; abre caminos al género narrativo y se instala en la memoria del lector, tal como ocurre con su poesía.

La autenticidad de su romanticismo

La obra de Fabio Fiallo ha sido asociada sistemáticamente a las de Bécquer y Heine; asociación que, de tanto reiterarse, ha creado una actitud que se puede sintetizar en la siguiente forma: el poeta

antillano, en primer lugar, bebe en las fuentes del español, por su cercanía en cuanto al instrumento de expresión, la lengua; y en segundo lugar, en las del alemán en cuanto a la composición y las ideas. Una reseña de los trabajos críticos sobre su poesía evidencia con claridad lo anterior, pero también hace aflorar otras posibles influencias: Musset, Mistral, Hugo, Lamartine, Mendes y, por supuesto, el propio Darío[18]. De modo que aunque la frecuencia se inclina a favor de Bécquer y Heine en forma abrumadora, no dejan de mencionarse otras fuentes que pueden ser igualmente decisivas en cuanto a los impulsos o motivaciones primarias de su obra.

La insistencia de los críticos en la doble influencia de Bécquer y Heine puede inducir la idea de que este autor carece de pulso y de sensibilidad propios. Tanto es así que él mismo intenta sacudirse el lastre de estas imputaciones definiendo y precisando su mundo poético, como se aprecia en el prólogo a la segunda edición de "La canción de una vida". Dice el poeta:

> *"De ahí, sin duda, aquella similitud que algunos han querido encontrar entre mis versos y los del insigne sevillano, y los del inmenso teutón. No; yo no conocía ni al uno ni al otro cuando, enamorado por vez primera, me di a escribir mis versos de los doce años."* [19]

Y continúa en el mismo escrito fijando su posición al respecto:

> *"Ni conocía tampoco a ninguno de esos dos, cuando a poco más de los veinte años, escribí 'Misterio', 'For ever', 'Rima Profana', 'Rosas y Lirios', que aún siguen siendo los versos de mayor nombradía en mis libros."* [20]

---

18. Además de las influencias de Bécquer y de Heine que la crítica encuentra en su obra, se señalan, aunque con menor frecuencia, otras: Rubén Darío (1867-1916): poeta y narrador nicaragüense; modernista en esencia, amigo entrañable de Fiallo; Víctor Hugo (1802-1914): poeta y narrador francés; iniciador del movimiento romántico en su país; Alfonso de Lamartine (1790-1869): poeta francés, consistente personaje del romanticismo; Catule Mendes (1890-1914): poeta francés que formó parte del grupo parnasiano más importante de Francia; Federico Mistral: poeta provenzal, Premio Nobel en 1904 junto a José Echegaray, autor del célebre poema *Mireya;* a quien Fiallo le dedica la edición primera de *Cantaba el ruiseñor* de 1910; Alfredo de Musset (1857-1910): escritor francés, uno de los representantes del romanticismo en su país, del que Fiallo traduce varios poemas al español.

19. *La canción de una vida,* Editorial El Diario, Santiago, 1942, pág. 127.

20. *Ibíd.,* pág. 128.

De modo que, según sus propias palabras, habiendo desarrollado ya una producción considerable de poemas, que incluso hoy le sobreviven, desconocía aún la obra de esos dos poetas. ¿Verdad, ardid o forma de desembarazarse de esta inculpación? Prosigamos con su testimonio a propósito de la cuestión. En un trabajo publicado por el *Listín Diario* en 1927, donde respondía a unas preguntas que sobre Darío se le formulaban, señala refiriéndose a las influencias literarias:

> *"En todos los tiempos, este tema se ha prestado a discusiones razonadas y ásperas disputas, saliendo al sol los nombres más preciados de la literatura universal con sello infamante de ladrones. El más alto poeta de Roma, Virgilio, según crítica documentada, desvalijó a Homero, Teócrito, a Apolonio, a diez más. Su compañero Horacio, a Píndaro. Dante entró a saco en el acervo de los trovadores latinos y provenzales para darnos los episodios más emocionantes de su inmortal Comedia."* [21]

Fiallo realiza una exposición del controvertido tema, dejando asentada su posición al respecto en un apretado recuento sobre traspasos de visiones y posturas estéticas. Admite las influencias y considera natural el traspaso de motivos y formas de un escritor a otro, pero se rebela ante la imputación de plagio, de robo. Y va más lejos al rechazar tajantemente el concepto de originalidad entendida como algo no visto ni sentido; la originalidad para él se engendra en el jalón de la tradición y de ahí su negación de las nuevas formas escriturales que califica como "extravagancias y mostruosidades". Y en este sentido dice:

> *"En resumen: la estricta originalidad del pensamiento no existe ni puede existir. Y por pretender encontrarla es que salen a la luz, hoy en día, tantas extravagancias y monstruosidades, que el diablo entienda y recoja para sazonar sus guisos. Pero, sí existe la manera peculiar, inconfundible, de expresar sus ideas y sentimientos cada autor, cuando éste es, en verdad, un auténtico escritor."* [22]

---

21. Ver: *"Contestación..."*, *ya citada.*
22. *Ibíd.*

Es evidente que Fiallo se sentía molesto, incluso dolido, por la frecuente asociación de su obra con las de Bécquer y Heine y aprovecha esta oportunidad que se le ofrece, con motivo del comentario sobre Darío, para dar su parecer en relación al tema de las influencias literarias. Por ello, no nos sorprende encontrar en el mismo texto a manera de colofón, procurado indudablemente, la siguiente afirmación relativa a la originalidad de los poetas en cuestión que encierra, en el fondo, la defensa de su propia originalidad:

> *"Y ha de ser bien zafio, quien acuse, pongo por caso, a Bécquer de ser imitador de Heine por cierta similitud de factura en las traducciones de Pérez Benalde, nunca por el fondo, en que estos dos grandes poetas son tan distintos."* [23]

Fiallo admite la existencia de tales influencias, pero asegura que no se trata de imitación, sino de actitudes coincidentes, de sensibilidades que se tocan en un momento de la historia. Si la originalidad no existe como se plantea, sino que hay una continuidad, donde cada uno agrega su toque personal entonces la imputación es odiosa.

Las similitudes son, ciertamente, ineludibles; similitudes fruto de la ubicación de los tres poetas en una determinada visión del mundo y en una específica forma de hacer poesía. Aquí radica el asunto. Y aún más derivan de un hecho común a los tres poetas: su romanticismo atípico, su carácter heterodoxo; una serie de rasgos los distancian del romanticismo ortodoxo. En los tres autores la inspiración, norma romántica de hacer, no aparece del todo vigenciada; ellos acuden a la corrección, de ahí la brevedad en la composición, el pulimento que se advierte, la orfebrería resultante. Difícilmente hallamos en sus obras esos textos extensos tan característicos de los románticos y que se justifican en base a la búsqueda de lo grandioso y gradilocuente, del torrente verbal, de la exaltación en grado sumo; contrariamente, hay aquí mesura, contención verbal, elaboración del detalle, matizaciones, en suma, una adecuación creativa que moldea con justeza el sentimiento y la emoción.

Ahora bien, ¿cómo se da esa relación entre estos tres poetas tan distantes en el tiempo y el espacio? ¿Cómo opera el traspaso? A la

---

23. *Ibid.*

muerte de Enrique Heine (1797-1856), Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1871) cuenta veinte años y cuando a su vez este último fallece, Fiallo es un niño de cinco años. De modo que la cronología actúa en favor de Heine, pero, desde luego, esto no constituye en absoluto un factor decisivo a la hora de establecer una correspondencia.

A diferencia de Bécquer y, por supuesto, de Fiallo, Heine desarrolla una mayor variedad de motivos y de formas, un mayor dinamismo que no se da en Bécquer, aunque intuyó algunas de las vertientes del simbolismo, y mucho menos en Fiallo, que se mueve dentro de un mundo estático; el alemán llega en este sentido mucho más lejos, alcanzando prácticamente el mundo contemporáneo.

Advertimos que en Heine interviene incluso la anécdota arrastrando consigo claros rasgos de prosaismo e introduciendo con vivacidad la vida cotidiana, práctica muy prestigiada por la poesía del siglo XX. Otros elementos peculiares de su poesía: la presencia del humor y la ironía[24] —en Bécquer y Fiallo prevalece lo solemne— y la utilización del espacio exterior —el paisaje no es simple decorado, como en el Romanticismo, sino que se integra al fluir conflictivo del poema—. Estos rasgos acercan su obra a la contemporaneidad.

Sin embargo, otros elementos de su poesía sí serán objeto de atentas miradas en el transcurrir: motivos como la fugacidad de la vida, el amor condenado, el misterio como fuerza conducente del mismo amor, la muerte como destino ineludible, el deber y el honor ante la causa patria; la atmósfera singular, conformada por ciertas sinuosidades a modo de densa neblina, y el tono, solemne, rígido, al borde de lo inquietante por sagrado o por indescifrable... Y más

24. Adviértase en estos ejemplos lo señalado:

¡Vaya libros das a la imprenta!
¡Amigo mío, estás perdido!
¡Si quieres dinero y honores!
debes de doblar el espinazo.

¡Hombre excelente! ¡Me da de comer!
¡Nunca jamás voy a olvidar lo que hace!
¡Es una lástima que no pueda besarle!
porque este hombre excelente soy yo mismo.

(Del Libro de canciones de Heine)

que todo, el sentido cíclico de la composición, la brevedad apretada que conduce a una composición totalizadora, nos referimos al lied.

Una de esas miradas sería la de Bécquer. Como voraz lector que era, de seguro conoció a Heine, lo cual no redunda, sin embargo, en una identificación inmediata y en una adhesión a su obra; más bien, el conocimiento de éste, así como de otros autores románticos, contribuye a fortalecer su espíritu y su vocación insoslayable, como bien señalan los hermanos Álvarez Quintero. En Bécquer se perciben esos elementos que destacábamos en Heine y, por ello, deja de seguir sus propios derroteros lo que configura su unicidad; la semejanza proviene de una visión del mundo, de una concepción del hecho literario y de una sensibilidad afines.

El influjo que sobre Fiallo ejercieron los dos poetas mencionados, especialmente el sevillano, es innegable sin que esto presuponga, a nuestro parecer, la existencia de la copia; para dilucidar la cuestión con mayor equilibrio es preciso acudir a las otras posibles fuentes, como se ha demostrado ya a propósito de "Gólgota rosa". El romanticismo de Fiallo es genuino, su vida y su obra dan buena prueba de ello; no precisó de artificios ni de poses, como a menudo ocurre en los escritores románticos, pues su temperamento y el escenario de su país eran los más adecuados para su espíritu romántico.

Tenemos, pues, en Fiallo, a un poeta verdadero y permanente. No compartimos el planteamiento de Balaguer cuando afirma:

> *"Los poemas de Fabio Fiallo, en cambio, se limitan a traducir una emoción o a expresar un anhelo íntimo sin la más mínima proyección fuera del círculo reducidísimo de sus sentimientos personales. Tal es el juicio a que tiene forzosamente que llegar quien analice sus composiciones más celebradas, aquellas en que su individualidad poética se destaca con más energía."* [25]

Balaguer confunde el yo del poeta con el yo del hombre, relacionando acto intuitivo puro con acto biográfico; equívoco muy frecuente cuando se trata de los poetas románticos porque en ellos el sujeto que conduce la obra coincide con el núcleo generador del movimiento, es decir, con el yo núcleo o foco.

---

25. *Letras dominicanas, Op. cit.* pág. 14.

Así, cuando el poeta dice: "Cuando esta frágil copa de mi vida/ que de amarguras rebosó el destino" ese yo, manifestado mediante la forma pronominal, no necesariamente tiene que interpretarse como la voz del poeta, sino como la del cantor-poeta-testigo; y esto cobra mayor verosimilitud si se tiene en cuenta que para el romántico la singularidad es algo fundamental. Y de igual modo en los siguientes versos: "e indiferentes viven y tranquilos/ ¡ay!, todos menos yo". No se puede identificar de inmediato y de manera absoluta al poeta con lo que poetiza; quizás lo poetizado se ajusta a la experiencia íntima, mas no es condición indispensable para que el acto poético sea. La intuición suple lo no vivido, lo soñado también; lo realmente significativo estriba en que el hecho poético opera en los otros, haciéndose universal y hasta eterno.

Los textos se independizan del autor, edifican su propio vivir en las memorias de los otros, hallando espacio en el corazón de innumerables lectores, hecho que no sería posible si únicamente respondiense a experiencias muy personales, asunto que no trasciende por pertenecer al ámbito de lo personal. Hay algo más que biografismo en Fiallo y eso es lo que posibilita su permanencia. En relación a esta permanencia, nos reafirmamos en algo que ya hemos subrayado: el misterio, en cierto modo, sostiene muchos de estos textos; misterio entendido como ese "algo" que está por encima de los planteamientos esenciales de la época en que se inscriben el autor y su obra. Y a este elemento agregamos ahora otro: el amor, motivo permanente que asegura, a su vez, la permanencia. El amor, sea como ausencia, como dolor, sea como invocación, sea como desamor, como amor puro, sea como tragedia o como dicha, el amor siempre. El amor, motivo o tema de la poesía de todos los tiempos, en la época romántica se asienta en la imaginación asaltando a cada instante las páginas; con él irrumpen lo sagrado y lo profano, lo heroico y su contrario, los puros ideales y las iniquidades, en fin, todos los extremos que tensan esa armonía frágil que es la vida.

JOSÉ ENRIQUE GARCÍA

PRIMAVERA SENTIMENTAL

A Enrique Henríquez

MISTERIO

A José Santos Chocano.

Flota su imagen pensativa y casta
en mis versos de amor,
como flota en los pétalos de un lirio
perfume embriagador.

Pero en mis ritmos no busquéis el nombre
de la que causa mi perpetuo afán,
que nunca en los alambres de mi lira
su nombre vibrará.

Sólo al morir revelaré el misterio
que guarda el corazón.
Sólo al morir... cuando en mis labios sea
¡su dulce nombre mi postrer canción!

EN EL ATRIO

Deslumbradora de hermosura y gracia,
en el atrio del templo apareció,
y todos a su paso se inclinaron,
menos yo.

Como enjambre de alegres mariposas,
volaron los elogios en redor:
un homenaje le rindieron todos,
menos yo.

Y tranquilo después, indiferente,
a su morada cada cual volvió,
e indiferentes viven y tranquilos
¡ay! ¡todos, menos yo!

DESFILE

Y mientras tu indolencia de sultana
asoma por la artística ventana
su busto escultural;
cruza un cóndor y tus cabellos mira;
su ambición desde entonces sólo aspira
un nido con tus crenchas a formar.

Y pasa el huracán. Tus dulces ojos
no supieron jamás de los enojos
que impulsan el fragor del vendaval...
Desde la hora en que viera tu hermosura
una fiebre infinita de ternura
adormece el furor del huracán.

Llega el poeta. Su ambición gloriosa
levántale con ala poderosa
por encima del águila caudal;
y es, más que el aquilón, altivo y triste...
¿A tus pies, no le viste
las flores de su orgullo deshojar?

ESQUIVA

A Rosario Sansores.

Nunca su mano se posó en mi mano,
nunca gocé su cándida sonrisa,
y el murmullo que debe ser su acento,
ni una vez refrescó mi oculta herida.

Cuando el azar la pone en mi sendero,
ella me esquiva, casta y temblorosa,
y yo finjo no verla, en mi cuidado
de no causarle la menor congoja.

Mas, cuando voy ya lejos en mi ruta,
siento detrás de mí volar sus ojos,
cual dos abejas que su dulce carga
vinieran a dejar sobre mis hombros.

INMORTALIDAD

A la mansión oscura de la muerte
llegaré antes que tú, quizás mañana;
y moriré sin que mi beso anide
en el fondo de tu alma.

Sin esa dicha moriré inconforme,
mas, no sin esperanza,
que tú también a la mansión oscura,
pronto habrás de llegar, tal vez mañana.

Entonces, despertando de mi sueño,
te acercaré a mi tumba solitaria.
¡Qué novia más gentil cuando te mire
de novia en tu mortaja!

¡Y entonces, cuántos besos en los ojos
que tuvieron tan pérfidas miradas!
¡Y cuántos en los labios embusteros!
¡Y cuántos en el alma!

¡QUIÉN FUERA TU ESPEJO![1]

¡Cuán feliz es el sol! En las mañanas
por verte su carrera precipita,
a tus balcones llega, y en tu alcoba
penetra por la abierta celosía.

Al blando lecho en que reposas, sube,
a tu hermosura da calor y vida,
tórnase ritmo en tus azules venas,
y epigrama de luz en tus pupilas.

Mas, yo, no envidio al sol, sino al espejo
en donde ufana tu beldad se mira,
que te ama, alegre, cuando estás delante,
y al punto que te vas de ti se olvida.

---

1. Se publica en *Primavera sentimental,* 1902, con el título "Para tu espejo". Sin embargo, en *Cantaba el ruiseñor,* 1910, aparece con el título "¡Quién fuera tu espejo!". Además de esta modificación, sufrió otra, pues el primer verso de la segunda estrofa, que decía en la primera versión: "Retoza en los encajes de tu pelo", se cambia por: "Al blando lecho en que reposas, sube".

FOR EVER

A Juan T. Mejía
y Porfirio Herrera.

Cuando esta frágil copa de mi vida,
que de amarguras rebosó el destino,
en la revuelta bacanal del mundo
ruede en pedazos, no lloréis, amigos.

Haced en un rincón del cementerio,
sin cruz ni mármol, mi postrer asilo,
después, ¡oh! mis alegres camaradas,
seguid vuestro camino.

Allí, solo, mi amada misteriosa,
bajo el sudario inmenso del olvido,
¡cuán corta encontraré la noche eterna
para soñar contigo!

ES EL AMOR QUE LLEGA

A Xenia Nadal.

Ese rumor extraño
que en tu alcoba resuena,
y ora es arrullo de aves
que en la sombra se besan,
ora es canción dulcísima,
ora es risa, ora es queja,
y a veces te acongoja,
y otras veces te alegra...

Ese rumor que súbito
de noche te despierta,
con la nívea garganta
de suspiros repleta,
la impresión en los labios
de otros labios que queman,
y cercadas de sombras
tus pupilas inmensas...

Mientras corren tus lágrimas
por un ansia secreta
que tú misma no sabes
si es de gozo o tristezas:
¡Ay, si es dicha, qué amarga!
¡Ay, qué dulce si es pena!...
¡Ese rumor extraño
es el amor que llega!

PLENILUNIO

Por la verde alameda, silenciosos,
íbamos ella y yo:
la luna tras los montes ascendía,
en la fronda cantaba el ruiseñor.

Y le dije... No sé lo que le dijo
mi temblorosa voz...
En el éter detúvose la luna,
interrumpió su canto el ruiseñor,
y la amada gentil, turbada y muda,
al cielo interrogó.

¿Sabéis de esas preguntas misteriosas
que una respuesta son?...
¡Guarda, oh luna, el secreto de mi alma!
¡Cállalo, ruiseñor!

ASTRONOMÍA

A Arquímedes Cruz,
Julio Piñeyro

Catorce sabios de la vieja Europa
estudian con afán,
desde la lente que a los cielos mira,
un caso singular.

Son dos estrellas nuevas, tan brillantes
como iguales no viéronse jamás.
¿Su proyección? ¡Ignota! Nadie supo
de dónde vienen ni hacia dónde van.

Con los últimos tintes de la tarde
en el espacio se las ve brotar,
y breve tiempo en el espacio radian
su intensa claridad.

Ese es el caso que catorce sabios
inquieren con espíritu tenaz,
desde la lente que a los cielos mira
con su ojo de cristal.

¡Oh, profesores de la vieja Europa,
cuánta pena me causa contemplar
vuestras blancas melenas agrupadas
sobre el largo instrumento con afán!

Mas, mi secreto descubrir no puedo,
y no sabreis jamás
de quién son las pupilas que en la noche
persigue vuestro lente de cristal.

ROSAS Y LIRIOS

Se habló de la hermosura de las flores
y fue, cual siempre, el opinar distinto:
los unos aclamaron a las rosas,
los otros a los lirios.

Yo pensé, ¡oh mi adorada! en tus mejillas
que una risueña juventud colora;
pensé en los besos que les di una tarde,
y dije: amo las rosas.

Mas, luego, recordé tu frente pálida;
tu frente que, más pura que el armiño,
anida mariposas, tus ensueños,
y estuve por los lirios.

SIDÉREA

No cuentes con tus ojos
¡oh niña! cuando duermas,
pues apenas el sueño con sus alas
acaricia tu sien, ellos te dejan.

Y vienen a la celda oscura y triste
donde a solas habito con mis penas;
iluminan el ámbito; y parecen,
allí, frente a mi lecho, dos estrellas
que radian en la noche tempestuosa
sobre la mar inmensa.

RUMOR DE CADENAS

A Jacinto López

ORIFLAMA

Deja que en tu sedosa cabellera
hunda amoroso mis febriles manos,
que sacuda sus ondas y a los vientos
esparza su perfume delicado.

Revuelta así, en espléndido desorden,
por la impaciencia de mi ardiente halago,
me la figuro un pabellón altivo
en lo más recio de la lid flotando.

Mañana, muerto al fin, mas no vencido,
caeré sobre la arena en que batallo,
y sentirán, tal vez, honda alegría
no solamente en el opuesto bando.

Como tu imagen vive en mis retinas,
porque no salga apretaré los párpados,
y aún después del último suspiro
encontrarás un beso entre mis labios.

Para entonces ¡oh, amada! sólo quiero,
de mi constante abnegación en pago,
que ese pendón de tu cabello undoso
me envuelva como un lírico sudario.

ENTRE HIERROS

A Mercedes Mota.

A veces a mi oído
su dulce acento llega,
cual ritmo luminoso
de un antiguo poema,
y entonces a la mente
acuden las leyendas
de los viejos castillos,
con sus torres y almenas,
sus puentes levadizos,
sus rudos centinelas
y en la ojival ventana
la cuitada doncella
que confiaba a la noche
su amor y sus tristezas...
¡En tanto en la paja húmeda
de su prisión infecta
un cautivo, impaciente,
sacude sus cadenas!

NO CUENTES A LAS FLORES

Los Odios que de muerte me persiguen
y en la sombra sus dardos me disparan,
atónitos están, pues no se explican
la resistencia indómita del alma.

Oh, mi hermosa, no cuentes ni a las flores
nuestra pasión callada;
que nadie sepa nuestras dulces citas,
que no sepan jamás nuestras veladas.

Y sigan los Odios ignorando
por qué mi joven alma,
de muerte herida al descender la noche,
se ostenta al nuevo sol alegre y sana.

SU ACENTO

A veces a mi oído
su dulce acento llega,
cual ritmo luminoso
de un antiguo poema,
y entonces a la mente
acuden las leyendas
de los viejos castillos,
con sus torres y almenas,
sus puentes levadizos,
sus rudos centinelas,
y en la ojival ventana
la cuitada doncella
que confiaba a la noche
su amor y sus tristezas...

LOS ODIOS

¡Han logrado por fin los negros Odios
sorprender tu secreto, oh, mi adorada!
¡y por vencerme, en su prisión me arrojan,
la más infecta, lóbrega y aciaga!

Yo soy poeta delicado y triste,
la lobreguez y la humedad me matan...
¡Qué alegres estarán los negros Odios,
qué alegres con su hazaña!

En la silente noche, cual reptiles,
los escucho arrastrarse a mi ventana
para atisbar tras los barrotes férreos
la última escena del siniestro drama.

Y sorprendidos quédanse los Odios
al ver, a la mañana,
más que nunca risueño mi semblante,
y mi sonrisa, más que nunca, plácida.

¿Lo sabes tú?... ¡Para vencer las sombras
y la humedad de mi prisión insana,
digo tu nombre y se perfuma el aire,
tu faz evoco y aparece el alba!

EN MI CELDA

No cuentes con tus ojos,
¡oh niña! cuando duermas,
pues, apenas el sueño con sus alas
acaricia tu sien, ellos te dejan.

Y vienen a la celda oscura y triste,
donde a solas habito con mis penas,
iluminan el ámbito, y parecen,
allí, frente a mi lecho, dos estrellas
que radian en la noche tempestuosa
sobre la mar inmensa.

ALAS ROTAS

¿La cárcel? —Sí; muy triste,
como cualquier recinto
en donde tú, mi amada
no estés siempre conmigo.

¿Que si a la oscura cárcel
vinieras? —¡Amor mío,
sólo el pensarlo cambia
mi celda en paraíso!

TRAS LAS REJAS

A las Srtas. Dujarric Bobadilla.

Princesitas del mágico Ensueño
que sentís mi prisión y desgracia,
y por verme a través de mis rejas
cada día bajáis al Ozama:
Es ya tarde; mi vista anhelosa
sin cesar por la orilla os buscaba,
y, al no hallaros, presagios muy tristes
inundaron mis ojos de lágrimas.
¿Dónde estabais, mis fieles amigas?
¿Qué dragón vuestros pasos guardaba?
¿Quién retuvo, ambicioso, hasta ahora
vuestra hermosa presencia adorada?
¿Algún noble y gentil caballero
hospedaje pidió en el alcázar?
¿A rendiros llevó sus trofeos
paladín de arrogantes hazañas?
¿De la Corte de Amor os trajeron
los heraldos feliz embajada,
y tres príncipes rubios y hermosos
la respuesta en su tienda aguardaban?
¿Con su canto os detuvo algún bardo

trovador de la dulce Germania?
¿O bien, fuisteis la presa risueña
de Lohengrin en su góndola de alas,
y fue escolta del cándido cisne
el errante holandés del Fantasma?
¿Al saber de botín tan precioso
armó en guerra sus naves piratas
el soberbio Sultán de Turquía,
y hubo fiero combate en el agua,
y su flota, hasta ayer invencible,
a Estambul regresó destrozada?

Oh, decidme, mis fieles amigas,
si no fueron aquesas las causas,
¿cuáles otras lograron teneros
de mi vista hasta ahora alejadas?

Ya la noche sus sombras esparce
y vosotras volvéis al alcázar.
Princesitas, ¡adiós! y acordaos
que os espera, impaciente, mañana,
en su torre sombría, el cautivo
de quien sois la riente alborada.

TRISTEZAS DE UN AMANECER

A Dulce M. Borrero

TU NOMBRE

¡Oh, tú, cuyo nombre dulce
guardo oculto, por temor
de que en mis labios resuene
como una profanación!

Bien sabes que si ese nombre
nunca digo en alta voz,
mil veces mil, lo repito
en mi callada oración,

cuando, a solas, me prosterno
ante Aquél que floreció
de estrellas la noche umbría,
y puso en mi alma tu amor.

HEBE[1]

A Arturo Bonetty.

Sé que esta copa de cristal brillante,
brillante cual los ojos del chacal,
guarda un filtro que mata lentamente,
como mata el pesar.

Pero lo escancia tan querida mano,
mano de tal perfume y gracia tal,
que de mis labios la brillante copa
nunca podré apartar.

---

1. Con el título "Vibraciones" publica Fabio Fiallo este poema por primera vez en el periódico *Listín Diario*, Año VIII, No. 2171, del 21 de septiembre de 1896. Luego, en *Cantaba el ruiseñor*, 1910, lo cambio por el de "Hebe". La segunda versión sufre variaciones en los tres primeros versos de la estrofa final. Reproducimos dicha estrofa:

Entonces... otra vida más hermosa
más hermosa quisiera comenzar,
y sonriendo a mi bella victimaria,
beber de nuevo el tósigo mortal.

Y cuando el ángel de la muerte venga,
venga mi frente pálida a besar,
y en mil pedazos por el suelo ruede
mi copa de cristal.

¡Quién pudiera otra vida más hermosa,
hermosa cual mi muerte, comenzar,
y sonriendo a la dulce victimaria
beber de nuevo el tósigo mortal!

FLOR DE INSOMNIO

¡Oh, mi amada querida y eterna!
¡La novia del alma!
¿Qué has escrito en tu carta postrera?
¿Qué dice tu carta,
tan dulce y acerba,
tan tierna y amarga,
tan amarga, tan dulce, tan tierna,
que ha velado mis ojos de lágrimas?

Y es lo horrible que en ella me dices
una nueva tan honda y aciaga,
y me deja tan triste, tan triste,
que quisiera, inclinado en sus páginas,
por siempre dormirme.
Dormirme en el ala
de esta noche en que aleve escribiste
tu pérfida carta...

Dormirme... Dormirme...
Y dejarte en mis versos el alma,
cual soldado a la muerte le rinde
con su vida azarosa sus armas.

¡Por siempre dormirme!
Dormirme en el ala,
tan dulce y tan triste
de esta noche tan bella y tan pálida.

Y un sudario feliz que me hicieran
con esta tu carta,
juntando sus letras,
uniendo palabras,
palabras muy tiernas...
¡Palabras! ¡Palabras!

Un sudario con tantas ideas
como tiene tu pérfida carta,
que parecen muy dulces, muy buenas,
¡y son tan amargas!
¡Y son tan perversas!
¡Y son tan aciagas!

¡Oh, mi amada querida y eterna,
la novia del alma!
Para siempre dormirme quisiera,
dormirme en el ala
tan dulce y tan tierna
de esta noche tan bella y tan pálida.

SAETA

A Gerardo González.

Hendió los aires la mortal saeta
y clavóse en mitad del corazón,
tan hondamente que al volar el alma,
voló partida en dos.

NOCHE DE FIESTA

A Valentín Giró.

Es la alta noche. En el suntuoso baile
el cetro de la gracia y la belleza
luce, entre cien rivales envidiosas,
la amada preferida del poeta.

En su redor la turba de galanes
gozosa gira y sin cesar la asedia;
elogian unos su gentil donaire,
alaban otros su hermosura espléndida.

Ufanos por servirla y presurosos
la abruman con obsequios y finezas;
éste, el champagne incitador le brinda,
aquél le ofrece perfumado menta.

Y mientras clava el áspid de los celos
su diente en las entrañas del poeta,
que en un rincón de la esplendente sala,
pálido, atisba la galante escena,

ella, que tiene el arte no aprendido
de fingir amorosas preferencias,
se excede en la sonrisa con que halaga,
se extrema en la mirada con que besa.

Sus besos, sus miradas, sus sonrisas...
¡Quién diluirlos en licor pudiera,
y hacer un tósigo incitante y grato
como champagne o perfumado menta!

Y allí mismo, ese néctar delicioso,
síntesis de caricias que envenenan,
ofrecerlo con plácida sonrisa
a la reina triunfante de la fiesta.

¡Y en medio de sus rivales envidiosas,
en medio a los galanes que la asedian,
verla caer, desencajado el rostro,
y entre espantosas convulsiones, muerta!

IMPOSIBLES

A Marshall Nunn.

Para grabar mi nombre en una roca,
dame tu rayo, dije al huracán.
—Esa roca es el pecho de tu amada,
penetrarle mi dardo no podrá.

Para romper las sombras de un abismo,
al sol le dije, dame tu fulgor.
—Ese abismo es el alma de tu amada,
mi luz no puede tanto, dijo el sol.

Para abrasar un corazón de hielo,
dame el infierno, a Satanás clamé.
—¿Tu amada? Vano intento en que otras veces
ya hube de fracasar, dijo Luzbel.

AMARGURA

A Arturo Brea.

Ensancha el sol sobre la enhiesta cumbre
su disco fulgurante,
y finge el rojo de su roja lumbre
la gigante pupila de un gigante.

Esquiva la violencia de sus dardos
la vaporosa niebla,
puéblase el aire con olor de nardos
y con arpegios de turpial se puebla.

¡Quién sus hondas tristezas arrancara
del corazón en tan hermoso día,
y al sol las arrojara
para apagar su impúdica alegría!

ASTRO MUERTO

La luna, anoche, como en otro tiempo,
con una nueva amada me encontró;
también anoche, como en otro tiempo,
cantaba el ruiseñor.

Si como en otro tiempo, hasta la luna
hablábame de amor,
¿por qué la luna, anoche, no alumbraba
dentro del corazón?

NOCTURNO

A Arturo Alfonso Roselló.

Al llegar a su alcoba,
glacial y solitaria,
la engañosa careta
a pedazos arranca,
y queda al descubierto
aquella faz tan pálida
que entre los muertos mismos
honda impresión causara.

Vibra al principio trémula
en sus manos el arpa,
con un preludio lento
de notas apagadas;
después, surge el motivo,
y es su armonía extraña
inaudito concierto
de risas y de lágrimas.

Elévanse en tumulto
aquellas notas raras,
que las nocturnas aves
escuchan espantadas.
¡Y crecen, siempre crecen;
hasta que al fin, el arpa,
prorrumpiendo en un grito
de odio y amor, estalla!

BALADA FÚNEBRE

A Osvaldo Bazil.

A veces, al tocarme
con las manos el pecho,
mudo de espanto escucho
un ruido sordo y lento,
como el rumor sombrío
que produjera un cuervo
al agitar sus alas,
sobre un antiguo féretro.

Entonces, por mis ojos
que el llanto dejó secos,
como visión fantástica
pasa, triste, el recuerdo
de aquel amor tan puro
que iluminó mi pecho,
dejándolo más tarde
oscuro como un féretro.

También ante mis ojos,
ansiosamente abiertos,
de otra visión fantástica
pasa el tenaz recuerdo...
Y pienso que ella vive,
que goza y triunfa pienso,
mientras callado oprimo
con mis manos un féretro.

Y digo: si es la misma
que iluminó mi pecho,
¿por qué si alienta y goza,
bajo mis manos siento
como un rumor sombrío
que produjera un cuervo
al agitar sus alas
sobre un antiguo féretro?

Y busco y analizo,
y con espanto advierto,
que si en verdad existe,
la que abrasó mi pecho,
algo que en mí vivía
quedó por siempre muerto,
y aquí en mi pecho yace,
cadáver en su féretro.

SU IMAGEN

A L. A. Hungría Lovelace.

Las diamantinas puertas de los cielos
de par en par se abrieron para mí,
que si bien por su amor pequé sin tasa,
más por su amor sufrí.

Y al ver, clavado aún hasta la entraña,
el florido puñal de su traición,
el Arcángel Gabriel quiso arrancármelo
y llevarme al Señor.

Mas ¡ay! también su imagen de la entraña
arrancarme debía... y me negué.
—Para mí el cielo, entonces, qué sería,
¡oh, Arcángel San Gabriel!

¿QUÉ ME DICEN TUS OJOS?...

¿Qué me dicen tus lindos ojos tristes,
tan cargados de sombras, ¡oh adorada!,
que en la noche me basta su recuerdo
para llenar mi corazón de lágrimas?

¿Qué me dicen tus lindos ojos tristes,
en su silencio, lleno de palabras
tan leves, que el oído nunca advierte
cuando se adentran en mi oscura entraña?

Tal dos aves que buscan su refugio
en un agrio peñón de oculta playa,
y en su áspero nidal, en vez de cánticos,
alzan al cielo súplicas calladas.

LA NIÑA DE MI AMOR

A Teresina Sagredo Muñoz

LA NIÑA QUE AMO

A Max Henríquez Ureña.

La niña que amo tiene
tres cosas blancas:
el seno en flor, las manos
y la garganta.

Y otras tres cosas tiene
de un rosa nácar:
la oreja, las mejillas,
la fina barba.

Y tres cosas muy negras
tiene la amada:
el cabello, los ojos
y las entrañas.

CAMINITO DE LA PLAYA

A Ramón E. Jiménez.

Caminito de la playa
a oscuras la amada va,
y cual ávidos lebreles
saltan mis celos detrás
husmeando los guijarros
que ella perfuma al pisar.

Y así que llegó a la playa,
fue este dulce platicar:
—Oh, lucerillo del alba,
¿tan temprano por acá?
—Vine a formar una gruta
donde te puedes bañar
libre de traidora sombra
que esconda un mirar audaz...
Y la gruta fue de estrellas
del más vivo titilar.

¡Oh, hipócrita lucerillo!
¡Oh, lucerillo mendaz!
¿Para qué inventar patrañas
y no decir la verdad?
Que a Venus radiante y pura
de nuevo ansías mirar,
llevando por todo velo
la tenue espuma del mar.

Uno a uno, de sus linos
descíñese la beldad,
que resbalan lentamente
sin quererla abandonar...

Como a un jirón de cielo
se aferra nube tenaz,
así en la gloria del vientre
préndese el postrer cendal,
soñando entre antojos púdicos
guardar para sí quizás
la flor más pura y más bella
del más precioso rosal...
Hasta que en tierra lo arroja
un impaciente ademán.

¡Desnuda! Bien lo proclama
la expectación general,
que ha convertido el silencio
en clamor de su ansiedad,
y bien lo dicen mis celos
en su ansia de echar atrás
el ímpetu de las olas
que van su cuerpo a bañar.

Un monte la frente inclina,
sus lirios florece el mar,
se hace de seda la roca,
el ambiente es un rosal,
y abanico que la adula,
la ancha penca del palmar.

Su planta mueve, y la estela
deja de un rastro fugaz...
Creyendo que el alba asoma,
rompe una alondra a cantar,
y se oye un tropel de estrellas
queriendo todas mirar
aquella hermana desnuda
que entrando en la onda va.

ELLA ES UNA LIRA

A Adela Jaume.

Su hermosura vibrante
sugiere el pensamiento
de una lira que tiene
por cuerda sus cabellos.

¡Oh, lira, dulce lira,
magnífico instrumento
de goces y tristezas,
de risas y lamentos,
y locas esperanzas
e insaciables anhelos;
fuente de la alegría,
raudal de los tormentos,
lago de ritmos donde
boga y boga el Ensueño,
sobre lirios de espuma
y entre arrecifes pérfidos!
¡Bosque de las traiciones
envueltas en misterio;
panal de la encrespada
colmena del deseo;
cubil de tentaciones;
dulce jardín del beso!

Oh, lira, dulce lira,
magnífico instrumento,
recátate en la sombra,
envuélvete en silencio,
guarda tus sones de oro,
calla tu amante acento...
Que la ambición odiosa
de artistas callejeros
no profane con su hálito,
no manche con sus dedos,
las cuerdas misteriosas
que ha de pulsar un genio.

RIMA PROFANA

A Muna Lee de Muñoz Marín.

La blanca niña que adoro
lleva al templo su oración,
y, como un piano sonoro,
suena el piso bajo el oro
de su empinado tacón.

Sugestiva y elegante
toca apenas con su guante,
el agua de bautizar,
y queda el agua fragante
con fragancia de azahar.

Luego, ante el ara se inclina
donde un Cristo de marfil
que el fondo oscuro ilumina,
muestra la gracia divina
de su divino perfil.

Mirándola, así, de hinojos,
siento invencibles antojos
de interrumpir su oración,
y darle un beso en los ojos
que estalle en su corazón.

EL BALCÓN DE LA AMADA

A Antonio Pérez Infante.

La ancha bóveda celeste
se ha llenado de luceros,
que bañan con lumbre tierna
el balconcito coqueto
tras el cual mi dulce amada
duerme un amoroso sueño...
Y es así, entre luz y sombras,
su casa un diamante negro.

Súbito, suena un cerrojo,
abre el balcón sus maderos,
y surge la dulce amada
como visión del Ensueño...
Se hace una fuga de sombras,
y un eclipse de luceros...
Ahora, es el balcón que inunda
de luz la comba del cielo.

LA CANCIÓN DE LOS BESOS

A Rafael Esténger.

Cerrada la breve estancia
a toda impía irrupción,
en mis brazos yo tenía
a la niña de mi amor.

Su frente bajo mis labios,
queda, muy queda la voz,
un poema le decía,
que era, al par, una canción.

Y ella, poniendo en mi boca
de su mano el tibio olor,
para llegar a mi oído
entre mis brazos se alzó.

Y dijo —cual nunca linda
en la grana del rubor:
—¡Como tus besos, oh, amado!
no hay poema, ni hay canción.

Cual tiembla bajo la lluvia
jardín que incendiara el sol,
así, el cuerpo de la amada
bajo mis labios vibró.

Y más de cien besos tuvo
el jardín en cada flor...
Que yo no daba sosiego
a mi ardorosa pasión.

Mientras mi niña decía,
siempre con trémula voz:
—¡Como tus besos, oh, amado!
no hay poema, ni hay canción.

QUÉ LINDA ESTABA

A Josefina Junqueras.

Qué linda estaba ayer tarde
la niña a quien tanto quiero,
con su frente entristecida
por su oculto recelo...
Tal, a veces, blanco lirio
guarda un áspid en su seno.

Oh, qué linda con sus ojos
que eran dos diamantes negros,
y en su fulgor escondido
el mismo tenaz tormento,
asechándome en la sombra
de su doliente misterio.

Y qué linda con sus labios
apretados, como un sello
de rojo lacre en custodia
del indómito secreto,
que pugnaba por salirse
y ellos guardaban opreso.

Hasta que, al fin, hostigado
por el ardor de mis besos,
su cárcel rompió en los labios
aquel pertinaz recelo,
para deshacerse en lágrimas
y sollozos y lamentos...

Ya vencida y toda trémula
la niña a quien tanto quiero,.
vino a caer en mis brazos,
como un radiante lucero
que en el alma me cayera...
¡Y el alma se me hizo un cielo!

SU ORACIÓN

A Andrés Piedra-Bueno.

Ayer la niña a quien amo
se me volvió una canción;
una canción olorosa
a incienso de altar y a flor...
Yo la traía en el pecho
cuando la noche llegó;
todos notaban mi gozo;
tal vez oían mi canción,
mas, nadie vio que en el seno,
como un rayito de sol
bien oculto, yo traía
a la niña de mi amor.

Y así que estuve en mi cuarto,
sin más luz que mi canción,
mi cuarto quedó alumbrado
con el tierno resplandor
que ella lucía al confiarme
la gracia de una oración
por sus labios deshojada
ante el altar del Señor:
—Hazme muy buena, Dios mío,
para merecer su amor.

Y al recordar sus palabras
convertidas en canción,
—una canción olorosa
a incienso de altar y a flor—
también yo, con alma tierna,
me prosterné ante el Señor,
y a sus pies dije mi anhelo
en esta dulce oración:
—¡Guarda, Dios mío, en tu cuido
a la niña de mi amor!

TARDECITA DE ENERO

A Néstor Carbonell

¡Fue en una alcoba callada
y en una tarde de enero,
cuando echándose en mis brazos
clamó la niña a quien quiero!
—¡Bésame mucho, mi amado,
que hoy tengo al diablo en el cuerpo!...
Prendí mi boca en su boca
y su aliento fue mi aliento.

—¡Oh! amado, mi dulce amado,
pon más ardor en tus besos,
y así tus besos ahuyenten
al diablo que está en mi cuerpo...
Rasgó mi mano un encaje,
saltó fuera el blanco seno,
y ávido apresé en su nieve
un rojo botón de fuego.

—¡Besa más, más todavía!...
volvió a decirme su acento;
¡haz que tus labios recorran
todo el jardín de mi cuerpo,
hasta hallar aquella flor
donde el diablo está en asecho!
Y fue el cáliz de una rosa
prisión estrecha a mis besos...

Malhaya de mí, que quise
con sólo mis dulces besos
disputarle al mismo diablo
la posesión de aquel cuerpo,
cuyo sabor pimentoso
y su aroma turbulento
bien a las claras decíanme
que era un manjar del infierno.

Anoche volví a su alcoba
a darle otra vez mis besos;
toqué su puerta cerrada,
hallé corridos los hierros,
y dos sarcásticas risas
a mis ansias respondieron:
una era del diablo... La otra,
de la niña a quien más quiero.

LA NIÑA QUE YO QUERÍA

A Manuel Muñiz

La niña a quien yo quería
como no se quiere más:
aquélla que yo llamaba
en mi ardiente y loco afán
la estrellita de los cielos,
la espumita de la mar,
ya se fue de mi lado
para no volver jamás.

Se fue con otro que nunca,
¡ay! nunca será mi igual,
ni por la gracia del verso,
ni en lo tierno del amar...
Se fue con otro, y la ingrata
ni una vez pensó quizá
cuán triste quedaba todo
lo que ella dejaba atrás:

La alcoba que echa de menos
su fragancia de azahar,
el tocador que hoy se mira
huérfano de su beldad,
y el lecho en que se juntaban
nuestros dos cuerpos, y, al par,
mi alma tan ingenua y límpida
¡con la suya tan falaz!

Oh, mi Dios, tú que conoces
cuánto yo la supe amar,
y cómo por su partida
en dolor el pecho está,
oye mi justo reclamo:
si un día a la ingrata... Mas,
¡no!... Nunca en su dulce frente
impongas mi horrible mal.

¡OH! MANO, SEMEJANTE A BLANCA FLOR

A Pedro C. Dominici.

La añosa encina, cuya verde fronda
era como un hierático pendón
de fúlgida esmeralda
enarbolado al sol.

Aquélla en cuya rama más erguida
su hogar feliz un pájaro colgó,
y allí, mañana y noche
alzaba su canción.

Aquélla que ostentaba en su corteza,
hondamente grabado, un corazón;
y una frase también... ¡Oh! de esas frases
sin importancia, al uso del amor.

¡Yace por tierra! Y el risueño nido,
y el verde lujo desplegado al sol,
y la alta copa erguida hasta las nubes,
viles despojos por el suelo son.

Que en el silencio de la oscura noche
inicua mano sin piedad la hirió,
para borrar, tal vez, la frase amante
convertida, ¡ay! en dato acusador.

*

Yo sé también de otra falaz promesa
incrustada en un noble corazón,
y de una mano que arrancarla quiso
y sin piedad la entraña destrozó.

¿Cómo pudiste tanto mal causarme,
oh, mano, semejante a blanca flor?
¡Oh, manos, que en los labios tantas veces
su suavidad dejáronme y su olor!

NUNCA MÁS

A José Ángel Buesa.

Su cuerpo que otro ha besado
tras mí... volverlo a besar
con aquellos besos locos
que inventó mi ardiente afán,
y al par de amantes caricias,
eran ritmos de un cantar
que mis labios entonaban
a su gracia y su beldad,
como estrellita del cielo,
como espumita del mar...
¡Oh, mis besos en su cuerpo
ya nunca más, nunca más!

Y nunca más en sus ojos
mis labios se posarán;
sus ojos tan dulces que eran
como un límpido cristal,
en cuyo fondo asomábanse
mi amor y mi dicha al par,
y donde ahora otra imagen
y otra dicha se verán...
¡Oh, besar sus dulces ojos
ya nunca más, nunca más!

Y ya nunca más mis besos
en su frente anidarán;
su frente que yo tenía
por un breve madrigal,
que mis labios repasaban
con amorosa ansiedad
para encontrar los motivos
de su tristeza y su afán...
¡Oh, mis besos en su frente,
ya nunca más, nunca más!

Y ya nunca más, tampoco,
¡ay, nunca más, nunca más!
habré de besar su boca,
tan voluptuosa, y al par
tan triste, que era su aliento
como oración matinal
saturada de un extraño
aroma de flor sensual...
¡Oh, besar su ardiente boca
ya nunca más, nunca más!

LA GARRA DE UN CHACAL

¡Oh, niña, quién tuviera
tu duro corazón;
y en la sutil manera
de Benvenuto hiciera,
con íntima fruición,
un símbolo que fuera
tu propio corazón!

Mi mano, noche y día
en su obra pasional,
febril trabajaría:
¿un dardo? ¿Una gumía?
¿Artístico cristal
en que un Borgia pondría
su tósigo infernal?...

¡No; que mejor sería
la garra de un chacal!

MI RISA

A Lino Horruitiner.

En nuestras horas risueñas
de caricia y de pasión,
solía ella preguntarme:
—¿Por qué en tu risa hay dolor?
Y con besos que borraban
el enojo de su voz,
—No hagas caso, le decía,
así siempre fue mi amor.

Ayer con un nuevo amante
la hallé en amigo salón,
y al notarme alegre el labio
airada me preguntó:
—¿Por qué te ríes, mal hombre,
con tal cínica expresión?
—¡Oh, no haga caso, señora,
fue siempre así mi dolor!

FLOR DE SANGRE

A María Más Pozo.

Dicen que son sus labios
botón de flor extraña,
que en sangre humedecido
sorprende la mañana.

¡Ay! ¡quién sabe los tiña
cada noche en la savia
que ardiente y gota a gota
del corazón se escapa,
desde que la noticia
de su traición callada
en mi amoroso pecho
entró como una daga,
y escondida en mi orgullo
a todas las miradas,
allí por siempre vive,
allí por siempre sangra,
cual sangra y vive oculta
una incurable llaga!...

PLEGARIA

Para Rafael Damirón

A todos causa extrañeza
mi súbita devoción,
mas, no al cura que interpreta
mi afligido corazón,
y sabe que si a la iglesia
llevo una ardiente oración
no es en busca de indulgencias
ni en demanda de perdón.

¡Oh! Virgen de la Tristeza,
Virgencita del Dolor,
a la que un artista diera
aquel tranquilo candor
de mi amada, y su inocencia,
y la insólita expresión
de su divina belleza,
y hasta el olor de su olor,
y en el pecho la carencia
de un ardiente corazón...
Alas dame, dame fuerzas,
ser un rampante condor,
y cuando ella con su dueña

—fingiendo una devoción
que sentir no puede— venga
a hurtarte la adoración
de tus fieles, en tu iglesia,
y a poner en parangón
tu inocencia y su inocencia,
tu candor, y su candor,
tu belleza y su belleza,
entonces, con estupor
de tus fieles y su dueña,
desataré mi furor,
y asida con garras férreas
la llevaré frente al sol;
donde el pico de una sierra
será nido de mi amor.

¡Oh, Virgen de la Tristeza,
Virgencita del Dolor,
incapaz de sentir penas
y de interpretar mi amor!

EL CINTO DE VENUS

A Ana María Garasino

AMOR IMPOSIBLE

¡Siempre gusté de contemplar el cielo!
Así, cuando era niño,
al volver del paseo, ya entre sombras,
por dulce compañera de mi ruta
la más hermosa estrella escogía,
que corría conmigo, si corría,
y cuando me paraba, se paraba.

Después, en el regazo
maternal, intranquilo, yo soñaba
que aquella blanca estrella era la mía...
¡Sin reparar, en mi candor de niño,
todo el azul que entre los dos mediaba!

Y así, desde la infancia siempre tuve
el imposible sueño de una amada,
distinta y misteriosa,
que era a la vez una fugaz estrella
en el azul confín;
tan difícil de asir,
que corría conmigo, si corría,
y cuando me paraba, se paraba.

CARNET DE CARNAVAL

A Blanca Logroño.

Tras la fina careta de raso
encubierto el perfil seductor,
a mí llegas con rítmico paso
hilvanando una intriga de amor.

¡Oh! no importa que veles la cara,
pues denuncian tu estirpe ancestral,
el altivo ademán y la rara
distinción de tu porte ducal.

Fue ilusión por demás candorosa
que un disfraz te pudiera esconder:
si entre sombras se oculta una rosa,
su perfume la da a conocer.

Y es inútil que el labio de fresa
disimule un precioso mohín;
yo adivino ese gesto en que presa
sufrió un alma desdenes sin fin.

Y conozco también, bajo el guante,
tu alba mano que es lírica flor,
donde anula su luz un brillante
y marchita un rubí su esplendor.

¡Oh, la hermosa de pálida frente,
princesita gentil de Estambul,
que el Ensueño nos trajo de Oriente
en su góndola de oro y azul!

En mis noches de fiebre te veo
asomada al oscuro balcón
donde prende su escala Romeo,
y una alondra te da su canción.

MARMÓREA

¡Ah! ¿Conque sois de mármol, vos, señora,
que exhaláis de la undosa cabellera
ese extraño perfume, que en la sangre
se infiltra y que de amores la envenena?

¿De mármol, vos, que entre los negros ojos,
ruborosa, ocultáis el dulce idilio
con que arrullan las nuevas esperanzas
vuestra callada historia de martirios?

¿De mármol, vos, cuyo adorable acento
es tierna nota de canción alada,
que en busca de una nota compañera
por el espacio entristecida vaga?

¿De mármol, vos, cuyo perfil romántico
fuera en un lienzo artístico prodigio,
y la sonrisa de la ardiente boca
un rasgo de la flecha de Cupido?

¿De mármol, quien oculta en el misterio
de tenue gasa y transparente blonda,
un nido perfumado, donde, inquietas,
se refugian temblando dos palomas?...

Mas, si a pesar de todo sois mentira,
y vuestra carne y juventud son formas
para encubrir un corazón de mármol,
¡que un rayo os parta el corazón, señora!

CHAMPAGNE

A Carlos N. Carreras
y Luis Fernando Bermejo.

Antiguos compañeros de bohemia
el encuentro quisimos celebrar,
y del brazo los tres, como en un tiempo,
conquistamos el viejo restaurant.

Saltaron bulliciosos los recuerdos
del fondo de las copas sin llenar,
y antes que de lo añejo nos sirvieran
contó una historia añeja cada cual.

Al fin llegó, calada la visera,
heraldo de alegrías, el champán,
y Luis, violento, de un mandoble rudo
el bruñido casquete hizo saltar.

Cual rubia cabellera de una hermosa
que la impaciencia del amante audaz
esparce por el hombro, así en el mármol,
el áureo vino se esparció al brotar.

Carlos brindó: —Su cutis es de bronce,
no importa; yo comparo a mi beldad
con esta rubia que en las copas ríe:
ambas, fieles, disipan mi pesar.

—Yo también —dijo Luis— busco en el néctar
que guarda este cristal de baccarat,
el sabor incitante que me ofrece
mi adorada en sus labios de coral.

Y como yo callara me dijeron:
—¿No tienes una hermosa que elogiar?
—Oh, sí, tengo una amada que en sus crenchas
derrocha todo un sol primaveral.

Cuando en desorden ruedan sus cabellos
por sus hombros de forma escultural,
ánfora de alabastro se diría
que desparrama un chorro de champán.

Mas, ¡ay! que eso tan sólo, por desgracia,
es la que adora el corazón tenaz:
mármol como éste que el champán inunda,
inerte mármol níveo, y nada más.

YO SERÉ DE TU SÉQUITO

Mi bondad, mi piedad, mi mansedumbre,
cándidas flores que en mi fe de niño
logró una dulce madre cultivar:
¿a que vivís en mi alma todavía,
si Eros, más fuerte que Jesús, me impuso
mi renuncia a la gracia celestial?...

Yo seré de tu séquito, oh hermosa,
por quien todas las puertas del infierno
con un clamor de triunfo se abrirán,
para que pase toda
tu espléndida hermosura
y toda tu febril jovialidad.

Las tenebrosas aguas del Estigia,
que ayes tan sólo y maldiciones ruedan,
para verte su curso detendrán;
y la grita infernal de los blasfemos,
a tu sola presencia, en dulce coro
de alabanza y amor se trocará.

La torva faz del ávido Caronte,
que nunca supo de piedad ni júbilo,
su prístina sonrisa ensayará,
mientras en su rudo corazón despunta,
a los impulsos de emoción extraña,
la silenciosa flor de un ideal...

Y vendrá a ti el terrible Cancerbero;
te saltará a las faldas; tu alba mano
querrá lamer con próvida humildad;
se hará querella su feroz aullido,
y sus pupilas que inyectó la rabia
con lágrimas de amor se empañarán.

Al penetrar en la mansión maldita,
¡qué espanto en las tinieblas! Tus cabellos
como fragante antorcha irradiarán,
con su esplendor se incendiarán las sombras,
e inundada de luz la Selva Oscura,
será la inmensa hoguera de un rosal.

Arrastrando su orgullo como un manto
de púrpura, gallardo más que nunca,
saldrá a tu encuentro el Príncipe del Mal;
y el gran soberbio que arrostró las iras
del Señor, humillándose a tus plantas,
como una vil alfombra por el suelo
su magnífico orgullo arrojará,
para que pase toda
tu espléndida hermosura,
y toda tu febril jovialidad.

SEDUCCIÓN

A Silvio Julio.

Esas rocas que altivas se levantan,
¡oh, mi hermosa! a orillas de la mar,
sirenas fueron que en lejano día
con sus cantos de dulce melodía
hechizaban las naves al pasar.

Tenían, como tú, la faz hermosa,
como tú, de granito el corazón,
de espuma endurecida el albo seno,
que al rítmico vaivén de un mar sereno
ostentaba dos rosas en botón.

Para atraer al infelice nauta,
unían en dulcísimo cantar,
al blando arrullo de sus arpas de oro,
la tierna nota del amante lloro
y el ritmo de unos labios al besar.

Desnudas y radiantes se ofrecían...
¿Cómo esquivar la ardiente tentación?...
El que una vez, incauto, las miraba,
tras ellas a las ondas se lanzaba,
la muerte hallando en premio a su pasión.

Indignados los dioses, decidieron
en rocas las sirenas convertir,
y sus formas perdieron; más, el canto
aún sigue siendo peligroso encanto
que logra a los viajeros seducir.

De ellas son esas tiernas vibraciones
que vagan en la brisa de la mar,
armonía lejana que semeja
los arpegios de un arpa que se queja,
o la canción de un cisne al expirar.

Mas, ¿qué sirena tus hechizos tuvo?
¿Cuál tuvo tu invencible seducción?
Así, ¿por qué luchar con lo imposible,
si es sino aciago o ansia irresistible
estrellarme en tu duro corazón?

GÓLGOTA ROSA

A Ana María Menocal.

Del cuello de la amada pende un Cristo,
joyel en oro de un buril genial,
y parece este Cristo en su agonía
dichoso de la vida al expirar.

Tienen sus dulces ojos moribundos
tal expresión de goce mundanal,
que a veces pienso si el genial artista
dióle a su Cristo el alma de don Juan.

Hay en la frente inclinación equívoca,
curiosidad astuta en el mirar,
y la intención del labio, si es de angustia,
al mismo tiempo es contracción sensual.

Oh, pequeño Jesús Crucificado,
déjame a mí morir en tu lugar,
sobre la tentación de ese Calvario
hecho en las dos colinas de un rosal.

Dame tu puesto, o teme que mi mano,
con impulso de arranque pasional,
la faz te vuelva contra el cielo y cambie
la oblicua dirección de tu mirar.

ERA UNA TARDE

¡Oh, mi amada! ¿Te acuerdas? Esa tarde
tenía el cielo una sonrisa azul,
vestía de esmeralda la campiña
y más linda que el sol estabas tú.

Llegamos a las márgenes de un lago.
¡Eran sus aguas transparente azul!
En el lago una barca se mecía
blanca, ligera y grácil como tú.

Entramos en la barca, abandonándonos,
sin vela y remo, a la corriente azul;
fugaces deslizáronse las horas;
no las vimos pasar ni yo ni tú.

Tendió la noche su cendal de sombras;
no tuvo el cielo una estrellita azul...
Nadie sabrá lo que te dije entonces,
ni lo que entonces silenciaste tú...

Y al vernos regresar, Sirio en oriente
rasgó una nube con su antorcha azul...
Yo era feliz y saludé una alondra.
Tú... ¡qué pálida y triste estabas tú!

LIS DE FRANCIA

A Arturo Logroño.

Leve olor de un lis de Francia
se insinúa por la estancia
donde se viste mi amor:
ese olor es la fragancia
de su ingénita elegancia,
su propio aroma de flor.

Copia en mitad de la alcoba
un tocador de caoba
su blancura de jazmín,
mientras blanda piel de loba
en el deleite se arroba
de besar su pie gentil.

¡No hay oro de enredadera
igual a su cabellera!
Cuando la asoma al balcón
despeinada, se dijera:
¡La más altiva bandera
en un reto contra el sol!

Y tal profusión de rosas
guarda en su cuerpo mi hermosa,
que su cuerpo es un jardín
de las rosas más pomposas
y raras y misteriosas
que trajo en su cesto abril.

Altar de impolutos lirios
es su frente; cual dos cirios
arde en sus ojos la luz
que me exalta hasta el delirio
de arrostrar cualquier martirio
sobre sus brazos en cruz.

FUE UN BESO

A Manuel A. de Cabral.

Fue en sueños que una vez sus níveos brazos
enlazaron mi cuello,
y que en mi boca su rosada boca
dejó el más dulce beso.

¡Ay! fue un beso no más y un solo abrazo,
y todo un breve sueño;
sueño que tuve cuando ella era núbil,
y yo bravo mancebo.

Después, mil y mil bellas me besaron;
más, palpitante y fresco
y único, en mis labios sólo vive
aquel soñado beso.

---

1. Este poema aparece en *Canciones de la tarde*, 1920, con el título de "Terina", y está dedicado a Gabriela Mistral.

TRAS LA SUTIL EMBOSCADA

A E. Fernández Arrondo.

Anoche, en el espléndido
salón de locas danzas,
ella, cual una reina,
sus caprichos dictaba
entre aleves sonrisas
y engañosas miradas.

Y el frágil abanico
que en sus manos volaba,
encubriéndole a veces
la risa, semejaba
cándida ala de un pájaro
que al borde se posara
de la más fina y pérfida
y sutil emboscada.

De improviso resuena
un preludio de danza;
en redor de la hermosa
hay tropel de casacas;
cien rivales a un tiempo
dispútanse llevarla
en voluptuoso giro
a través de la sala.
Chispean las pupilas
como un choque de espadas
ansiosas de dar muerte.
Con intención dañada,
finge ella que vacila
entre la cortesana
turba que la rodea;
pónese en pie, y su gracia
es turbador perfume
que el salón embalsama,
de la más bella y fina
flor de las elegancias.
Como en lance de vida,
la ansiedad se retrata
en los viriles rostros:
¿Quién logrará la palma?...

Ella la faz esconde
breve instante en el ala
de su abanico, y suena,
como un clarín pirata
que de todos se burla,
su alegre carcajada...
Después, indiferente,
su mano aristocrática
a uno cualquiera fía
y hacia el salón se lanza.

Abandonado yace
su abanico de nácar,
que fuera, enantes, leve
y fina ala posada
sobre la más graciosa
y pérfida emboscada,
y tras del cual, vibrante,
como un clarín pirata,
resonó de la hermosa
la alegre carcajada...
De él me apodero ansioso
y con presteza y maña
ocúltolo en el pecho.
El corazón me salta
cual águila que quiere
romper su estrecha jaula.
A un rincón solitario
me acojo de la estancia.
Calladamente tomo
la prenda codiciada.
La abro con el respeto
de las cosas sagradas...
¡Dios mío, el abanico,
está empapado en lágrimas!

QUISO SER LIRIO UN LIRIO

A María Teresa Castell

Quiso un lirio ser lirio más que todos los lirios,
y encumbrado en tu frente de púdica beldad,
esparció por los aires su perfume de ensueño,
y fue un lampo de luna la diadema lilial.

Ardieron los jardines de envidia y ambiciones.
Ser algo en tu hermosura pretendió cada flor;
y así fueron las rosas sonrisa en tus mejillas,
y sangre de tus labios el clavel en botón.

¡Ah! quién hiciera un verso que se alzara en tu frente,
fuera rosa en tu risa y en tus labios clavel,
y escondido en tu pecho por la noche surgiera
para hablarte al oído ¡oh Teresa Castell!

FLOR DE BORINQUEN

¿No conocéis a Clara Josefina?
¿Nunca visteis aquella dulce gracia
que va con ella, y es como un perfume
que su blancura de jazmín exhala?

Al verla discurrir por los paseos,
alta la frente y el andar airoso,
bien se dirá que la gentil Artemis
dejó el Olimpo y se mezcló a nosotros.

Mas, no; que si su cuerpo es arte helénico,
sólo en cristiana inspiración se alientan
la casta insinuación de su sonrisa
y aquel candor que en su mirada impera.

Allá viene. ¡Cuán linda! Que a su paso
entone el bardo su canción de ensueño,
y que los niños el sendero alfombren
de flores y de risas y de besos.

MI PRISIÓN

Para Rafael E. Sanabia

Fue el cielo de tu alcoba
reflejado en el cielo de tus ojos,
Bartrina

Cautivo voluntario en una cárcel
bella cual otra no se vio jamás,
sólo un temor mis horas ensombrece,
el temor de adquirir mi libertad.

Dos celdas tiene mi prisión hermosa,
de un verde tan brillante y singular
que parece un incendio de esmeraldas
su fúlgida e intensa claridad.

Guarnecen mi prisión rejas doradas,
tan finas y sutiles a la par,
que bien pudieran ser saetas de oro
y ornar de los amores el carcaj.

Estrella es mi prisión y cabe en ella,
con todo su esplendor, la inmensidad:
el cielo azul que copia su dulzura,
y el que mis ansias copia inquieto mar.

Mas, esas maravillas de lo Eterno
no son las que yo anhelo contemplar
a toda hora en el fondo de mi cárcel,
como en un terso y límpido cristal.

Yo soy pagano de la Grecia antigua
y mi vida la vivo como tal,
prefiero una mirada a dos estrellas,
y un beso amante al cielo azul y al mar.

¡Oh, qué feliz cuando impetuoso vuelco
mis celdas de esmeraldas, y su cristal
el plafond reproduce en miniatura
de mi alcoba, y mi imagen además!

CONTRA UN MÁRMOL

Al recoger su túnica la tarde
besó un reflejo del poniente sol
el blanco seno de mi amada hermosa
que un instante animarse pareció.

Y su amor le pedí impaciente y torpe,
olvidando en mi loca exaltación
que el hielo no se enciende con la llama,
que una estatua no tiene corazón.

LA RUECA DE ONFALIA

A Basilio Magallanes

LAS TRES HERMANAS

A Juana de Ibarbourou.

El poeta pasó, fija la frente
en la empinada cruz de los martirios,
donde el dolor, bajo la luz poniente,
finge que son sus dagas siete cirios.

Y en la sombra que tejen las encinas
del camino, surgieron tres doncellas:
hermosas son las tres, las tres son finas,
y altas y temblorosas como estrellas.

—Es su pupila el sol de la mañana,
prorrumpe Sonia, linda de sonrojos.
—¿Acaso por mirarte, ¡oh! dulce hermana,
él, de los cielos apartó sus ojos?

—No; pero los fijó en una alba nube,
volviéndome esa nube su mirada.
Y en la actitud de un cándido querube
que piensa en Dios, Sonia quedó extasiada.

Nisia, núbil apenas, y el acento
de las palomas, dijo: —Primavera
fue en mi pecho su amor, cuando su aliento
en un verso rozó mi cabellera.

—¿Por qué callaste vuestra cita a solas?
—Nunca hasta hoy le vi; mas, del dolor
de su ausencia yo hablaba con las olas,
las brisas y su amigo el ruiseñor.

En celos abrasada, Cinthias, loca,
excesos cuenta del amor verdugo:
—Mis dientes fueron cárcel de su boca,
Yo he exprimido de su boca el jugo.

Y con tal fuerza su pasión proclama,
que a las otras arranca del Ensueño.
—¿Dónde, hermana, os besásteis? —En mi cama.
—Mas, ¿cómo, cómo, Cinthias? —En un sueño.

BLANCA FLOR

A Luisa Luigi.

Libres de pajes e importunas dueñas,
en el jardín, las tres hijas del rey:
—¿Qué es la gloria? discuten, sonrosadas
por la ardentía que en su sangre es ley.

—¡Llevar tras sí cien pueblos a la guerra!
Clama, altiva, la infanta Doña Sol,
novia feliz de un ínclito guerrero,
príncipe de la muerte y el terror.

Y dice Doña Inés, la prometida
del rey del oro en Londres y París:
—Competir en diamantes con la noche;
de día, con los cielos en zafir.

Su turno toca a la infantita blonda,
a quien llaman, por linda, "Blanca Flor".
—La gloria, dice... Y habla tan turbada,
que se oye apenas la palabra "amor".

Las dos hermanas, pálido el semblante,
a la pequeña miran con desdén...
Y es que al más bello capitán de robos
la infantita ha jurado serle fiel.

CAZADOR FURTIVO

A Amelia Ceide.

Envueltas en sus mantos contra el fresco
de la noche, las tres hijas de Iván
el guarda bosque, soñolientas vuelven
del raudo baile a su tranquilo hogar.

Cruje una rama y Berta, asustadiza
como una corza, dice con afán:
—¡Ay! qué susto, si en pos de nuestras joyas,
nos cierra el paso algún ladrón audaz.

Mófase Inés: —Robo gentil; tres aros
lisos; ni perlas, ni diamantes... ¡Bah!
Más miedo tengo al cazador furtivo
a quien padre persigue sin cesar.

Recatada en la sombra, Luz sonríe...
Su lindo anillo no lo guarda ya;
dióIo a quien presto estrechará en su alcoba
al fuerte y ágil cazador fugaz.

ALAS

A Alfonso Camín.

Su pobreza no importa; la casita
reluce al sol como un vellón de plata,
y el can luciente y el rosal florido
bien los esmeros del hogar proclaman.

Mas, a pesar de ser tan blanca y limpia,
flota en su ambiente una tristeza vaga,
que al viajador desde el umbral acoge
poblando el alma de imprecisas ansias.

¿De dónde tal tristeza se desprende?
Del duro anciano, cuya frente rayan
—ilustrando quizás oculta historia—
siniestra cicatriz y arruga amarga?

¿O de la hermosa nieta que a su lado
crece, y al par de hermosa es tan huraña,
que nadie osó de amores requerirla,
temiéndole al rencor de su mirada?

Extraña juventud la de esta niña
que nunca alegre ríe, y cuando canta,
claro se advierte que en sus labios tristes
un mal de siglos su dolor exhala.

Pónese ahora en pie, la fina mano
con gesto duro por su frente pasa,
cual si espantar quisiera alguna idea,
siempre tenaz, que a su pesar la asalta.

Hasta que al fin, con ímpetu salvaje,
al torvo anciano de este modo habla:
—¿Quién fue mi padre, dime, abuelo, y dime,
quién la mujer que me llevó en su entraña?

Herido de estupor, sobre su pecho
el viejo inclina la cabeza cana,
mientras un historial de rapto y muerte
abre al recuerdo sus sangrientas páginas.

Mas, se repone, y con sarcasmo dice:
—¿Su noble estirpe inquiere la rapaza?
Pues, escucha: tu madre fue una frágil,
y a tu padre di muerte por su infamia.

—A mí tu hazaña no me importa, abuelo;
sólo quiero saber de dónde esta ansia
me viene de volar, volar muy lejos,
por encima de nubes y montañas.

—De tu abuela quizás, que fue una bruja;
replica el viejo con creciente saña.
Mas ella, al punto, súbito contento
al duro rostro del anciano lanza.

—¡Ah! ¿tu mujer fue bruja? Ya sé, entonces,
de qué herencia me vienen estas alas
que en noches de huracán siento en mis hombros
queriéndome arrancar: ¡Yo soy un hada!

MEDIOEVAL

A Mario Carrieri.

¡Cuán otra de la altiva castellana
que en justas, caza y fiestas de salón,
mostraba al mundo su arrogante estirpe,
aparece en su alcoba doña Sol!

La frente humilde y pavorida el alma
por un fatal presagio de dolor,
la ve a sus pies la misma dulce Virgen
que de niña amparaba su oración.

Súbito, un hondo y lúgubre silbido
parte el silencio de la noche en dos...
Y una estridente carcajada vibra,
que al propio infierno diérale pavor.

Óyese un ¡ay! profundo y lastimero,
que al par de queja es un postrer adiós.
Aúlla un can, cuyo angustioso acento
entre mil distinguiera doña Sol.

Se hincha el jardín con un tropel de gentes
que vienen, van y, en torpe confusión,
mil comentarios hacen de un suceso
que causa a todos invencible horror.

Huella un paso altanero la antecámara,
pónese en pie de un salto doña Sol,
su fiera voluntad requiere, altiva,
y en tal broquel recata su temblor.

Resuena un toque en la cerrada puerta,
detrás del toque un áspero empellón,
y asoma en el umbral un caballero
adusto el ceño, lívido el color.

Mas, se repone y, sonriente, dice:
—Un hombre ha muerto al pie de este balcón.
Rondar le vi y, creyéndolo un furtivo
cazador, mi venablo lo abatió.

Era Juan... Ya sabéis: el jardinero...
¡Pobre zagal, tan apegado a vos!
¡Bah!... Dadle algún dinero al triste padre,
y más no se hable de mi torpe error.

Miró a su esposo la doliente esposa,
y en confesión altiva de su amor,
el orgullo implacable de sus lágrimas
en dos límpidas perlas le mostró.

LAS CAMPANAS REPICAN GLORIA

Para Clarita Brache

Un milagro, Clarita, es un suceso
tan raro cuan difícil de explicar;
como aquel Viernes Santo en que los bronces
de nuestra antigua y noble Catedral
repicaron a *Gloria*, por sí solos,
mirándote pasar.

¿Te acuerdas? Hubo espanto y hubo júbilo;
se produjo en la Misa confusión,
gente sencilla lo achacó a prodigio,
los sabios a geológico temblor,
y con la causa justa del suceso
nadie, niña, acertó.

Nadie pensó que las campanas tienen
un corazón capaz de palpitar,
y estremecerse al misterioso influjo
de una gentil y espléndida beldad;
nadie pensó que el fuerte y rudo bronce
fuera capaz de amar.

¿Por qué no?... ¿Porque es duro? ¿Porque es viejo?...
¡Vaya con la magnífica razón!
También mi corazón es viejo y duro,
y ya sabrás, Clarita, que... mas, no;
dejemos, niña, este secreto mío
para otra ocasión.

LAS ROSAS DE MI ROSAL

Para doña Aurelia del Castillo

Yo tengo un rosal florido
en el patio de mi hogar,
y todo el que pasa envidia
las flores de mi rosal.

¡Hay dolor en cada rosa!
Diríase que un puñal
rasgó artero mil entrañas,
y el sol las hace sangrar.

Y se diría: son lágrimas
su rocío matinal.
¡Quién sabe todo ello oculte
misterios que he de callar!...

Su color y extraño aroma
causan impresión igual:
y quien ese aroma aspira
ya no lo puede olvidar.

Mis rosas pidióme un día
la hija más bella del Zar,
para tejerle a su padre
una corona triunfal,

—Perdón, Alteza, mis flores
no sirven para adornar,
de un pueblo que aspira a libre,
el ancho y férreo dogal.

También mis rosas quería
ver en su mesa y su altar,
sibarita y elegante,
un ilustre cardenal.

—Su Eminencia disimule,
que no cuido mi rosal
para orgía de su mesa
ni ornamento de su altar...

En triste llanto inundada,
presa de vivo pesar,
a mis puertas llega ahora
una niña angelical.

—Dame dos rosas, —me dice,
¡sólo dos! para aromar
la humilde fosa en que duerme
mi amado el sueño eternal.

Sin decir una palabra
—mientras corría a la par
de sus lágrimas mi llanto—
despojé todo el rosal.

Y en tanto que ella volaba
su roja ofrenda a llevar,
mil rosas blancas de súbito
coronaron mi rosal.

DISPUTA

(De Uhland)

ELLA—¿Por qué así me miras ávido
dondequiera que me ves?
Ten cuidado con tus ojos
no los vayas a perder.

ÉL—Porque a verme te volviste
sabes tú que te miré;
cuida de tu lindo cuello
que se te puede torcer.

OBLACIÓN

Para Blanca Dilia Nasica

Pensamiento gentil que oscuro duermes
en las calladas cuerdas del laúd,
es ya la aurora; tiende, ¡oh! pensamiento,
tus vibrantes estrofas a la luz.

Y posa en esta página tu vuelo
con un pausado y rítmico desliz,
para vivir la vida de las joyas,
el perfume y la música sutil.

Cuando aquella a quien vas fije en tus versos
su mirada de ardiente irradiación,
¿qué gema brillará como tus rimas
ebrias de luz en tan fulgente sol?

Y si una vez la dulce gloria alcanzas
de pasar por sus labios de coral,
¿qué cítara tendrá tus vibraciones?
¿tu perfume, qué flor podrá exhalar?

¡Oh! pensamiento que hasta ayer dormías
en las calladas cuerdas del laúd,
quédate aquí, sobre este blando nido
del perfume, del ritmo y de la luz.

EL MENSAJE

(De Enrique Heine)

Arriba, paje mío, ensilla y monta
mi más noble corcel;
corre, traspasa bosque y llano, y llega
al castillo del Rey.

En la cuadra detente, allí espera
te hable escudero fiel;
de las hijas del Rey, la que se casa
pregúntale cuál es.

Si dice: «la morena», tal noticia
vuela raudo a traer.
Si «la rubia»... ¡ay! entonces tanto apuro
no pongas en volver.

Mas, cómprale, de paso, al cordelero,
un cáñamo... Después,
sin darte prisa y sin decir palabra,
tráeme ese cordel.

JARDÍN DE PRIMAVERA

Para Leonora Grullón.

Tu blanca juventud cuida, Leonora,
como se cuida un lírico jardín;
todo el sol de la vida está en la aurora,
el dulce Ensueño es una flor de abril.

Y conserva cerrada tu ventana
contra la fría escarcha del saber,
ser rica en experiencia es ser anciana,
aunque se tenga límpida la tez.

Mas, cuando llegue a tu balcón florido
el pájaro radiante del Amor,
tus puertas abre y con fervor un nido
fabrícale en tu ardiente corazón.

EL JARDÍN DE CAROLA

SÁNDALO

Es su espíritu lámpara encendida
en el callado altar del sacrificio,
y son dos piedras de ese altar propicio
el duro seno en que su fe se anida.

Ni una vez su pupila enlutecida
el vértigo sintió del precipicio,
ni pudo despertarle un solo indicio
el pecado al rozarla por la vida.

Si pesada es su cruz nadie lo advierte:
de tal modo es alígera su planta,
y, como alondra, cuando sufre canta.

Breve, igual a una flor, será su suerte...
Y cuando muera, un suave olor de santa
perfumará los labios de la muerte.

EVOCACIÓN ROMÁNTICA

¡Qué tiempo aquel, señora,
cuya ausencia deplora,
e inútilmente llora,
sin ninguna esperanza, el corazón!

¿Os acordáis, Marquesa,
cuando en cierta ocasión
vuestro labio de fresa
a la más arrogante archiduquesa
impuso su mohín encantador?...

Roja de odios, clamó ella: —¡Qué osadía!
Vos pensasteis: —¡Magnífica ocasión!
No por galante la tenaz porfía
fue menos sanguinaria y sin perdón.

¡Con cuánta bizarría,
con qué arte y gallardía
vuestra fina ironía
paraba un golpe y presto daba dos!

Y después, ¡con qué gracia
mortal, oh, flor sutil de aristocracia,
compadecer supísteis la desgracia
de la altiva rival y su dolor!

En tanto, arrebatábais a su Corte
—para ensanchar el lírico esplendor
de la gentil cohorte
esclava a vuestro amor—
dos boquirrubios Príncipes del Norte
y un incógnito Infante de Aragón.

Era yo entonces un valido paje
del duque vuestro padre y mi señor;
y tenía por gaje
la fimbria sostener de vuestro traje
si bajábais al templo en oración.

Al penetrar la gótica capilla,
¡con cuánta devoción
doblábamos, humildes, la rodilla:
vos, ante la Madona de la Silla,
yo, Marquesa, ante vos!

Temeroso de herir vuestro alto orgullo,
así fue en sus comienzos mi pasión;
ruego que no alcanzaba a ser murmullo,
o dulcísimo arrullo
que se trocaba en férvida oración.

Mas, el mundo, en seguida,
os arrancaba a mi éxtasis de amor;
y en carrera sin brida,
allá ibais por la Vida,
arista que arrebata el aquilón.

No por ser impoluta cual la nieve,
y como el céfiro, fugaz y leve,
do quiera se posó,
dejó, Marquesa, vuestra planta breve
más ligera impresión.

Y al memorar ahora
con alma soñadora
tanta gentil comedia encantadora
de frívolo capricho o de pasión,
¿no os asaltó, de súbito, señora,
la visión turbadora
de una olvidada escena de pavor?...

¿Os acordáis?... y ante la imagen de esa
pálida noche atroz,
¿no sois la fácil presa
de un pánico temblor?...
¿Decís que no?... ¡Juro en verdad, Marquesa,
que tenéis arrogante el corazón!

¿Os acordáis?... Temblaba, suspendida,
mi escala del idílico balcón,
cuando al pie de la escala, un fratricida
entrechocar de aceros resonó;
se escucha un "¡ay!" de voz desfallecida,
¡y un último estertor!...

Entonces, del corpiño os arrancásteis
dos rosas en botón,
que a las tinieblas, pálida, lanzásteis...
¿Al que moría?... ¿Acaso al vencedor?...

UNA VOZ DIRÁ TU NOMBRE

Yo quisiera formar las nuevas letras
de una nueva palabra;
palabra sin sentido a quien la oyera,
si quien la oyera no eres tú, mi amada;
mas, tan dulce a tu oído, que en tu oído
fuera oración cristiana.

Y hacer de esa palabra un solo nombre,
único nombre de expresión tan rara,
que sólo tú pudieras entenderla,
y sólo tú lograras escucharla.

Y cuando con amigas, por el bosque,
una fresca mañana,
o en clara noche de jardín, oyeras
tenue voz que ese nombre pronunciara,
¡qué pronta y cándida emoción la tuya!
Tus jóvenes amigas, asustadas
al verte así, preguntarán: —¿Qué tienes?
¿Por qué te has puesto pálida?
Y tú, tranquila ya, contestarías
con suma sencillez: —No tengo nada.

AVE REINA

¡Te encuentro al fin, oh, tú, ideal radiante
de mis vagos ensueños de poeta!
¡Ven, surge a mis amores! ¡Cuántos años
que mi impaciente corazón te espera!

Eres la misma; el encorvado tiempo
por ti pasaba sin marcar su huella;
un invierno a otro invierno sucedía
sin tocar tu florida primavera.

Mi corazón en tanto te buscaba,
y en el ardiente afán de tu belleza,
por otra vida suspiraba ansioso,
creyéndote, ¡ay! en otra edad ya muerta.

Por mi amante a la historia interrogaba:
¿Era Beatriz? ¿Fue la gentil Julieta?
¿Fue la víctima pálida de Otelo?
¿O fue la dulce e insensata Ofelia?

Mas, mi ambición que [illegible]orjó a un antojo,
sin fe miraba a las sublimes muertas,
que para ser la amada de mi ensueño
faltaba a todas tu altivez de reina.

¡Te encuentro al fin! ¡Oh, qué triunfante surges
a la extática vista del poeta!
¡Ante tu imagen, la ambición se calla
y su torpe cincel rompe la idea!

¡Nos hallamos al fin! ¿Verdad mi hermosa,
que tú también soñaste mi existencia,
y cuando ardiente el corazón latía
tu alma a tu corazón le dijo: Espera?

¿Y mientras yo cruzaba entorpecido
una tras otra, tenebrosas sendas,
tú a los cielos, tú al sol, tú al horizonte,
demandabas la causa de mi ausencia?

Y no hallando respuesta a tus anhelos,
y no sabiendo en tu angustiosa pena
qué hacer, ¡ay! con los besos de tu boca
y el perfume embriagante de tus trenzas.

A la noche, por triste y silenciosa,
te llegaste en amarga confidencia,
y diste a la ventura de sus alas
tus besos, y tu amor, y tus tristezas...

En la callada sombra, cuántas veces,
mientras sangraba el corazón de penas
en la frente de súbito sentía
como el beso fugaz de un ala inquieta.

Y al conjuro de aquel extraño roce
mi espíritu cobraba aliento y fuerzas,
al temor la arrogancia sucedía,
nueva ilusión a la esperanza muerta.

Eran caricias de tu amante boca
que a consolar venían mi alma enferma,
a darle fe a mi corazón postrado,
y esfuerzo de titán a mis flaquezas.

¡Ya estamos juntos! Ya no más tus besos
a la ventura cruzarán la esfera;
ni vagará, sin dueño, en el espacio,
el perfume embriagante de tus trenzas.

Y pues ya tengo a quien ceñir de mirtos,
trepo a la gloria a desplegar mi enseña.
¡Quién disputarme el galardón se atreve
si estás ahí para premiarme, oh, Reina!

RUEGO

Al corazón le place sentirse a veces niño,
y sacúdese entonces de la sangre de Abel;
recobra sus sonrisas, sus vellones de armiño,
sus quimeras con alas, sus panales de miel.

Y a la garganta sube con rumor de cascada,
como agua la más pura de oculto manantial,
fresca, límpida, suave, la plegaria olvidada
que en el pecho nos puso la dicción maternal...

Tal sentí en tu jardín, al verte ayer, mi hermosa,
por la sangre del labio, clavel más que el clavel;
por la fina elegancia, rosa más que la rosa;
y lirio más que el lirio, por candor de la piel.

Y al punto de mi memoria, en una onda muy mansa,
del lejano recuerdo acudió una oración;
no la que rezo a diario, con la sed de venganza
que un Dios impuso al alma por su ley del Talión.

Sino este dulce ruego que el amor es quien sella:
—¡No abandonéis su mano, oh, buen niño Jesús!
¡Si hay sombras a su paso, encended una estrella;
si algún peso la aguarda, arrojadlo en mi cruz!...

RADIA UNA ESTRELLA

A Dolores Morilla.

A veces se interpone entre mi alcoba
y su alcoba un silencio tan glacial,
que es como si mediaran cien montañas
de mi lecho a su tálamo nupcial.

No hay un pavor igual a este silencio
en que el ritmo del propio corazón
cual un péndulo vibra, que marcara
agónico estertor.

Mas, súbito, su dulce voz me nombra...
Se hunden las cien montañas. A su vez,
radia una estrella... Y su callado avance
es como un tímido y furtivo pie.

CON ÁVIDO ADEMÁN

A R. Pérez Alfonseca

Con ávido ademán la dulce amada
sobre mi pecho su cabeza apoya,
para encontrar un rítmico lenguaje
que con ardor a su pasión responda.

Y al no sentir bajo la frente cándida
más que el frío silencio de una roca,
tórnanse en albos lirios las mejillas
que fueran antes encendidas rosas.

Yo le interrumpo el inocente agravio
que en lágrimas traduce su congoja,
y con blanda presión de nuevo atraigo
sobre mi seno su cabeza hermosa.

—Mi corazón, ¡oh, amada! digo entonces,
no siempre vive en su prisión angosta,
sino que en pos de tus encantos vuela,
a su propia emoción buscando formas.

Y así mi corazón está en mis ojos
cuando a distancia tu beldad asoma,
mi intranquila mirada va a tu alcance
y te envuelve en su amor como una onda.

Y así late en las puntas de mis dedos,
si, ya exaltada, mi caricia loca
recorre los encantos de tu cuerpo,
haciéndote vibrar cual arpa eólica.

Y así también en mi cerebro vive,
cuando la idea, al proclamarte diosa,
el perfumado incienso de su mirra
te ofrece en una cincelada estrofa.

EL SILENCIO DE UNOS OJOS

Qué me dicen tus dulces ojos negros,
tan cargados de sombras, ¡oh, adorada!
que en la noche me basta su recuerdo
para llenar mi corazón de lágrimas.

Qué me dicen tus dulces ojos negros,
en su silencio lleno de palabras
tan leves, que el oído nunca advierte
cuando se adentran en mi oscura entraña...

Tal dos aves que buscan su refugio
en un agrio peñón de oculta playa,
y en su áspero nidal, en vez de cánticos
alzan al cielo súplicas calladas.

VISIONES DE LA ALCOBA

A Emilio García Godoy.

Entre su tálamo y mi lecho media,
puente de los amores, un tapiz
que el pincel oriental colmó de rosas
y lirios y jazmín.

Cuando la amada, al desceñir sus velos
luce como una estrella su esplendor,
una indiscreta lámpara de oro
a esas flores da vívida expresión.

Las rosas insinúan sus envidias,
el jazmín palidece de ansiedad,
y los lirios su largo cuello alargan
en silencio con tímido ademán.

La lámpara se extingue... Mas, entonces,
surge en cada rincón
de la alcoba, un enjambre de pupilas
que revuelan del tálamo en redor.

PÍDOLE AL SEÑOR

Poco al Señor le pido para colmar las horas
de tu noble existencia con su eterna bondad:
que te guarde en su cuido, tal como siempre fuiste,
el corazón ingenuo brillándote en la faz.

Y jamás un impulso de impaciencia o despecho
profane de tus labios esa tierna expresión
que sella tus palabras con dulzura infinita,
cual si en tus labios siempre vagara una oración.

Ser altiva y sencilla, ¡qué difícil contraste!
Ignorar las ofensas, ¡qué arrogante ademán!
¡Desarmar a los odios con sólo una sonrisa!
que ilumina las sombras como un iris de paz.

Llevar las manos de algo siempre bendito:
el trigo de las hambres, el agua de la sed,
vendaje a las heridas, frescor para las llagas,
aliento a los que caen, y al descreído fe...

Y pues en ti florecen las rosas más gentiles
del jardín de los cielos, que una suavidad
extraterrestre bañe mis manos pecadoras
y hágame un jardinero digno de mi rosal.

SOMBRA DE TU SOMBRA

Cuando por el dolor al fin rendido
caiga mi cuerpo en la urna cineraria,
y con pesada losa funeraria
mi memoria infeliz selle el olvido.

No por la muerte quedará vencido
mi triste amor; eterna tributaria
de tu hermosura, mi alma silenciaria
dentro de ti fabricará su nido.

Y a tu pesar, en la callada noche
escucharás el lánguido reproche
con que te llama su ferviente anhelo:

será sombra impalpable entre tu sombra,
el roce de tu pie sobre la alfombra,
y en tu pecho de mármol será hielo.

ESCUCHA, AMADA

Escucha, amada, mi postrera súplica:
cuando mi frente en el oscuro féretro,
reclame un blando apoyo, no le ofrezcas
la triste almohada que empapó tu duelo.

La huesa es honda y fría y tenebrosa;
ni el sol la entibia ni la arrulla el céfiro,
y hasta el rosal que su raíz le clava
aromas niega a su profundo seno.

Merced a tu cariño vigilante,
mi vida ha transcurrido en un ensueño;
y en ese ensueño he de morir, felice,
la sien dormida en tu regazo tierno.

Todas tus rosas cortarás entonces
para cubrir de suavidad mi cuerpo,
y en una almohada apoyarás mi frente
que aún conserve el perfume de tu aliento.

Sin blandones después, ni pompas vanas,
condúceme tú misma al cementerio,
y en vez de llanto y oración inútil,
dame tu "adiós" en un callado beso.

PIEDAD CRISTIANA

¡Largo de aquí, hambriento perro intruso!
dijo la dama, y su gracioso pie,
ágil y fuerte, rubricó aquel gesto
de impiedad y desdén.

Con ojos claros, de rencor exentos,
a su dueña miró el triste lebrel,
ahogó un sollozo en su postrer aullido,
y renqueando se fue.

Se fue a su antigua vida vagabunda,
de bravo can en lucha sin cuartel,
de día, por un hueso, y en la noche
por un portal donde posar la sien.

Se fue... La dama, en tanto, entró en su alcoba,
con finos polvos refrescó su tez,
sonrió al espejo, iluminó dos velas,
y al pie del Cristo musitó su fe.

ECO ESCLAVO

A. Arturo Doreste

Cuando mi llanto con raudal hirviente
del corazón su imagen arrasó,
sentí un vacío tan profundo y ancho
cual ha de ser la tumba de mi amor.

Después... Imaginad un ser fantástico
que bajo el oro irónico del sol
su propia huesa, lóbrega y vacía,
llevara en el lugar del corazón.

Y que este ser se entrara por el mundo,
con mi faz, con mi risa, con mi voz;
y a los vivos hablara de la dicha,
la hermosura, la gracia y el candor.

De todas estas cosas que decimos
cuando en la Vida vamos, y que son
las tintinantes joyas mentirosas
que las bellas agitan con ardor...

En tanto, aquí en el pecho, siempre abierta,
esta fosa sin fin, que no colmó
su apetito voraz ni con el odio,
el orgullo, los celos y el dolor...

Mas, ¿qué hacer? si en mis labios, risa o llanto,
cualquier voz, al brotar con hondo son,
eco esclavo es tan sólo de otro acento
que ya fue en mi alma la más dulce voz.

PIERROT

A Edna Worthley Underwood.

Hablábase de amor, que es tema siempre
selecto en todo frívolo salón,
y como yo callara, hermosa dama
pidió mi parecer en alta voz:
—"¿El amor?... ¡Bah, señora!..." Y dije entonces
tan lindos chistes puestos en razón,
con tanta gracia y tan sutil donaire
supe burlarme del pequeño dios,
que a poco vi la concurrencia entera
aplaudir mi sarcástica opinión,
y más de una preciosa boca roja
me otorgó su mohín encantador...

¡Ay! ¡sólo tú, en tu oscura cárcel gélida,
no reías, llorabas, corazón!

LA CANCIÓN DE LOS RECUERDOS

Cuando yo era tuyo,
cuando tú eras mía,
¡qué hermoso era el mundo!
¡qué alegre la vida!

¡Los cielos, cuán diáfanos!
¡La tierra, cuán linda!
¡Y cómo era entonces
jovial la campiña!

Mi brazo en tu brazo,
tu mano en la mía,
risueños nos íbamos
por toda la Villa.

Y en nuestros paseos,
la gente decía:
—¡Oh! ¡amante pareja,
que Dios os bendiga!...

Por verse en tus ojos,
el sol retenía
los doce corceles
que al alba relinchan.

Te daban las aves
gentil bienvenida;
su aroma las flores,
su aliento la brisa.

La alondra en tus hombros
soltaba sus rimas,
y el aire enfiestaban
cien mil golondrinas.

Parlera cual nunca,
la fuente corría
fugaz a llevarte
su cándida linfa.

Y mientras los céfiros
hallaban propicias
al beso furtivo
tus frescas mejillas,

un silfo goloso
audaz entreabría
tu casto corpiño
en busca de guindas...

Ni auroras lluviosas,
ni tardes umbrías,
todo lo alegraba
tu amante sonrisa.

Y cuando la noche
con lóbrega envidia
sus redes de sombras
falaz nos tendía,

guió nuestra marcha
la antorcha opalina
que Venus en lo alto
del cielo prendía.

Yo, en tanto, felice,
al son de la cítara
ponía en tu oído
mi alma infantina,

en versos fragantes
de amor y poesía,
que hallaban por premio
tu boca exquisita...

¡Oh! ¡boca de rosa
que un tiempo fue mía,
quién supiera entonces,
tu amarga mentira!

PERFUME

Para María Planas

Sus blasones nada importan,
que en ella la aristocracia
más que en viejos pergaminos
de su corpiño se exhala.

Y si un leve olor de pétalos
su fresca risa derrama,
más que sus labios de rosa
lo producen sus miradas.

IMPACIENCIA

Para Fco. Prats Ramírez

En la pared de mi angustiosa alcoba
fulguran, a la par,
el fiel retrato de la amada muerta
y un acero que el Tajo vio templar.

Encima de su vida, aquella puso
su pasión por mí.... Mas,
su amor por una Patria sin mancilla
fue su amor sin igual.

Y es el acero la fulgente espada
que un héroe nacional
esgrimió en Santomé... ¡Pensad si ahora
no ha de ser de vergüenza su pesar!

Y así, de noche, en la sombría alcoba
pregúntanme al entrar:
—¿Cuándo?... los ojos tiernos de la amada;
y el filo ansioso del acero: —¿Ya?

LAS FLORES DEL SENDERO

A Fela de Medina Polier

EL LÍRICO CARCAJ

A Lucio Arengo.

Con mi arco en la forma de una lira
y mi brazo de diestro cazador,
¡qué fácil juego mi ambición sería,
si fuera cazar astros mi ambición!

En la cuerda, trenzada con un rizo
que guarda de mis besos el ardor,
dos saetas brillantes e inmortales
pondría, ¡de una sola vez las dos!

Tensa la cuerda, fijo el ojo al cielo,
bajo la ardiente y sádica presión
de mis puños, el arco vibraría
de emoción, de pasión y de dolor.

Lanzadas las dos flechas, el espacio
hendirían con ímpetu veloz,
y ambas a un tiempo el blanco alcanzarían:
¿Venus?... ¿Sirio?... ¿También la Osa Mayor?...

¡Pues claro! Por el suelo diez estrellas
han rodado, partido el corazón.
¡Ah! Su luz no lloréis, que ellas al cielo
volverán con más límpido fulgor.

Así estos dardos sus heridas dejan:
rojas y ardientes, llagas de pasión.
Quien las sufrió una vez, ya no podría
vivir sin su dulcísimo escozor...

—¿Dónde el carcaj en que celoso guardas
tus saetas, ¡oh! diestro cazador?
—Dos pétalos de rosa son su aljaba;
¡mas, la llave en mi pecho se perdió!...

ESCENA LUIS XV

A Carlota Carrero.

¿Te acuerdas, gentil Carlota,
de aquella dulce y remota
edad del galante amor,
cuando el color de tus ojos
provocaba los enojos
de un Abad y de un barón?

Que eran negros cual la noche
bajo el dolor de un reproche
dijo, celoso, el Abad;
y el barón, que tus pupilas
eran dos tempranas lilas
en la gracia matinal.

Bravos ambos y altaneros,
confiaron a sus aceros
la decisiva opinión...
Si era frívolo el motivo
no le importaba a tu altivo
insaciable corazón.

Principio al encuentro insano
marcó un gesto de tu mano,
plena de gracia y desdén...
Y en tanto el Abad moría,
tu boca loca reía
cual la Eulalia de Rubén.

Y esa noche... primorosa
y alada cual mariposa,
irrumpiste en el salón
del elegante minueto.
Al verte, un rumor inquieto
de escándalo resonó,

y entonces, ¡qué gesto el tuyo!
Con qué gracia y cuánto orgullo
desechaste al viejo Rey,
que quería, en desagravio,
posar su trémulo labio
en tus dedos de clavel.

Y a poco, más cortesanos
tuvieron tus lindas manos,
que la misma Pompadour,
y fue tu triunfo más cierto...
Gracias al pobre Abad muerto
y olvidado en su ataúd.

¡Oh, los recuerdos, Carlota,
de aquella época remota
que ya nunca volverá;
de pavanas y minuetos,
risas, intrigas y retos,
choque de espada y puñal!

LICOR DE EMBRUJO

A Olga André.

Con puños de diez sortijas
golpea impaciente el sol
los vidrios de tu ventana
sangrándolos de arrebol.
Y las sombras desde adentro
repujan el aldabón
que en tu alcoba puso el Sueño
con clavitos de canción.

Doce horas han corrido
desde que a ti se juntó
y el champán de los embrujos
en tus senos apuró.
Borrachito yace el Sueño,
que era muy fuerte el licor,
y afuera soplaba el cierzo
y en tus brazos el calor.

¡Oh! calorcito tan dulce
que te llamas Ilusión,
y eres minucia tan sólo
del que arde en un corazón:
no abandones todavía
a la niña de mi amor,
y deja que en su ventana
cien sortijas rompa el sol.

FLOR DE ENSUEÑO

¿A qué darme su nombre?... Su nombre por la vida,
su nombre en el tumulto, su nombre del salón;
y que entonces yo sepa, por qué en su frente pálida
hay sombras de misterio y hay tal vez un dolor.

Ni qué nombre tendría su aroma y su fulgencia,
fuera Venus en los cielos, o ardiente rosa al sol;
ni aquella suave gracia que ella esconde en los ojos,
y en su sonrisa tenue, y en su apagada voz.

Ni me contéis tampoco sus triunfos resonantes,
ya en casinos e hipódromos, ya en señorial mansión,
cuando bella entre bellas y emperatriz del baile,
mancebos jactanciosos dispútanse su amor.

¡Oh! no me digáis nada de lo que a ella atañe;
ni la calle en que vive ni cómo es su balcón...
Dejádmela en mi ensueño, tal como hoy la miro:
blanca estrella en la noche, y en el día una flor.

MONINA

Oh, la linda muchacha
a quien llaman "Monina",
porque eres el estuche
de la gracia exquisita,
¡quién el espejo fuera
donde tu faz se mira,
y una a una retrata
todas tus monerías!

La blonda cabellera
que a tu frente ilumina,
como un sol que esparrama
sus oros en la cima
de una comba montaña
por los hielos pulida.

Bajo la sien, tus cejas;
tal una golondrina
que a los cielos se alzara
con las alas tendidas
a captar los dos astros
que en tus ojos titilan.

Tus labios son dos uvas
de una cálida viña;
en ellos, ¡quién libara
vino de tus caricias,
aunque borracho quede
para toda la vida;
y en el gracioso hoyuelo
que lucen tus mejillas,
cuando el placer desata
el cordón de tu risa,
darte en un beso el alma
para siempre cautiva!

¡Oh, la linda muchacha
a quien llaman "Monina",
porque eres el estuche
de la gracia más fina,
quién el espejo fuera
donde tu faz se mira
y una a una retrata
todas tus monerías!...

Mas, no; mi mente loca
se forja ya otro prisma:
ser una fuente cándida
de transparente linfa,
oculta en el boscaje
de una floral campiña,
y donde, con planta ágil,
¡oh, preciosa Monina!
a sumergir vinieras,
en pleno mediodía
y ávida de frescura,
todas las monerías
que yo aún no conozco
de tu cuerpo de ninfa.

MEDIA LUNA

A Serafina Núñez.

La media luna de plata
que la onda del mar retrata
navegando en pleno azul,
¿acaso es nave pirata
en cuyo tope remata
el pabellón de Estambul?

Contemplándola fanática,
en muda actitud hierática
la novia del alma está;
interrúmpela mi plática:
—¿Por qué la miras extática
si tuya nunca será?

Ahora es la misma luna
que se detiene importuna
al ver mi amada gentil,
y en su cabellera bruna
las hebras cuenta una a una,
las besa mil veces mil.

Y se escucha a la sordina
una orquesta cristalina
en la clave azul del mar;
cual si en sus teclas, la fina
y ágil mano de una Ondina
interpretara a Mozart.

En tanto, nube agorera,
en la callada manera
de negro buitre traidor,
álzase en la azul esfera,
trepa a la luna, y artera
la ahoga sin compasión.

¿Do está la nave pirata
en cuyo tope remata
el pabellón de Estambul?...
¡Ay! de aquel astro de plata
la ancha mar sólo retrata
un fantástico ataúd.

Rómpese el féretro y fuera
asoma una calavera
su descarnado perfil.
¡Oh, Selene, quién dijera
que en tus órbitas tuviera
su oculto nido un reptil!

Mas, con su cuenca vacía
bajo la nube sombría
vuelve a mirarnos tenaz.
—¡Cesa oh, Luna! ¡en tu porfía,
la novia del alma mía
no será tuya jamás!

DEL AMOR

A José Esteban Buñols.

Es el portal antiguo la impúdica pupila
de un cíclope que fuera la señorial mansión;
su ruda cabellera, la lujuriosa grama
que flota por los hombros del viejo murallón.

Allí evocan leyendas sombrías y fantásticas,
no sólo los escombros del torreón feudal;
sino el aspecto torvo de aquel rincón fatídico
que puebla con sus cantos el ave nocturnal.

En un brumoso día de pálido diciembre,
cabe al portal en ruinas hallé un ente feliz.
Reía a flor de labios, con la sonrisa blanda
de un Don Quijote ingenuo, de un cándido Amadís.

En duda si sería demente inofensivo,
o bien, impenitente poeta soñador,
interrogarle quise por su alegría extraña,
y así me dijo al punto con franco buen humor:

Espero a la adorada que ha de pasar en breve,
y gozaré el prodigio que deja tras de sí;
al verla, el campanario su altiva frente inclina,
la calle es un topacio, y el sol es un rubí.

¿Amais el heliotropo, la rosa, la gardenia?
De cada piedra brota bajo su pie una flor.
¿Os placen las estrellas? Su mano es lluvia de astros.
Decidme. ¿Era un demente, o acaso un soñador?

MADRIGAL

A Carmen Casanova Tovar

Anoche supe que te llamas Carmen
y ya, niña, me explico la razón
por qué de aromas se perfuma el aire
cuando abres tu balcón.

ACUÉRDATE DE MÍ

(De Musset)

Acuérdate de mí cuando la aurora
abra su alcázar encantando al sol;
acuérdate de mí cuando la noche
pase envuelta en flotante ceñidor.
Cuando tu seno mórbido palpite
al ardiente reclamo del placer
cuando el querube hermoso de los sueños
bese entre sombras tu nevada sien.

Oye que alguien murmura
del bosque en el confín,
con dulcísimo acento:
¡Acuérdate de mí!

Acuérdate de mí cuando los hados
logren nuestro destino separar,
y al corazón sin esperanzas hieran
los años y la ausencia y el pesar.
En mi fatal amor entonces piensa
y en la amargura del supremo ¡adiós!
que nada para un pecho enamorado
la triste ausencia ni los años son.

Mientras una fibra sienta
el corazón latir,
oirás el dulce acento:
¡Acuérdate de mí!

Acuérdate de mí cuando en la tierra
por siempre duerma, roto el corazón;
acuérdate de mí cuando en mi tumba
huérfana brote la silvestre flor.

Aunque mi sombra entristecida y pálida
no mires junto a ti, mi alma inmortal,
como una hermana cariñosa y tierna,
a tu lado constante velará.

Y una voz en la noche
escucharás gemir,
implorándote siempre:
¡Acuérdate de mí!

HUERTO DE OTOÑO

A René Contín Aybar de Bergerac

UNA LÁGRIMA

A la preciosa niña Margarita Carbó.

¡Te vas! ¡Te vas, mi linda Margarita
y ya no nos veremos nunca más!
Tú vas hacia la vida y el bullicio;
en tanto, yo me acerco al *Más Allá,*
que es ¡ay! ¡tan sólo sombra, sombra y sombra
y silencio eternal!

Hora, ¿quién vendrá a mí, para contarme,
con el encanto de tu voz sutil,
esas cosas tan lindas y tan nuevas
que sólo tú sabíasme decir,
al elogiar mis trajes, mis corbatas,
la flor que en el ojal llevé por ti?

¿Quién me hablará del Sol y de la Luna,
la manecita alzada hacia el confín;
del ave que trinaba en tu ventana,
y la que alzó su vuelo frente a mí?

Y cuando vas a Güibia ¡qué alborozo!
al ver romperse en olas su zafir,
que empujan a la playa sus espumas
para besar tu leve pie infantil.

Y también es de tu placer más íntimo,
presta la mano en mi bolsillo hundir,
para asaltar en dulces golosinas
tu más rico botín.

Y en tanto, son tus animadas pláticas
la más viva expansión
de tu talento; que no bulle en voces
del idioma español;
sino en el tierno ritmo balbuciente
del labio, y en la rútila expresión
de tus ojos, al par tan maliciosos,
como plenos de límpido candor.

Mas, ¿qué es esta ardiente gota de agua
que en silencio cayó sobre el papel?...
¿Una lágrima? ¡Sí! Quizás ¡ay! ¡la última
que vivía en lo hondo de mi ser!
Guárdala aquí, Nenita, bien callada.
Un día te hablará de mí, tal vez.

MI INFANTINA

A Ivelise Prats Martínez.

Es un caso de asombro
este de mi Infantina:
mientras más años pasan
es más tierna y sencilla.

Es un caso inefable
este de mi Infantina:
cuanto más llanto vierte
su mirada es más límpida.

Es un caso inaudito
este de mi Infantina:
por cada vil insulto
devuelve una sonrisa.

Y es un caso mirífico
este de mi Infantina:
cada herida le pone
al labio una cantiga...

—Dinos, pues, dónde mora,
¡oh, bardo! tu Infantina.
—En una altiva torre
en mi pecho erigida.

TRAS SUS HUELLAS

A Margarita y Julia Amelia.

En la horrible orfandad de su partida
con tres indicios me lancé a buscarla:
su cariño a las flores, su dulzura
y su exquisita ingenuidad cristiana.

Corrí al jardín; y aroma de su carne
sentí mezclarse al de las rosas cándidas:
—Por vida de tus flores, jardinero,
dime, si ella está aquí, ¿dónde la guardas?

—En carrera fugaz cruzó mis siembras;
mas, doquiera posó su breve planta,
el cardo agudo se volvió una rosa,
límpido manantial la turbia charca.

Un buen hombre topé que su rebaño
conducía a pacer en la sabana:
—Por tu más inocente corderillo,
dime, pastor, si estuvo en tu cabaña.

—Sólo un instante iluminó mi choza
la dulce luz que su presencia irradia;
mi colmena se fue tras su sonrisa,
y tras sus hombros mis palomas blancas.

Entregado a la Biblia y al cilicio
encontré un grave asceta en la montaña:
—Dime, santo varón, sobre tu libro,
¿no la viste inclinar su frente pálida?

—En rápida ascensión a lo infinito,
como un perfume su divina gracia
derramó en mi cabeza pecadora,
y se esfumó en la nube que pasaba.

NOSTALGIA

A Andrejulio Aybar.

Éramos tres que con el buen San Pedro
llegábamos a Dios:
un invencible paladín cruzado,
una niña gentil y el trovador.

Quiso el guerrero continuar su vida
de lucha por la fe,
y obtuvo la legión que comandaba
el refulgente arcángel San Miguel.

—Volver a las pupilas del amado
la niña sollozó;
y fue un claro de luna por la noche,
y fue un beso de aurora con el sol.

Llegó mi turno, y díjome insinuante
la Suprema Bondad:
—Ya sé que el arpa de David ansías...
El corazón saltó de orgullo; mas...

—¡Oh, no, señor, que mi ambición es otra!
Árbol quisiera ser de honda raíz,
y en la ardorosa tierra que el Ozama
fecunda con sus aguas, revivir.

LA DULCE VISIÓN

En mi niñez no siempre un blando sueño
con fácil ala adormeció mi sien;
mi madre entonces mi inquietud calmaba
con cien leyendas de otra edad que fue.

Y era entre todas, mi ilusión más tierna
la dulce Virgen que surgió en Higüey
al cándido conjuro de una niña
que a su padre pidiósela con fe.

Y así, desde la infancia, a esta Virgen
alzo mis ruegos... Mas, no sé por qué,
cuando en mis preces su dulzura invoco
es a mi madre a quien mis ojos ven.

LOS TRES DONES

A Alice Stone Blackwell.

El hada mi madrina tres regalos
en mi cuna dejó:
un báculo florido, dos sandalias
de oro y un zurrón.

Los tres dones tomé con ansia loca
tan pronto fui zagal...
¡Qué hermosa hallé la vida con sus flores,
sus campos y su mar!

Mas, a poco de andar, un cardo hiriente
fue el florido bordón;
las áureas calzas, dos pesados grillos
sujetos al dolor.

—Y en el zurrón, poeta, ¿qué llevabas?
—Sueños... Y, ¡ay! ¡de los tres
dones que me hizo el hada, el de los sueños
el más terrible fue!

NOCHEBUENA

(Cantares de la ausencia)

El que lejos de su casa
ve pasar la Nochebuena,
ese sabe lo que es frío,
y sabe lo que es tristeza.

Estrellita que en el cielo
me pareces una lágrima,
cuéntame si estás mirando
lo que cenan en mi casa.

¡Dando tumbos dos borrachos
pasaron frente a mi puerta,
y esta vez sentí en el alma
envidia a la dicha ajena!

¡Falta a los unos el vino,
a los otros falta el pan,
infeliz de mí que sólo
me falta con quien cenar!

ESTOS PASOS QUE CONMIGO VAN

A Vicente Tovar.

En la hora espesa de la medianoche
me doy a andar... andar...
por calles mustias, parques solitarios...
y con mis pasos, otros pasos van.

¡Oh, no seáis en el pensar tan cándidos!
¿Mi amada de ayer?... ¡Bah!
Si hace ya tanto tiempo que sin ella
y por ella me doy a andar... andar...

¿Algún amigo fiel de los de antaño?
¡Qué curiosos e ingenuos sois al par!
Pues que perdí fortuna y poderío,
a mi lado ¿qué amigo andar querrá?

Pues bien, os lo diré al fin: Estos pasos,
siempre callados, que conmigo van,
los de mi sombra son; compañera única
que al lado mío hasta la tumba irá.

¡OH, ALMA, SEDIENTA DE AMARGURA!

A Bienvenido Gimbernard.

Tantas cabezas contra mí agrupadas,
tenían el aspecto aterrador
de una bandada de feroces cuervos
espiando la agonía del condor.
¿Recuerdas, ¡oh, alma mía!, aquella frente
inclinada hacia mí,
aquella frente triste y blanca, que era
como una blanca y triste flor de lis?

Tantas pupilas de expresión siniestra,
mirándome al pasar,
era el crin de rayos despeinada
que agita en su carrera el huracán.
¿Recuerdas, ¡oh, alma mía!, aquellos ojos
posados siempre en mí?
Dos gotas de rocío en cuyo fondo
fulgía un enigmático zafir.

Tanta lengua excitando en mi perjuicio
la ira de un Dios cruel,
formaba la estridente y rara orquesta
que vibra bajo el arco de Luzbel.
¿Recuerdas, ¡oh alma mía!, aquellos labios
en oración por mí?
¡Tú, ruiseñor, robabas de su acento;
tú, de su hálito, oh, céfiro sutil!

¿Mas, mi recuerdo es un cristal fantástico
en que el pasado asómase el revés?...
¿Por qué a los Odios, tolerante acojo,
dando al olvido la traición de ayer?
¿Y por qué esquivo la fulgente imagen
de la que supo amarme en el dolor?
¡Oh, alma, siempre sedienta de amargura!
¡Oh, extraño incomprensible corazón!

VIBRACIONES

A Antonio Hoepelmán.

Con blanca lona de esperanza henchida,
mi barquilla lancé
al revuelto océano de la vida,
y de la tempestad embravecida,
audaz, la intensa furia desafié.

Negro, muy negro, el horizonte estaba,
rugía airado el mar,
pero, en esos rugidos, yo escuchaba
la vibración de un arpa que pulsaba
con sus dedos de bronce el vendaval.

El acento de esa arpa me atraía;
y mientras Aquilón
látigo de centellas sacudía,
sirena de mi rumbo dirigía
el corte de mi nave, la ambición.

¡La ambición! ¡En sus brazos, imprudente,
cuán loco me confié!
Ella le puso al corazón demente
el fuego de esta fiebre, esta ansia ardiente
de gloria y triunfos que jamás sacié.

¡Mas, perdidas están esas creencias;
murieron fe y amor;
y murió hasta la paz de la conciencia!
Hora, el arpa que vibra en mi existencia
es arpa triste que templó el dolor.

Con rota vela al mástil recogida,
sin brújula, al azar,
navego por los mares de la vida;
bonanza o tempestad embravecida
a mi nave sin rumbo le es igual.

LOS TRES FANTASMAS

A R. Pérez Alfonseca.

La medianoche vibra
sus doce campanadas,
y en mi alcoba penetran
tres callados fantasmas.

Posa el uno en mi frente
sus dos manos heladas,
y mis locos ensueños
del cerebro me arranca.

Cruza el otro mis brazos
sobre el pecho en batalla,
y la lucha incesante
de pasiones aplaca.

Mis pies suavemente
junta el tercer fantasma,
y en las ropas del lecho
mis miembros amortaja.

Dulce piedad y sombra
imperan en la estancia,
y un fuerte olor de cirio
el ambiente embalsama.

¡Qué olvido tan profundo
de las cosas humanas!
¡Qué descanso en el cuerpo!
¡Qué quietud en el alma!...

Mas, en la alcoba, súbito,
entra un rayo de alba,
y a lo lejos repican
alegres las campanas.

Míranse con sorpresa
las tres sombras calladas,
y en actitud medrosa
mi lecho desamparan.

¿Por qué con tanta prisa
abandonáis la estancia?
¡Oh, mis fieles amigos!
¡Oh, pálidos fantasmas!

¡Y otra vez dejáis libre,
en su hórrida batalla,
el espantoso bosque
de fieras que es mi alma!

ECO TRISTE

Lanzando al aire alegres carcajadas,
y del chiste extremando al blasonar,
mancebos con mancebas confundidos,
salimos de la hirviente bacanal.

Y el eco del vecino cementerio,
de nosotros burlándose tal vez,
nuestras risas y chistes repetía
con acento sarcástico y cruel.

¡Cuántos de esos que yacen olvidados
la vida atropellaron como yo,
y la conciencia que creyeron muerta,
surgiendo de una noche los burló!

CON MI SONRISA PLÁCIDA

A Manuel E. Suncar Chevalier.

Con mi sonrisa plácida de siempre,
cuya retama sólo yo probé,
me iré por los caminos de la vida...
Nadie mis huellas hallará después.

Doquiera vaya por el ancho mundo
tristeza y soledad encontraré...
Lejos de ellos, ¡cuán buenos los amigos!
Y la amada, ¡qué dulce en su querer!

Cien leyendas en tanto con mi nombre
la fantasía se dará a tejer;
ora, soy bandolero en la Calabria,
ya, sátrapa feliz en un harén.

Como en la mente tierna de los niños
la ausencia nunca se trocó en vejez,
para mis nietos, el abuelo de antes,
magnánimo y viril, siempre seré.

Y en cierta noche de retozo y cuentos,
el más pequeño inventará a su vez
esta nueva fantástica: —Mañana,
vendrá abuelito en el vapor francés.

La gran noticia iniciará un revuelo
de mil juguetes que traerá el bajel:
carros y aviones, bates y pelotas,
y un tambor, y una lanza y un arnés.

En tanto, sabe Dios bajo qué pena,
—honda guarida de monstruoso pez—
¡o en qué caverna de animal salvaje,
blancos mis huesos dormirán tal vez!

PÓRTICO

(Para un libro de versos).

Sobre la esbelta mole de granito,
que alegre arrulla el mar
con su canción romántica de espumas,
se alza el noble castillo señorial.
Blasón del arte, arranca, en alabastro
que humilla con su albura al azahar,
la escalinata que al gentil vestíbulo
suntuoso acceso da.

Torpe yedra, contraste de la albura,
nació bajo las gradas del portal;
y allí vive, tranquila, que el Olvido
¡tiene también a veces su piedad!

¿Tu libro? Pues es claro:
será como un alcázar señorial,
donde en breve, atraídos por la magia
de tu fino hospedaje, acudirán,
para rendirte su tropel de rimas
para ofrecerte su creación audaz,
un bardo melancólico: ¡el ensueño!
y un artista sublime: ¡el ideal!

Del verso humilde, que a dejar me atrevo
en las marmóreas gradas del portal
por complacer tu invitación amable,
entonces, ¿qué será?...
Será la oscura y afrentosa yedra
que a veces el Olvido, en su piedad
deja vivir bajo las ricas gradas
del castillo señorial.

EL RHIN ALEMÁN

(Becker)

(Trad. de Andrés Mata)

Aunque lo pidan como cuervos ávidos
nunca dueños serán
de nuestro grande y generoso río,
libre Rhin alemán.
¡Nunca dueños serán! Mientras discurra
sereno hacia la mar;
mientras su manto de esmeralda ostente,
su manto señorial;
y corte un remo sus brillantes ondas,
sus ondas de cristal,
de nuestro grande y generoso río
nunca dueños serán.
Mientras abreve un corazón germano
en su vino inmortal;
mientras haya una roca en su corriente,
una roca no más;
mientras se miren en el claro espejo
de su inmenso caudal
nuestras suntuosas catedrales; nunca,
nunca dueños serán

de nuestro grande y generoso río,
libre Rhin alemán.
De nuestro grande y generoso río
nunca dueños serán
mientras haya una hermosa, mientras
haya un bizarro galán,
y digno sea en amorosas lides
la palma conquistar.
De nuestro grande y generoso río
nunca dueños serán
mientras no caiga en su profundo seno
el último alemán.
¡De nuestro grande y generoso río
nunca dueños serán!

EL RHIN ALEMÁN

(De Musset)

Ya nuestro ha sido vuestro Rhin germano;
en su copa la Francia lo escanció.
¿Destruye acaso una canción cualquiera
la marca que en la frente os imprimiera
nuestro corcel de guerra, vencedor?

Ya nuestro ha sido vuestro Rhin germano:
su seno herido por el gran Condé
ensangrienta su túnica flotante,
y la brecha que el padre abrió triunfante
la encontrarán los hijos a su vez.

Ya nuestro ha sido vuestro Rhin germano:
cuando el césar francés oscureció
con su sombra imperial vuestra llanura,
¿qué fue de vuestra indómita bravura?
¿el último alemán dónde cayó?

Ya nuestro ha sido vuestro Rhin germano:
si la historia olvidásteis, acudid
de vuestras damas al recuerdo amante:
ellas en copas de cristal brillante
el vino nos brindaron de ese Rhin.

Si dueños sois de vuestro Rhin germano
la librea en sus ondas estregad;
y decidnos sin vana altanería,
¿cuántos cuervos hambrientos, la agonía
asaltásteis del águila imperial?

¡Que en paz se arrastre vuestro Rhin germano:
que iglesias copie en su corriente azul;
mas, temblad, si esas báquicas canciones
despiertan de su sueño a las legiones,
y en son de guerra rompen su ataúd!

OASIS

A Margarita Sánchez y Rosal

Cuando cansado y con el alma herida
hasta tu hogar llegué,
al ver tus horas discurrir serenas
mis duelos olvidé.

Es un lago tu vida: en ese lago
de límpido cristal,
la barca de tus sueños se desliza
como cisne ideal.

¡Ay, si no hubiera oasis donde hallara
el triste viajador,
olvido a los abrojos del camino,
olvido a su dolor!

DOLOR

(Perífrasis)

A Enrique Deschamps

¿Será posible?... la infeliz clamaba
dirigiéndose al cura,
mientras la boca trémula juntaba
al labio mudo y yerto
de aquel hijo ya muerto,
queriendo, loca, en sus febriles ansias
al color de sus besos darle vida.
¿Sueño tal vez? ¿clamaba enloquecida,
una y otra y mil veces,
con angustioso acento,
¡tanto vigor y lozanía tanta
destruidos, señor, en un momento!
Y el cura que a su lado
con unción santa sus consuelos daba,
en vano el llanto contener trataba;
—Miradle, ella añadía:
¡cuán fuerte y hermoso era!
junto a su cabecera
de cada aurora el sol me sorprendía;
un beso de mis labios en su frente

feliz le despertaba,
y él entonces, vehemente,
con mil y mil caricias me pagaba.
No quiero blasfemar. ¡Perdón, Dios mío!
mas, decidme, señor, ¿no fue injusticia
para siempre arrancarle de mis brazos?
De abnegación y amor al darme un hijo,
brotó en mi seno manantial fecundo,
y fue, desde ese día,
la risa de sus labios mi alegría,
y de su cuna la estrechez, mi mundo.
A tan fiero dolor el pobre cura
le dijo con dulzura:
—El sacrificio recordad del padre
a quien Dios exigió prueba más dura.
—Imposible, señor ¡Dios es clemencia!
de un padre la exigió porque sabía,
que el corazón de la infelice madre
antes que someterse a la experiencia
del sacrificio atroz, sucumbiría.

CANTARES DE LA ADOLESCENCIA[1]

A Carmen Natalia Martínez

1. Tomados de la segunda edición de *La canción de una vida*, Editorial El Diario, Santiago, 1942.

CANTARES DE LA ADOLESCENCIA

Y bien, quiero aprovechar esta segunda edición de *La canción de una vida,* para afirmar, de manera definitiva, que fue mi abuela, Doña Agueda Figueredo de Cabral, quien puso en mi pecho la primera sementera de mis ensueños de poeta; cuando, en la hora de las sombras, me atraía a su regazo para adormecer mis inquietudes de adolescente con las cantigas populares de la antigua musa castellana:

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te di.

Y yo me adormía repitiendo ese y otros muchos cantares de la misma cosecha, cuya íntima poesía, tan honda como tierna y sencilla, sigue siendo, aún hoy, la preferida de mis entusiasmos literarios. Y así Bécquer, en sus Rimas. Y así Heine en sus imitaciones del viejo *lied* alemán, nacido también de la profunda entraña española.

De ahí, sin duda, aquella similitud que algunos han querido encontrar entre mis versos y los del insigne sevillano, y los del inmenso teutón. No; yo no conocía ni al uno ni al otro cuando, enamorado por la vez primera, me di a escribir mis versos de los doce años:

¡Alegría y alegría
en la tierra, el cielo, el mar!
Anoche mi noviecita
me dio su mano a besar.

Tu ventana está cerrada
en tinieblas tu balcón...
¡No importa! yo sé que adentro
duerme un rayito de sol.

Y después de esas dos estrofas, muchas más, que Manuelico Pereyra, afamado guitarrista del barrio de San Miguel, se encargaba de musicalizar para llevarlas en sonoras canciones nocturnas a los oídos de nuestras noviecitas de aquella época.

Ni conocía tampoco a ninguno de esos dos, cuando a poco más de los veinte años, escribí "Misterio", "For Ever", "Rima profana", "Rosas y lirios", que aún siguen siendo los versos de mayor nombradía en mis libros. Para aquella época, en Santo Domingo sólo se conocían y se imitaban las poesías de Espronceda, Quintana, Zorrilla, Núñez de Arce, Campoamor, Alarcón. Y así, cuando Don Francisco Gregorio Billini, entusiasmado con aquellos versos, los llevó al Cenáculo de nuestros literatos reunidos para escoger las composiciones que habían de formar la Antología de poetas dominicanos, pedida desde España por Menéndez y Pelayo, esas poesías mías fueron rechazadas; porque eran "explosiones, más o menos simpáticas, de un poeta asaz novel todavía". Don Gollo vino a mí un tanto indignado por su fracaso. Yo, por mi parte, ni me indigné ni me avergoncé. Entendía que aquellos señores tenían razón; porque todavía, entonces, yo no me creía poeta; sino un simple hacedor de versos a mi manera, sin conocimiento de reglas literarias ni poética alguna. Fue después, cuando los jóvenes poetas de La Habana: Federico Urbach, José M. Carbonell, Dulce Ma. Borrero, Castellano, Collantes, etc., etc. me aclamaron en "El Fígaro" de Pichardo y Catalá, cuando principió a entrárseme en el pecho este orgullo de aedo que es hoy mi aclamado blasón.

CANTARES

Tu ventana está cerrada,
en tinieblas tu balcón...
¡No importa! yo sé que adentro
duerme un rayito de sol.

Noviecita, noviecita,
asómate a tu balcón;
huirán las nubes al verte
y podrá salir el sol.

¡Alegría y alegría,
en cielos y tierra y mar!
Anoche mi noviecita
me dio su mano a besar.

Día y noche me persigue
tu imagen do quiera voy;
ya te disfrazas de luna,
ya te disfrazas de sol.

Dijo ayer el mar que tú eres
la espumita de su sal,
y clamó un jardín al punto:
¡Qué parejero es el mar!

Cuando la carita asomas
en medio de tu jardín,
alborozadas las flores
no cesan de sonreír.

Con trémolos de sollozos
te siento a veces cantar,
como canta un arroyuelo
que sus penas lleva al mar.

Cultivaba yo en mi patio
con gran cariño un jazmín,
y secos están sus ramos
desde el día que te vi.

Tu esplendorosa hermosura
se asoma a mi corazón,
y es como si en selva oscura
entrara un rayo de sol.

Se fue la ingrata y de entonces
ya no canta el ruiseñor,
ni triscan las ovejitas,
ni amanece alegre el sol.

El pañuelo que me diste
lo llevé al río a lavar,
y el río al beber mis lágrimas
se hizo amargo como el mar.

Muchas veces tengo celos
del temprano amanecer,
que te besa en tu camita
de la cabeza a los pies.

Hallo en tus ojitos pícaros
tanta gracia y tanta sal,
que es cual si una linda estrella
me hiciera un guiño al pasar.

Fue quizás el raro antojo
de un Dios artista y cruel,
dardo ponerte en los ojos
y en los labios un clavel.

Es inútil que yo jure
no mirarte nunca más,
si por doquiera camino
junto a mí tu imagen va.

Dicen que un día Josué
detuvo en su marcha el sol;
más gracia es la tuya a fe
al pararlo en tu balcón...

En mi vida hay un contento
que nunca podré olvidar;
y fue aquel beso escondido
que me diste en tu zaguán.

Dice el cura que es pecado
amar como te amo yo...
¡Qué sabe ese bendito hombre
del amor que manda Dios!

Si ha de matarme una bala,
no me hiera el corazón,
donde guardo la carita
de la niña de mi amor.

Una noche de plegaria
tu padre tomó el laúd,
pidió a la Virgen un verso
y ese verso fuiste tú.

Anoche por alcanzarte
cayó una estrella del cielo;
quería que en su tocado
tú le sirvieras de espejo.

Como a veces limpio el cielo
en un pozo se retrata,
así tu imagen querida
se asoma en mi honda entraña.

Azotado por los vientos,
desató su furia el mar;
mas, llegaste tú, y al punto
corrió tus pies a besar.

Vióse anoche gran fenómeno
en toda la cristiandad:
supo el sol que tú salías
y volvió riendas atrás.

Son tus ojos dos abismos
que en el día incendia el sol;
¡quién de noche los colmara
con un incendio de amor!

Cuando ayer al mediodía
te asomaste a tu balcón,
fue cual si la blanca luna
eclipsara al rubio sol.

Ayer a orillas del mar
su curso detuvo el sol,
por verte pisar la arena
con botitas de charol.

Llevo una pena en el alma
que no se puede medir,
al pensar que sin tus besos
quizás me toque morir.

Cuando ayer sobre la arena
tiraste tu camisón,
¡cómo brillaron, curiosos,
todos los rayos del sol!

Cabecita crespa y blonda,
no te acerques tanto a mí,
mira que es poner la llama
muy cerca del polvorín.

Interrogo a todo el mundo
y nadie sabe decir,
por qué la luna es tan triste
cuando tú no estás aquí.

A nadie cuentes ¡oh brisa!
que ayer me oíste llorar...
Y si alguien te lo pregunta,
le dices que fue un cantar.

En el rigor del invierno
te asomaste a tu jardín,
y juraron los rosales
que había nacido abril.

Su mano rozó mi mano,
su aliento llegó hasta mí,
y un rizo de sus cabellos
me dio aroma de jazmín.

¡Quién pudiera tu hermosura
por un hoyito mirar,
cuando el pelo te recoges
y en el baño vas a entrar!

Fue al escuchar mis querellas
que el ruiseñor aprendió
a decir tu dulce nombre
en su más linda canción.

Anoche quiso la luna
imitar tu distinción:
callandito entró en tu alcoba,
y vistió tu camisón.

"Tétrico como una sombra",
suele la gente decir...
Y yo busco ser la sombra
que va siempre junto a ti.

Abejas y mariposas
disputan en el jardín:
si es tu frente un blanco lirio
o el pétalo de un jazmín.

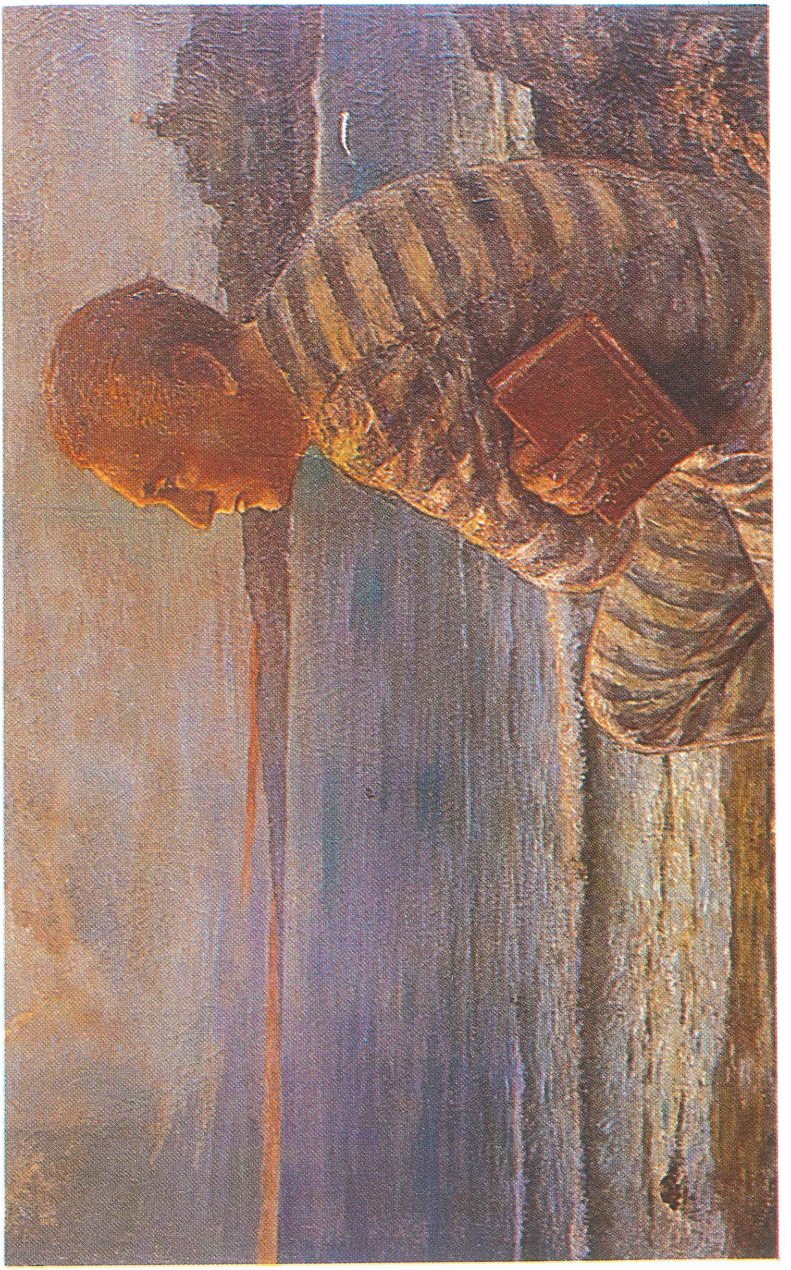
En tu seno olí un clavel
y ahora no sé decir,
si el perfume estaba en él,
o si brotaba de ti.

Fueras tú la Magdalena
y fuera yo el buen Jesús,
y me dieran cien lanzadas,
y me alzaran en la cruz.

Si de día soy un mísero,
en la noche soy feliz,
cuando en mis sueños te miro
mis ensueños compartir.

*

Para hacer mi banderita
el cielo me dio su azul,
roja sangre el sol ardiente
y Cristo su blanca cruz.



Fabio Fiallo vestido de presidiario portando un libro titulado *El dolor de la patria*. Óleo de Emilio García Godoy.

CANTO A LA BANDERA[1]

(27 de febrero de 1924)

A Joaquín Balaguer

1. Publicado en Imprenta Vda. García, Santo Domingo, 1925.

¡Qué linda en el tope estás,
dominicana bandera!
¡Quién te viera, quién te viera,
más arriba, mucho más!

G. Deligne.

I

Suena el clarín. De lo alto del castillo
que un tiempo fuera el ríspido nidal
donde incubó sus huevos la conquista,
baja un pendón, envuelto en la egoísta
media luz de un crepúsculo brumal.

Cuatro cuarteles el pendón despliega
que parecen mirarse con enojo
entre la blanca enseña de Jesús:
azul cuartel arriba y otro rojo,
rojo cuartel abajo y otro azul.

Por la lluvia azotado, aquel pendón
lentamente desciende... lentamente...
Y hay en su entrecortada ondulación
el dolor sin palabras de una frente
a férreo yugo uncida por traición.

¡Ay, cuál le sienta a un pesar tan hondo
el gris y torvo fondo
de la tarde sin luz,
y el lúgubre lamento
que le provoca el viento
al rizar sus cuarteles y su cruz!

Acaso fuera inexorable sino
de un aciago destino,
que los cuatro cuarteles del perdón
nunca juntos se vieran,
y al nacer, ya asumieran,
—¡oh la herencia cruel,
entrañas de Caín, sangre de Abel!—
una actitud de hostil contradicción,
y que la blanca cruz que los ampara
no irradiara
ni redención ni luz;
sino que sobre el rojo y el azul,
de una eterna expiación
fuera esa cruz la ponderosa cruz.

Sin que la sangre a borbotón corriera,
jamás antes de ahora esta bandera
por el lodo
arrastrada
se la miró; ni menos, injuriada
por un soldado estúpido y beodo,
cual este miserable que hoy la empuña
con coágulos de sangre en cada uña
y tatuaje inmoral hasta en el codo.

¡Vedle! en el sucio azul de su pupila
que al azul de los cielos es ultraje,
como del Dante en infernal pasaje,
la historia de sus triunfos se perfila
entre incendios, matanzas y pillaje.

Cual estigma en la frente bien grabado
para ilustrar sus hechos de soldado,
conserva este bribón impenitente
la cicatriz de una feroz herida,
que en asalto implacable, frente a frente
y vida contra vida,
impúsole el garrote prodigioso
de un anciano sin vista y tembloroso,
cuyo honor pretendiera mancillar

el "bravo" militar,
violando en su presencia,
con treta vil, la impúber inocencia
de la hija de su amor y de su hogar.

II

¿Que este soldado nunca fue vencido?...
Mas, ¿dónde, cuándo, cómo,
se le miró, con ancho pecho erguido,
bajo una lluvia de candente plomo,
entrarse por mitad de la batalla,
patear la metralla,
y arrastrando el furgón de la Victoria
abrazarse a la Muerte y a la Gloria?

¿Y aquel flamante honor de su bandera?
¡Ah, su bandera de sangrientas listas!...
Acaso en las vandálicas conquistas
de inermes pueblos, flote la primera
su púnica bandera.

Tal era insignia, sin ningún reproche
del propio honor, y con sus trece rayas
ocultas en las sombras de una noche,
se acercó, cautelosa, a nuestras playas...

—¿Qué ocurre? ¿Qué buscáis? ¿Con qué intenciones
tropas movéis, fusiles y cañones,
y con la bayoneta así enristrada
en la sombra os ponéis a la emboscada?
Ruda voz, que el desprecio con sarcasmo
mezcla, responde: —¡No queremos nada!
Y la chusma interior que ya el espasmo
de su terror sentía, alborozada
chilla: —¡No quieren nada!

Gente infeliz que el cerco de los grillos
trajeron, al nacer, en los tobillos,
y entre el duro eslabón y el ataúd,
prefieren, sin dudar, la esclavitud...

Después... en un derroche de cinismo,
la ruda voz proclama el altruismo
de su intención, fundada en la moral
de que cualquier nación del Continente,
por muy débil que sea, frente a frente
de otra fuerte nación, será su igual.

¡Era, bajo la túnica del Cristo,
el corazón inmundo de Mefisto!

Y cuando con halagos y perfidias
logró desvanecer nuestras alarmas,
y entre sus manos las cortantes armas,
sin un indómito ademán de lidia,
más que incautos, cobardes, depusimos,
y de fieros,
altaneros
y sangrantes leones, nos volvimos
vil rebaño de tímidos corderos.....
entonces, ese inmenso pabellón
no escondió más su pérfida intención
de hacer esclava a la infeliz Quisqueya;
en la sorpresa y el terror vincula
su odioso plan: arrójase sobre ella,
la envuelve, la derriba, la estrangula...

Y la presa inocente
de tan inicua y súbita traición,
clama, en vano, al honor del Continente,
en donde aquella pérfida irrupción
la advertencia ha de ser de otra agresión...

¡Ni una protesta, ni al más leve indicio
solidario levanta su querella !

¡Y para hacer, quizás, aquel suplicio
en que un jayán estupra una doncella,
más brutal
e inmoral,
las ondulantes barras relucientes
hanse trocado en hórridas serpientes,
y en brasa del infierno cada estrella!

III

De entonces fue la quisqueyana suerte,
un existir más triste que la muerte.

De los robustos árboles colgados,
cual pútridos racimos , los ahorcados
infectaban campiñas y poblados.

En el patricio hogar, el espionaje
acechaba los gestos y lenguaje:
Fue delito en la virgen el pudor,
denuncia en los ancianos su temblor,
y en más de un caso, crimen fue el cariño
maternal,
y hasta el cándido armiño
en la frente del niño
fue un zarzal.

IV

Tal, oh Patria querida,
rodaste de la erguida
montaña de virtud
que fue siempre tu vida,

al abismo insondable
de la más miserable
y cruel esclavitud.

Y tal rodó contigo la bandera
que en otro tiempo fuera
la altanera
insignia del honor,
para trocarse en mísero guiñapo,
o en irónico trapo
que de máscara sirve al Invasor.

¡Cómo de angustia el corazón se encoge
si al recuerdo se acoge
de lo que fuera ayer ese estandarte,
que hoy ve ondular en fáciles protestas
de libertad, y "mítines", y fiestas
que sonreído el Opresor comparte!...
Mientras su ruda y musculosa mano,
corva garra de un águila imperial,
ciñe el rendido cuello quisqueyano
a modo de un dogal.

Por la vergüenza, turbia la mirada,
apártase indignada
de ese cuadro en que torva la ambición
se hizo reo
de traición;
y por ahogar la voz del patriotismo
bajo un desenfrenado clamoreo,
azuzó su jauría el fanatismo....
y las turbas aullaron, en su afán
de hallar estas promesas del cinismo:
aguardiente a su sed, a su hambre pan...
¡Ay! después,
a los pies

del extranjero y rudo sargentón,
rodó, ya sin honor, el pabellón!

V

Cuando en la fiesta patria esta bandera
la empavesada calle recorría
a los sones del Himno Nacional,
el ancho pecho en su fervor sentía
convertirse en fragante primavera
la estación invernal.
Cada abierta ventana,
cada balcón erguido,
era como un florido
jardín de la mañana
desbordante de rosas, muchas rosas,
que eran lindas muchachas candorosas,
a flor de labio el ánima sencilla;
pero, siempre orgullosas
de la gentil e indómita pujanza
del varón de su estirpe, y la privanza
en honor de su enseña sin mancilla.

Como enjambre de inquietos moscardones
en torno gira de sutil aroma,
que oculta cada flor en su redoma,
así, al pie de ventanas y balcones,
irrumpía un tropel de mocetones;
algunos escapados de la escuela,
si vacía de oro la escarcela
repleta la garganta de canciones;
y todos, atronados, bulliciosos,
camorristas quizás y jactanciosos,
cifrando en la "bohemia" su elegancia
¡y en la pistola al cinto su importancia!

¡Mas, si algún súbito ademán de Marte
hacía desplegar el estandarte
símbolo de la muerte y el laurel,
era de verse entonces a este mozo
de petulante e incipiente bozo,
al amor de la Patria siempre fiel,
arrancarse a los brazos de la madre,
a la súplica en llanto de la amada,
y en épica jornada,
de hierro y sangre, adelantarse al padre
y conquistar la fosa o el laurel!

VI

Hoy, ¿quién al ver el pabellón cruzado
sólo en báquicas fiestas aclamado,
recordaría aquél que iba a la lid
siempre en marcha triunfal enarbolado?...
Llevarlo entonces era honor confiado
al más digno soldado,
al más firme e intrépido adalid.

Y escuchad un detalle de importancia
que pinta de esos héroes la arrogancia
y gallardía: si en mortal debate
por ser libres, lanzábanse al combate,
ciento iban contra mil,
¡y no todos llevaban un fusil!

Y oíd: en el fragor de la batalla
nuestra inflexible formación rompía
a voces la metralla,
y una legión de bravos destruía...
Mas, al punto, una ronca voz rugía:
"¡Arriba el batallón!"
y en redor del indómito pendón
que sus muertos y heridos amparaba,
bañado en sangre el batallón se alzaba.

Al verlo erguirse en formación sublime,
atónito el contrario se deprime;
que en nuestras filas su mortal cañón,
si un puñado de vidas arrancaba,
mil y mil héroes nuevos engendraba
la defensa del bravo pabellón.

Y al volver de la bélica porfía
las victoriosas huestes ¡qué alegría
en tierra, cielo y mar!
No es concierto, sí tierna algarabía
el himno de las aves en la fronda,
y el "hosanna" que arráncale a la onda
el destrozado lábaro al pasar.

La ilusión de lanzarse la primera
a dar la bienvenida a su bandera,
enloquece a la linfa de la fuente:
hínchase, corre, salta la ladera,
y en tal afán, la prístina corriente
el ímpetu desata de un torrente.

También las nubes, con ardor sin freno
por celebrar las épicas hazañas
de nuestros bravos, ruédanse del seno
de sus fuertes nodrizas las montañas.
Van a su encuentro en el ciclón que pasa,
y por calmar la sed que los abraza,
bríndanles el frescor de su rocío
en la espumante crátera de un río.

Más, ¡oh nubes! ¡oh pájaros! ¡oh fuente!
que en el camino detenéis el frente
del andrajoso ejército triunfal,
dejad venir los héroes, que en los lazos
se enreden de sus novias, y en los brazos
del ansioso cariño maternal.

VII

Así, en edad que deslumbró a la historia,
cautiva amante, la genial Victoria
entre el humo vivió de este pendón,
cuando el varón que alzábalo a la gloria
nacido era por obra del varón.

VIII

¡Oh, mi pendón! ¡Bandera la más triste
y sin ventura, que en el mundo existe!
¡La más triste!
La más triste,
¡ay!, después de haber sido
la más feliz bandera
que en el mundo ha vivido!

¡La más triste!
La más triste,
esta insignia que en otro tiempo fuera
la alegre, la jovial, la risotera
Compañera
de los campos, del céfiro y del sol,

¡La más triste bandera,
esta que era
por su historia
y el oro de su gloria,
sin escoria,
y por noble, y quizás por altanera,
y también por su indómito valor,
la más fiel heredera
del pendón español!

¡La más triste!
La más triste
de todas las banderas,
esta que hoy con lágrimas se viste...
¡Ay, lágrimas de sangre y de dolor...
y de horror!

IX

Manchada por la lluvia y por el lodo,
—que llanto y sangre fingen de este modo
en la tarde sin luz—
hoy, la mísera enseña nacional
es, tan sólo, un fatídico capuz,
que en sus pliegues dibuja la espectral
armazón de un patíbulo fatal...
y colgados en la horca de la cruz,
ya rígidos y yertos,
cuatro cuarteles muertos!

27 de Febrero de 1924.

POEMAS DE LA NIÑA QUE ESTÁ EN EL CIELO[1]

A Juana de América...
La suave, la exquisita, la insuperable
Juana de Ibarbourou.
Homenaje.

1. Publicado en Editora "La Nación", Santo Domingo, 1935.

EL AUSENTE

Me voy, madre, es la hora;
cuando a la claridad de la mañana
busquen tus brazos al rapaz inquieto
bajo el tibio regazo de las sábanas,
te dirás: ¡no está aquí! —Ya habré partido.

(Rabindranath Tagore).

SE LLAMABA BELKÍS

¿Os acordáis de aquella dulce niña
que en la tierra llamábase Belkís,
y que al nacer ya trajo en su alba frente,
cual símbolo, una frágil flor de lis?

Era tan tierna y a la par tan linda,
que bastaba con verla caminar
para que riera el labio por sí solo
con risa de cariño paternal.

Entre los bancos de infantil escuela,
como Belkís ¿quién estudiosa fue?
¿Quién tan gentil al invertir un chiste?
¿Y quién tan dulce al prosternar su fe?

¿Y la visteis jugar, suelto el cabello
que aromas daba al céfiro sutil,
mientras su faz dos chapas ostentaba,
pomas de enero o rosas en abril?

¡Qué risa tan jocunda era su risa!
¡Qué correr tan ligero el de su pie!
¡Qué malicia tan cómica en sus ojos!
¡Y en su malicia, cuánta candidez!

¡Tal fue Belkís! Fugaz estrella errante,
el canto de una alondra, blanca flor...
Y al irse nos dejó por toda huella
un arpegio, un perfume y un fulgor.

CUMPLIDA HA SIDO...

El día tan doloroso para ti, mamacita, en que fui separada de tus brazos, mi viaje hasta la Suprema Gloria lo hice entre las alas de mi amoroso Angel Guardián, por lo que todo el trayecto lo recorrí en un dulcísimo éxtasis que no me dejó presumir tu desesperación de aquella hora.

Y como en el Cielo no se conoce la aflicción, de ahí que mi corazón tampoco después haya sentido pesar alguno, sino más bien regocijo, por todas las lágrimas que el hondo vacío de mi ausencia ha arrancado a tus dulces ojos, madre mía; porque esas lágrimas son la más pura ofrenda de tu alma al Señor; y han de servir para allanar y esclarecer tu camino de ascensión hasta el Trono Omnipotente, a cuyos pies te espera tu hijita amada.

El Divino Redentor ha querido que así sea siempre; como una depuración terrenal del alma de las madres que un día han de venir al Reino de los Cielos para juntarse con los tiernos hijos de sus entrañas. En el Paraíso, sólo unos labios absolutamente purificados, pueden posarse en una frente inocente. Y para ejemplo de la santísima resignación que ha de exaltar aquel cruento dolor, sometido fue al máximo de sus martirios el corazón de la madre más pura que ha existido en la tierra: la inmaculada María de Nazaret.

Nuestro buen Dios sabe que tú sigues con inquebrantable devoción ese ejemplo, madre querida, y de ahí la íntima esperanza que abrigo de que un día, no lejano quizá, me será permitido bajar a la tierra para besar tus pálidas sienes doblegadas bajo el peso de mis

recuerdos, mientras tus labios murmurarán la más humilde de tus oraciones:

"Cumplida ha sido en mí tu voluntad, Dios mío. Gracias te doy por ello. ¡Amén!"

EL PECADO INOCENTE

¿Lo sabes tú, mamacita?

Cada mortal, al presentarse ante nuestro Juez Supremo, trae inscritas en la frente buenas y malas acciones de acuerdo con los preceptos de las Santos Mandamientos. Y como al llegar el turno de mi comparecencia, yo repasara en la mente mis pecados, recordé con espanto todas las mentiras que había dicho en mi breve paso por la vida: a ti, a mis maestras, a mis compañeras de escuela, a mis amiguitas de juegos y diversiones... Y sentí que mi rostro se cubría de rubor, porque ya había presenciado cómo la mentira es fuente creadora de muchos otros vicios y pecados: el falso testimonio, la hipocresía, la calumnia, el perjurio, la traición.... Sí; yo estaba encendida de vergüenza y agobiada de temores.

Y como era mi vieja costumbre en todo caso de apuro, desde el fondo de mi alma apelé a tu amor, para que también en aquel trance me ampararas y defendieras.

Mas, el Padre Eterno, al verme tan abochornada y tristecita, me sonrió y me besó en la frente, que yo creía tener cubierta de signos acusadores.

Entonces, toda confusa, prorrumpí:

—¿Cómo, Señor Dios, me besais así?..¿Acaso no reparasteis en mi frente las mentiras que dije durante mi corta existencia terrenal?

Y El, con una voz tan dulce y cariñosa que me hizo recordar la tuya, me contestó:

—Tus mentiras, niña querida, fueron risueñas travesuras infantiles sin pecado alguno; porque en ellas nunca hubo el propósito de encubrir un ruin engaño ni de perjudicar a otro ser.

Y mientras Él hablaba así, su suave sonrisa penetraba en mi conciencia, iluminándola, como limpio rayito del amanecer que se deslizase en un escondido nidal de sombras.

Y yo, a mi vez, reí contenta y feliz, no sólo por sentirme liberada de mi pequeño fardo de mentiras, sino, también, al pensar que en tu alma, tan pura, jamás se abrigó la turbia falsía, ni, mucho menos, el inicuo propósito de hacerle daño a nadie. ¡Oh, mi dulce y buena mamacita!

YO QUISIERA SER...

Las dos amiguitas que esta mañana me acompañaban en mi paseo por la ancha avenida del cielo que los mortales llaman la Vía Láctea, iniciaron su conversación así:

Dijo una de ellas:

—Si yo bajara a la tierra, quisiera ser el alegre rayito de sol que entra por la ventana en la Iglesia de mi pueblo y se prosterna a los pies del Señor para besárselos con santa devoción.

Y dijo la otra:

—Si yo bajara a la tierra, quisiera ser limpio claror de la luna que se posa en el semblante afligido de nuestra Señora de los Dolores, para cubrir su frente con la suave ternura de mis caricias.

A mi vez dije:

—Si yo bajara a la tierra...

Y callé, temerosa de que mis dos compañeras hallaran egoísta, y tal vez irreverante, mi anhelo íntimo.

Mas, ellas insistieron en saberlo y les confié:

—Pues bien; si yo bajara a la tierra, quisiera ser el ala oscura de la noche que llena de sombras la alcoba de la madre mía. Me echaría en el lecho donde ella descansa de sus afanes en la vida, para envolver su cuerpo por todas partes, y que así, bien abrigada en la suavidad de mi cariño, se rindiera a un dulce sueño en que me viera tal como me encuentro hoy, contenta y dichosa en la gloria del Señor, y que, con esta grata visión en los ojos, despertara al amanecer y fueran sus horas del día todas radiantes y felices.

Al oírme, mis dos amiguitas, lejos de reprochar mi anhelo, me estrecharon en sus brazos enternecidas.

EL DÍA DE REYES

Era la hora del crepúsculo.

De repente resonó un tropel de cabalgaduras que avanzaban hacia nosotros y una voz gritó:

—¡Los Santos Reyes! ¡Los Santos Reyes!

Y la bulliciosa colmena infantil que en espera de ellos llenaba los jardines paradisíacos, pobló de cánticos y aclamaciones los espacios celestiales.

Nuestra amable Santa Teresita fue la encargada de mostrárnoslos:

—Aquél de la tez negra y lustrosa como pulido azabache, es Baltasar. El que le sigue, tallado en bronce, alto, fuerte y poderoso, Melchor. El último, de la barba patriarcal, y blanca como hecha de un celaje, el buen Rey Gaspar.

Es éste el que se detiene ante el grupo que formamos mis compañeras de coro y yo.

Se acerca y con paternal benevolencia nos dice:

—¿Qué queréis os traiga de la tierra?

Y entonces fue el alborozado pedir de cada una de nosotras:

La primera quiso una estampita de la Virgen de su pueblo; la segunda,un retrato del hermanito que había dejado en los brazos de su nodriza; otra, una crucecita de plata que su mamá llevaba siempre en el cuello; la de más allá, flores del rosal sembrado por sus manos en el patio de su casa.

Y así, sucesivamente, cada cual hizo un pedido de acuerdo con sus deseos, largamente acariciados como cuando estaban en la vida terrenal.

Yo era la última en la fila. Cuando llegó mi turno, yo tenía mi solicitud bien preparada. ¡Oh, sería la más preciosa de todas!

Pero, al ir a decirla me intimidé. Lo que yo deseaba con mayor anhelo, me pareció, de pronto, imposible de obtener.

Al notar mi evolución, el buen Rey me animó de esta manera:

—Habla, querida niña, no tengas miedo; lo que pidas te será concedido.

—Una mirada de los dulces ojos de la madre mía, prorrumpí no sin alguna timidez.

—Queda contenta; tus deseos serán cumplidos.

Figúrate, madrecita, mi inmenso regocijo: ¡Tendría una mirada tuya para alumbrarme hasta el corazón!

Y figúrate mi ansiedad durante muchas horas de la noche, mientras aguardaba el retorno de los tres viajeros.

—Al amanecer tendré una luminosa mirada de los ojos más lindos que hay en el mundo, me decía a mí misma.

Al fin me rindió el sueño. Pero, también en sueño acariciaba la promesa del buen Rey y le veía venir a mí con su precioso obsequio.

Ya de madrugada, fui sacudida y despertada por un tropel de cabalgaduras que pasaban.

Eran ellos; los tres Reyes Magos que volvían de la tierra con su numeroso séquito.

En dos saltos los alcancé.

—¡Rey Gaspar! Rey Gaspar, aquí estoy. Dime: ¿me trajiste mi regalo?

—Sí, querida niña; ahí lo tienes.

Y su mano me mostró un límpido lucero que avanzaba hacia mí, inundándome el alma con su dulcísimo esplendor. ¡Era la estrellita de Belén!

Sin poderme contener, caí de rodillas para darle gracias al buen Rey por aquella exacta interpretación que había dado a mi solicitud.... ¿Hay, acaso, madrecita mía, nada tan igual a tu mirada, como el suave y límpido fulgor de este lucero que guió a los tres Reyes Magos hasta el humilde pesebre donde nació el Divino Jesús?

EN VÍSPERA DEL GRAN DÍA

Albricias, mamacita. ¡Albricias!

Llegó ya lo que esperaba desde hace tiempo; mi permiso para bajar a la tierra.

Fue mi buen amigo San Pedro, quien me dio la gran noticia, y al escucharla, con impulso irresistible salté a su cuello y le cubrí de besos.

¡Oh! qué gran día será para mí el de mañana, cuando en alas de mi Ángel de la Guarda descienda hasta tu casa.

Quién sabe no estés allí cuando yo llegue. Te buscaré y al no hallarte, preguntaré por ti a las flores de tu balcón.

Y ellas, que sin duda no me conocen, a su vez preguntarán con extrañeza:

—¿Quién eres tú?

—¡Quién soy!.... Pues la hija muy querida de mi mamacita, que es la dueña de esta casa.

Y tus flores, creyéndome quizá loca, reirán alborozadas.

Pero, como yo estaré tan contenta, no haré caso de sus risas ni de lo que piensen de mí; sino que les daré la espalda y me iré a curiosear por tus aposentos.

Entraré en tu alcoba, me miraré en el cristal de tu tocador, acariciaré tus peines, tus ganchos de cabeza, tu perfumador, la mota de tus polvos, la cinta con que te sujetas los cabellos... Después, iré a tu armario, registraré tus ropas, aspiraré el aroma tuyo que se

desprende de tu kimono, de tus camisas, de tus guantes..... Por último, me echaré en tu cama y arrebujada en sus sábanas, te esperaré.

Y cuando te sienta llegar.....

¡Oh, cuando tú llegues!...

MI PRIMERA VISITA

No obstante las mil maravillas estelares escalonadas entre el cielo y la tierra, que mi bondadoso Ángel de la Guarda se complacía en señalarme, madrecita, mi viaje hasta tu casa lo hice en un solo vuelo, sin reparar en tales maravillas.

Verte, verte cuanto antes, era mi anhelo incesante, mi único afán.

No estabas allí cuando llegué; pero mi espera fue sólo de minutos. Oí tus pasos y corrí a ocultarme tras la mampara de tu saloncito de recibo, para sorprenderte con un grito, y que tú fingieras, como en otro tiempo, haberte asustado.

¡Tontuela de mí! No me había dado cuenta de que mi voz, absolutamente extrahumana, no podía alcanzar repercusión alguna en el ambiente terrestre; por lo que mi infantil estratagema no causó el efecto deseado, sino que continuaste tu camino, tranquila e indiferente, hasta el sillón más próximo, donde te dejaste caer.

Estabas fatigada y acezante. Corrí a ti y me lancé a tu regazo. Mis brazos rodearon tu cuello, y mis besos cubrieron tu cabeza, tu frente, tus mejillas, tu boca, tu garganta.

Y tú, al sentir mis caricias, las tomaste por los soplos de una brisa refrescante que te envolvía por todas partes, tonificándote.

—Oh, qué bien me hallo ahora, decías. Era así como mi hijita que está en el cielo, me acariciaba en otro tiempo, mientras yo la tenía en mi regazo, y la mecía, y la besaba, y la apretaba contra mi seno. Así... así...

Y, como antes, me estrechabas en tus brazos.
Y me besabas.
Y me remecías.
Y me arrullabas.
Y me dormí.

ENTRE FLORES

Hoy, aniversario de mi muerte, previendo que había de encontrarte junto a la tumba que guarda mis restos mortales, encaminé mis pasos al cementerio.

En efecto, allí estabas, madrecita mía. Cuando llegué, ya tú habías depositado sobre el duro mármol que ostenta mi nombre, tu ofrenda de flores, colmadas de besos y humedecidas por tus lágrimas.

El dolor tenía ceñida tu cabeza con la aureola del martirio, lo que daba a tu semblante un suave esplendor de santidad. Inmóvil como estabas, doblegada la frente, y las manos en cruz sobre el pecho, a la distancia se te habría tomado por una imagen fiel de la afligida María de Nazaret, en vela ante el sepulcro de su Divino Hijo.

Y cuando tu pesar parecía más profundo, súbito, desde el ramaje de un árbol vecino, rompió una alondra a cantar y pobló de melodías el silencioso ambiente que te rodeaba. Alzaste, entonces, la cabeza y entregaste tu espíritu a los dulces trinos de la avecita, pensando, quizá, que en aquellas notas cristalinas había vibraciones de mi propia voz.

Y así era en verdad: por una de esas milagrosas transformaciones que el buen Dios me permite a veces, cuando bajo a la tierra, mi alma había penetrado en el pecho de la ingenua cantora para revelarle a tu sangrante corazón, con la dulzura de aquellas melodías, la bienaventuranza que yo gozo en la celeste mansión.

Y bajo la influencia del dulcísimo canto, tu dolor fue adormeciéndose blandamente, blandamente, hasta convertirse en una tierna melancolía, llena de paz y consuelo, que no había de abandonarte más en todo el día.

Después, cuando urgida por el reclamo de tus afanes cotidianos, y ya completamente resignada y confortada, abandonaste el cementerio, allí me quedé yo, para gozar a solas de la delicada ofrenda de tus flores.

Hundí la frente en ellas, cerré los ojos y me di a soñar que su aroma era tu aliento; la suavidad de sus pétalos, tus manos maternales; y el tenue rumor de las frondas que acariciaba mi oído, el blando arrullo de tu voz cuando me mecías en tu regazo.

Madrecita mía; yo te siento en todas partes donde hallo armonía, suavidad, paz, amor, así en la tierra como en el cielo.

LA LIMOSNA LUMINOSA

Al rayar el alba, mi dulce madrecita iba camino de la Iglesia, cuando se le acercó un infeliz pordiosero, comido de llagas, para pedirle una limosna por el amor de Dios. Buscó ella en su cartera, y al no encontrar allí siquiera un óbolo que ofrecerle, fijó en él sus ojos cargados de la dulce gracia de su compasión, y esa fue su limosna única.

Y el inválido, al recibir aquella luminosa dádiva, hizo una reverencia, y se alejó sonriente y feliz, como si hubiera alcanzado el más preciado de los tesoros; porque en la mirada de la madrecita mía había hallado la expresión sincera y cariñosa de una hermana que se echa encima el infortunio de su hermano desvalido.

Si yo fuera una pordioserita huérfana, madre querida, me pondría en acecho de tu cartera vacía, para pedirte una limosna por el amór de Dios, y que tú, por único donativo, me concedieras la dulce gracia de tus ojos cargados de afligida compasión por mi desvalida orfandad.

¡Y qué contenta me sentiría yo entonces, aunque no tuviera pan en todo el día!

LA NUBE IMPORTUNA

Hoy, la cuesta que se tiende desde el cielo hasta tu casa, madrecita mía, se me hizo más retardada a causa de una espesa nube preñada de lluvia que se interpuso en mi camino, oscureciendo mi vía de estrellas.

Pero yo, al verla allí, parada sin echarse a un lado para darme paso, púsele mi carita bien seria, como cuando jugaba con mis compañeras de escuela y yo hacía de maestra regañona. ¡Oh! cómo reías tú, entonces, al verme la frente adusta, los ojos en chispas y mis carrillos inflados exprofeso. ¿Te acuerdas, madrecita?

Pues bien; fue así como me le enfrenté a la importuna, sin temor alguno a sus roncos truenos ni a sus relámpagos fulgurantes.

Y le dije:

—Abridme paso, señora Nube. ¿Acaso no veis mi prisa por llegar donde mi madrecita?

Y ella, asustada quizá de mi fingida cólera, se apresuró a recoger su manto de sombras para franquearme mi camino de estrellas, diciéndome a la vez con acento halagador:

—Vaya con Dios la buena hijita, y que su presencia en el hogar sea la bendición del cielo.

Y aquí estoy, mamacita, con el saludo de mis besos en tu frente.

YO VIVO EN TU VOZ

Para llegar más pronto al salón donde tú, mi madre querida, debías lucir anoche la dulce gracia de tu voz llena de inefables armonías, me así a la cola de un cometa y me lancé a la tierra.

Mis alas tan suaves y pequeñas, son, a la vez, ágiles y expertas, por lo que mi arrojo no tuvo otra consecuencia que la de satisfacer, cuanto antes, mi anhelo de llegar a donde te encontrabas tú.

Madrecita mía; no te pongas orgullosa con esto que voy a decir, pues tú misma me enseñaste que el orgullo es uno de los siete pecados capitales; pero, escucha:

Allí, en aquel salón donde tantas amigas tuyas hacían resaltar sus encantos naturales con el esplendor de la seda, los brocados y las joyas deslumbrantes, tú, a pesar de la sencillez de tu traje y la modestia de tu porte, fuiste la reina de la fiesta.

Esto, nadie lo notó al principio.

Mas, cuando llegó el turno de tu recitación y se oyó tu voz, fue como si por todos los ámbitos se esparciera el dulce encanto de una melodía enternecedora.

Cesaron las risas, los comentarios, el rumor de los murmullos, y a los ojos de la concurrencia se asomó el alma que cada uno lleva por dentro y que tú hacías brotar con el solo influjo de tu voz, convertida en un arpa divina, cuyas notas, a veces, eran una cascada de perlas bulliciosas, y otras veces, lágrimas....

Nadie sabe por qué tu voz produce esa doble emoción de encantamiento. Nadie lo sabe; ni tú tampoco, madrecita.

Pero, yo lo sé, te lo voy a decir, como si fuera un secretico al oído.

Tu voz es de tal modo, porque en ella pones tu alma, y yo siempre estoy en esa alma tuya que vive de mis recuerdos.

Así, cuando ríes, es que ha asaltado a tu mente una de aquellas ocurrencias mías que a ti te causaban tantísimo alborozo.

Y cuando tu voz se empapa en lágrimas, es porque piensas que yo no estoy ya junto a ti.

En eso te equivocas, mi pobre mamacita. ¿Acaso no me sientes en el tibio rayito de sol que entra temprano en tu alcoba para abrirte los ojos? ¿Y en el ala de la brisa que refresca tu frente cuando el bochorno del mediodía la salpica de rocío? ¿Y en la rosada nube vespertina que a ti tanto te gusta contemplar desde tu balcón?

Y de noche, cuando tu alcoba se colma de sombras, ¿no me sientes llegar muy quedo a tu cama para decirte, como ahora: Que tengas muy dulce sueño, madre querida?

EL PREMIO

No se había apagado aún en los espacios celestiales el último eco armonioso de nuestros cánticos de adoración a la Divina Majestad, cuando la Bienaventurada Teresa de Jesús formuló esta pregunta:

—¿Cuál de las plegarias que acabáis de pronunciar, encierra la promesa más grata a los oídos de nuestro Padre y Señor? Quien la señale, alcanzará un premio esplendoroso que El mismo le otorgará.

"Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", prorrumpió, vivaz, una de mis compañeras.

Y tras esa contestación, plena de conformidad cristiana, una tras otra, se fueron todas las opiniones.

Y yo también abrí los labios para unir la mía al concierto general.

Mas, súbito, en una ráfaga tan pura que yo tomé por tu propio aliento, madrecita, acudió a mi memoria la santidad de una de tus enseñanzas convertidas en oración.

Y entonces, con acento en que rebosaba mi fe inquebrantable en tus consejos, dije la más noble de tus lecciones:

"Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores".

Y el Padre Eterno, desde lo alto de su Trono, me otorgó una de sus más tiernas sonrisas, que bañó de luz mi pobrecita cabeza doblegada bajo el peso de los recuerdos que me venían de mi antiguo hogar.

Y fue así como me gané, gracias a ti, madrecita, el divino galardón.

Sí, gracias a ti.... Porque, aun en el cielo, tus santas enseñanzas siguen siendo mi norte y mi guía.

ENTRE TUS BRAZOS

El frío anoche era intenso, y al llegar a tu alcoba, mamacita, como en otro tiempo, me apelotoné en tu cama, bajo tus sábanas que guardaban ese olor tuyo, tan suave y delicado como el de una flor de los campos.

A poco llegaste tú, y de rodillas ante la imagen benévola y acogedora de nuestro Divino Jesús, te prosternaste en humilde oración.

Tu frente, inclinada sobre el pecho, era como un pálido lirio que los afanes del día hubieran doblegado lánguidamente, sin marchitar su leve gracia.

Y tu plegaria, llena de unción y conformidad, ascendía al Señor, como el aroma de un incienso.

Mas, vino un instante en que tus ojos se enturbiaron de lágrimas; y fue tu aliento como un entrecortado sollozo, mientras mi nombre pasaba por tus labios.

Y entonces la mirada de Jesús se hizo una luminosa caricia y penetró en tu espíritu, llenándolo de resignación y consuelo.

Después: Sombra. Tranquilidad. Sueño....

Y en tu sueño repetías mi nombre, y me apretabas contra el pecho, sin saber tú, mamacita, que yo estaba entre tus brazos, y que, como en otro tiempo, aspiraba el olor de tu carne, tierna y pura como el de una flor de los campos.

LOS TRÈS RAPACES

Esta tarde, madrecita, para complacer mis recuerdos de colegiala, mi di a vagar por la risueña alameda que conduce a mi antigua escuela, cuando tropecé con tres rapazuelos entretenidos en arrojar piedras contra una inquieta avecilla, que en lo alto de un árbol se entregaba a la faena de dar comida a sus polluelos.

No sé si en otra ocasión ya te conté, que en veces el buen Dios me otorga la gracia de recobrar mis formas carnales, para que de ese modo pueda yo ejercer actos de su misericordia infinita. Y tal me fue concedido en aquel momento para impedir el desafuero de los tres enardecidos asaltantes. Me enfrenté a ellos y con la entonación suave y armoniosa, pero firme y convincente que tú empleabas al dirigirme tus amonestaciones, les dije:

—¡Alto ahí, amiguitos míos! ¿Cómo es posible que tres niños buenos y bien educados, como sois vosotros, os ensañéis así contra una pobrecita criatura de Dios que ningún daño os ha hecho?.

—Y a ti, ¿qué te importa? —me replicó el mayor de los tres.

—Pues, mucho que sí. Veamos: ¿Qué suponéis vosotros que en el hogar está haciendo ahora vuestra madre querida?

—De fijo, preparándonos la comida.

—¿Y os gustaría que alguien la hostilizara en sus quehaceres, dándole de pedradas?

—¡Libre Dios a quien osara intentarlo!

—Pues bien: he ahí precisamente lo que vosotros estáis haciendo contra esa madrecita ocupada en dar de comer a sus pequeñuelos.

Instantáneamente los tres rapaces dejaron caer sus guijarros, y un tanto avergonzados y otro tanto sonreídos, se miraron entre sí, me dieron la espalda, y dispusiéronse a marchar. Pero, antes de hacerlo, uno de ellos —precisamente aquel que momentos atrás se había enfrentado a mis amonestaciones— acercóse a mí y silenciosamente, con un gesto brusco que me dejó sorprendida, me tomó la mano y me la besó con solícita humildad. Tal como yo hacía contigo, madrecita, cuando una de tus cariñosas reprensiones me obligaba a un pronto y tierno arrepentimiento por cualquiera de mis travesuras.

Después, los tres muchachos se alejaron bulliciosos y contentos.

Y yo también quedé contenta, muy contenta; por aquel beso que aún tengo en la mano, madrecita, y que vengo a ofrecerte con el mismo regocijo íntimo que me animaba en otro tiempo, cuando te traía mis premios del colegio para llenar de resplandor tu gracioso semblante.

EL PAN NUESTRO

Aun en los momentos de mayor regocijo en los jardines del Paraíso, ¡cómo me acuerdo, mamacita, de las horas en que yo vivía en la tierra bajo el dulce amparo de tu cariño!

Tus besos me despertaban con el amanecer:

—Arriba, perezosilla; es hora de levantarse y prepararse para la escuela.

Y como yo me hacía la remolona, tus brazos me alzaban, y allí mismo, en mi camita, me hacías poner de rodillas para decir mi oración matinal:

"Padre nuestro que está en los cielos"....

Pero, ahora, si estuviera ahí todavía, siempre al lado tuyo, yo diría así:

—El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, y a cada niño dale una madrecita tierna y cariñosa como la mía.

Y Dios, que es muy bueno, me escucharía sonreído.

EL DIVINO MENSAJE

Sabiendo ya dónde había de encontrarte, mamacita mía, no paré mi vuelo de esta mañana hasta el portal de la Iglesia que acostumbras visitar cada día.

Y allí te vi, en el apartado rincón que tienes escogido para rendirle tu adoración al Señor.

Entre otras cabezas, la tuya se destacaba con esa humilde inclinación que de lejos te hace aparecer como la afligida imagen de la Virgen de los Dolores.

Y en el momento solemne en que el sacerdote alzaba entre sus dedos la Santísima Copa, vi, de súbito, posarse en tu hombro un ave blanca que acarició con el soplo fugaz de sus alas tu dulce semblante resignado.

¿Fue ilusión de mis ojos extasiados en tu santidad? ¡Quién sabe!

Mas, yo sigo creyendo que en aquel minuto, nuestro Padre Eterno, para premiar la santa conformidad de tu vida sin pecados, te envió su divino mensajero.

Sí, madrecita, fue al Espíritu Santo en forma de paloma, al que vi esta mañana bajar a tus hombros y traerte la bendición del Señor.

LA ELEGIDA DEL SEÑOR

Ayer tarde, en los Campos Elíseos, así que terminamos nuestra partida de tenis —en que las pelotas son luceros, y raquetas los más alígeros cometas— mis compañeras se pusieron a formar diversos coros en torno a las Elegidas del Señor.

Y como yo, con la mente cautiva en tu recuerdo, madrecita, me diera a pensar en que también tu dulce semblante es el de una Bienaventurada, la amiguita más próxima, extrañada de mi actitud apartada y silenciosa, me preguntó:

—¿En qué piensas? ¿Por qué no entras en cualquiera de nuestros coros?

—No; le respondí, yo aguardo a mi mamacita para ser del suyo.

Y esta contestación tan sencilla, provocó la hilaridad de mis compañeras, por lo que me sentí lo más confusa.

Nuestro Padre Eterno intervino entonces, y con su palabra tierna dijo:

—En buena hora aguarde la hija cariñosa a su madre querida. En tanto, sea su coro el de mis ángeles.

Y aquí me hallo, al pie del Trono Omnipotente, esperando sin impaciencia a la que un día llegará al Reino de los Cielos para ser una de las Santas Elegidas del Señor.

¡Oh! ¡qué contenta estoy!

EN LA ESCUELA

En la mañana de hoy, madrecita, sentí un ansia muy viva de oír las lecciones que tú das a las niñas de tu curso.

Y paso a paso contigo, sin que me vieras, me fui a tu escuela.

¡Oh, con cuánta satisfacción escuché el alborozado saludo que tus discípulas te dirigieron cuando apareciste en el aula de tu clase! Era como si cada una de ellas viera en ti a su propia madre.

Y el cariñoso saludo fue pagado con una de esas sonrisas de tu boca que es tan dulce como un panal de miel.

Y comenzó tu enseñanza, que decías con el mismo acento tierno y convincente que empleabas conmigo cuando yo iba por la vida.

Después, terminada la clase, salieron del plantel tus discípulas llevándose tu sonrisa de despedida.

Y ya, camino del hogar, cada una de ellas creía llevar consigo un blanco terrón de azúcar.

Que así son tus sonrisas, mamacita.

DULCE ANCIANIDAD

Anoche, madre querida, mi vuelo hasta tus balcones lo hice en un tenue rayo de luna, del que me despedí de este modo:

—Un millón de gracias, mi amable conductor.

Pero el rayito lunar no se fue; sino que entró conmigo en tu alcoba; y así que yo te hube besado en la frente, a su vez, trepó a tu almohada y posó sus dos alas en tu cabeza, recogiéndose en sí mismo con intensidad tan espesa, que por un momento me pareció que tus cabellos se habían convertido en un luminoso haz de plata, haciéndote aparecer más bondadosa, transparente y bella.

Y un regocijo muy tierno invadió mi espíritu, porque descubrí que en ti los años, lejos de causarle ningún perjuicio a tu querido semblante, lo revestirán de esa dulce gracia atrayente que es el reflejo de un alma exenta de pecados y consagrada siempre a las santas prácticas de la Ley de Dios.

¡Oh, qué hermosos años serán los de tu ancianidad, madre mía!

JUNTAS PARA SIEMPRE

Cuando el Señor se digne llamarte a su Reino, mamacita, yo iré en tu busca.

No importa que ya tu cuerpo esté sumido en el letargo que precede al vuelo de las almas; al llegar yo, tu corazón recobrará por un instante sus latidos, tus ojos se abrirán para mirarme, tus labios para murmurar mi nombre, tus brazos para recibirme en tu seno.... Y tus amigas, asombradas, se apresurarán a proclamar el milagro de tu resurrección.

¡Pero, no!.... Volverás a dormirte suavemente, muy suavemente, como se duermen para siempre los justos en la tierra.... Y juntas tu alma y la mía, emprenderán su ascensión al través de las luminosas regiones estelares.

La tuya irá de asombro en asombro, de maravilla en maravilla, de un regocijo tierno a otro esplendente; por lo que tus preguntas se harán ávidas e incesantes:

—¿Qué avenida es ésta que atravesamos, empedrada de zafiros titilantes?

—La Vía Láctea.

—¿Y aquel castillo de oro encendido, en cuyos balcones una doncella blonda y fresca pronuncia su adoración matinal?

—El palacio de la Aurora.

—¿Y ese otro que relumbra entre sombras con un límpido fulgor de perlas?

—El Alcázar de la Luna.

—¿Y quién este feroz arquero de flechas diamantinas que avanza impertérrito hacia nosotras?

—¡Oh! no le temas, madrecita, es el buen Sagitario.

Y así será por todo el camino.

Al llegar a las puertas celestiales, un coro de mis compañeritas nos rodeará con cándido alborozo. Y en medio de ellas, iremos a la presencia del Padre Eterno, quien, con blanda sonrisa y en premio a la santa resignación que mostraste en tu vida de afanes, dolores y tristezas, te señalará tu puesto entre sus Elegidas.

Y al lado tuyo, ya para siempre al lado tuyo, tu hija querida.

Y tu voz y la suya, como un solo acento, cantarán las alabanzas del Señor:

"Santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino, y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, Amén".

MEDALLONES

A Pedro Lay

MARINA SOLER

Son como espigas de oro que el céfiro alboroza
los radiantes cabellos de Marina Soler;
y es su tez olorosa de una albura tan límpida
que fingen nieve y llamas el cabello y la piel.

En tanto sus pupilas de un azul fulgurante,
mantienen en silencio su incógnito augur...
¿Qué arcano, niña, guardas en lo hondo de tu pecho?
¿Borrascas y relámpagos, o una ilusión azul?

A veces me figuro penetrar ese enigma,
y guiado por la gracia que esparces en redor,
descubro cien tesoros de riqueza infinita,
perlas que fueron lágrimas, coral que fue dolor.

Mas, ¡ay! también a veces en tu nombre reparo,
y en la gracia felina de tu cuerpo al andar,
en tus rubios cabellos y en tu voz atrayente...
Y pienso que así fueron las sirenas del mar.

ROSA MATILDE CRUZ

En íntimo consorcio de esplendor y tristeza
tu nombre nos revela, Rosa Matilde Cruz,
las raras cualidades que ponen en tu vida
la sombra de un misterio y el fulgor de una luz.

Por la gracia del cutis, eres rosa de Francia,
y es de rosa tu aliento, si en dulce vibración,
palabras siempre ingenuas, traducen tus ideas,
o en risa siempre límpida, se abre tu corazón.

Mas, cuando un ser extraño se aproxima a tu puerta
y su fardo de penas allí dejar caer,
¡con cuánto afán solícito ese fardo haces tuyo,
y la sombra extranjera se hace sombra en tu ser!

Y así es como la mente, al escrutar tu vida,
con tu nombre hace un símbolo de tiniebla y de luz;
tal un rosal florido que envolviera entre pétalos
los brazos suplicantes de una doliente cruz.

PURA VARONA DE CAZADE

De esta gentil señora Varona de Cazade,
cuya tristeza dulce es flor de su bondad,
diré las alabanzas que su emoción conquista
si en un estrado pone su gracia a recitar.

La he oído en poemas que todos conocían,
de Chocano y la Storni, de Nervo y de Rubén
y su voz de tal modo nos daba nuevos ritmos
que en su voz cada ritmo nuevo poema fue.

Si eran tristes los versos ¡cuán honda su tristeza!
¡Y qué hechizo en su arrullo, cuando versos de amor!
Si encerraban nostalgias ¡qué palidez de luna!
Si irradiaban contento ¡qué alborozo del sol!

Y en versos que eran míos también sentí su magia,
y al engaño atraído de su magia al decir,
di al olvido mis crueles fracasos de poeta,
y en mis viejas canciones, callado, me aplaudí.

CARMEN QUIDIELLO

Su dulce nombre es Carmen. ¡Oh qué bien ese nombre
se apropia a los hechizos de su fina beldad!
Ya son sus pies dos lirios que hasta el guijarro adula,
ya el rostro finge un albo jazmín del Malabar.

Como champagne en copa de rosas coronada,
embriágame la gracia de su ingenio sutil;
y al escuchar la charla que su aliento perfuma
sueño con otro tiempo distinto al que viví.

A ella también transformo. Ya no es Carmen Quidiello,
la muchacha más linda de una tierra oriental,
sino que es Galathea, "blanca como la leche",
y el pelo en oro rizo como una onda del mar.

Y zagala otras veces, sus cándidas ovejas
a triscar lleva al Parque del Pequeño Trianón;
va risueña y confiada, pues yo guardo sus pasos,
la daga aun en sangre de un Condé o un Borbón.

Al final, un secreto diría a esta niña,
cuyo contacto es leve como un lazo de tul,
si fuera permitido a un corazón ya viejo,
en su entusiasmo cálido tener un sueño azul.

HERMINIA CREIG DE BUCH

Jardín de margaritas que un sol de mayo incendia,
es la blonda cabeza de Herminia Greig de Buch,
azucena es la frente, dos jazmines las manos,
y es gema en sus pupilas un miosotis de luz.

La grana de sus labios al céfiro enamora,
que un aliento tan cándido no halló en ningún rosal,
ni lirio que tuviera la gracia de su talle,
cuando mueve sus líneas el ritmo del andar.

Y así va por el mundo como en senda de flores,
de espaldas a la envidia, la mano pronta al bien,
sin espinas el alma y sin nieblas la frente,
apoyada en el brazo que es su amor y su fe.

Al verla tan hermosa transcurrir por la vida,
con fulgores de estrella, con fragancia de flor,
¿qué mucho que a su paso se inclinen, reverentes,
el mirto y los laureles, cerebro y corazón?

PAULINA SALAZAR

La brava sangre criolla borrarle no ha podido
aquel blasón materno que es el "esprit" francés;
y en su bridón de guerra quién sabe fue en la Francia
la linda y arrogante duquesa de Chevreuse.

Mas, no; mejor sería buscarle semejanza,
a esta bella entre bellas, Paulina Salazar,
con esotra Paulina, Princesa Bonaparte,
cuya beldad fue gloria de la Corte Imperial.

Miradla en el mármol que hizo inmortal Canova;
se piensa que este mármol tiene aroma y calor;
y si el rostro es prodigio de majestad y gracia,
la mano en que lo apoya es una tierna flor.

Hora en nuestra Paulina contemplad los encantos:
¡qué maravilla el cuerpo! ¡Cuánto primor la faz!
Y son sus breves manos tan lindas y sutiles
que es dardo de Cupido su más leve ademán.

CARMEN MASCARO DE MESTRE

Supo de verso y flores quien tu nombre te diera,
¡oh, señora de Mestre! ¡Oh. Carmen Mascaró!
pues, "carmen" es una verso de límpida cadencia,
y así también es "carmen" limpio jardín en flor.

¡Flores!... ¿Dónde tan bellas como el lis de tu frente,
o el lirio que en tu cara se transforma en clavel,
si alarma algún elogio tu modestia de artista,
o una alabanza incendia tu candor de mujer?

Y versos son tus ojos cuando en ellos se asoma
la emoción de tu alma, que es tierno madrigal;
y verso, verso, verso, la espuma de tu mano,
tu cuello entre jazmines, tu grácil levedad.

Luego, ahí está tu acento que es lástima o arrullo,
según la letra exprese matices del amor...
Y si es canción de cuna o ruego de la infancia,
tu voz se eleva al cielo y conversa con Dios.

ESTHER QUIRCH DE LORIÉ

¡En un país de Ensueños, clarines resonantes
anuncian a Su Alteza Esther Quirch de Lorié!
En dos alas, al punto se inclinan los artistas
y un homenaje todos le vienen a ofrecer.

Mas, a ella, ¿qué le importan ni palmas ni laureles,
si no son los que alcanza, siempre en gloriosa lid,
quien, tribuno del pueblo, es, al par, el poeta
en cuyos hombros posa su frente de jazmín?

¿Y qué pincel retuvo la gloria de sus ojos?
¿Qué noble clavicordio los ritmos de su voz?
¿En versos inmortales, cuál laúd nos daría
aquel sutil ingenio que es luz de su candor?

Miradla cuando mueve sus pasos sobre el césped:
diríase que al césped le ha brotado un rosal;
o bien, que ella en la mano lleva un cesto de flores,
y flores va regando su cándido ademán.

DULCE MARÍA PARLADE

Tiene el buen Dios sus días que se siente poeta;
irradia un sol de oro en cielos de zafir;
se incendian las tineblas con un fulgor de púrpura,
y hasta el infierno mismo se cambia en un jardín.

Sus obras más obscuras conviértense en poemas
de gracia y de perfume, de suavidad y luz;
la noche se hace aurora, florece el cardo en lirios,
y el ronco trueno adquiere blando son de laúd.

Para hacer dos pupilas bajo una frente diáfana,
cincela aquella frente con un rayo lunar,
y dos abismos colma con un lampo de estrella,
y en estos ojos negros nos brinda un madrigal.

Fue en uno de esos días cuando el bardo divino
su más lindo poema nos dio en una mujer,
que en el solar de Oriente es bella entre las bellas,
y entre las dulces, Dulce María Parlade.

YENY LÓPEZ

¡Ah! si hubiera una estatua de Venus Afrodita,
cuya carne de mármol encerrara el olor
de un jardín abrileño, donde el lis se mezclara,
con claveles y rosas, al naranjo botón.

Y la flor del granado en los labios tuviera,
y un aliento de brisa, y tan dulce la voz,
que en su voz ya surgieran vestidas las palabras
del hechizo invencible con que embriaga el amor.

Y esa estatua se fuera por el mundo y la vida;
Terpsícore en la danza, Atlanta en el "sport"...
Y que en versos gloriosos la exaltara un poeta,
y un violín la adulara con su más tierno son.

Decidme si en tal mármol no veríais la carne
de una linda muchacha, toda gracia y primor,
que en las tierras de Oriente Yeny López se llama,
y fuera en senda oscura un rayito de sol.

BELKÍS

¿Os acordáis de aquella dulce niña
que en la tierra llamábase Belkís,
y que al nacer ya trajo en su alba frente
cual símbolo, una frágil flor de lis?

Era tan tierna y a la par tan linda,
que bastaba con verla caminar
para que riera el labio por sí solo
con risa de cariño paternal.

Entre los bancos de infantil escuela,
como Belkís, ¿quién estudiosa fue?
¿Quién tan gentil al inventar un chiste?
¿Y quién tan dulce al prosternar su fe?

¿Y la visteis jugar, suelto el cabello,
que aromas daba al céfiro sutil,
mientras su faz dos chapas ostentaba,
pomas de enero o rosas en abril?

¡Qué risa tan jocunda era su risa!
¡Qué correr tan ligero el de su pie!
¡Qué malicia tan cómica en sus ojos!
¡Y en su malicia, cuánta candidez!

Tal fue Belkís: fugaz estrella errante,
el canto de una alondra, blanca flor....
Y al irse nos dejó por toda huella
un perfume, un arpegio y un fulgor.

DON FED. HENRÍQUEZ C.

(Ochenta años)

Ochenta años de vida en una tierra
por el rencor poblada y la maldad...
Contra el odio y la horrible sed de sangre,
se alzó su mano y fue pendón de paz.

Ochenta años de vida consagrada
al bien, a la enseñanza y al amor...
Cuando el abrojo se clavó en su planta,
besó el abrojo y convirtiólo en flor.

Ochenta años de vida por el mundo,
débil el cuerpo, sin temblor el pie;
si hubo tristezas, las confió a su lira,
y fue su llanto un cántico de fe.

¡Ochenta años! La blanca cabellera
con su nimbo de lírico fulgor,
antorcha es ya de la luz extraterrestre
que va camino del supremo amor.

Y cual la luz de un astro refulgente
después de extinto su fulgor nos da,
tras la muerte, por siglo de los siglos,
su espíritu a Quisqueya alumbrará.

ANA MOYA DE PERERA

Os digo, en verdad, señora
Ana Moya de Perera,
que es vuestro trato a manera
de una flor encantadora
que a las fugitivas horas
con blando yugo impusiera
gracia, aroma y suavidad...
Que el cielo os cuide, señora
como se cuida un rosal.

Y también guarde en su gracia
vuestro acento dulce y grave,
donde vibra, como en clave
de marfil, la aristocracia
de vuestra risa canora...
¿Os dijeron ya, señora
cuánta tierna hechicería
despliega, hasta en su ironía,
vuestra boca seductora?...
Se diría
que allí una afanosa abeja
si miel toma, también deja
el rumor de su alegría.

Y pues sois de tal manera,
al par que amiga sincera,
una dama encantadora,
¿qué mucho, gentil señora
Ana Moya de Perera,
que ante vuestro leve paso
se incline mi admiración,
y como alfombra de raso
os tienda mi corazón?

CONCHA MARGARITA VALDIVIA

(De sobremesa)

Al verte claman todos:
¡Qué bonita
es Concha Margarita!
Yo digo: "Sí, señor;
y muy principalmente
ahora que su mano inteligente
nos da una taza de café excelente,
como si fuera una ardorosa flor.

Mas, algo como diáfano vapor,
impregna el aire. Plácido sopor
a mi sentido impónele su ley.
¿Será el Tokey? ¿Tendrá aquel Tokey,
bohemio astuto, el alma de un traidor?
O el Champagne tal vez,
paje insinuante de su alteza Amor,
con gorgueras de tul como un virrey?
O bien, aquel Jerez,
arcaico gran señor
de pálido color,
que en mi trato íntimo más de una vez,
haciéndome apurar hasta la hez
la magia de su esprit embrujador,
y, ¡oh! portento de una edad senil,
en mi sangre infiltró con su vejez
un torrente de savia juvenil.

Los ojos cierro mientras el murmullo
que acuña un medallón con tu figura,
esmalta, de alabanzas tu finura
y acaricia mi sien como arrullo.
Oídles:
—¡Qué alegría, qué frescura
esparce por doquiera su hermosura!
Por ella en la mañana el avecilla
entona ufana su canción sencilla,
duérmese el mar, irradia la espesura,
copia el lis de su frente la blancura,
la rosa el arrebol de su mejilla.
Y si levanta al cielo la mirada
en una noche espléndida de abril,
¿qué es, ante ella, la bóveda azulada,
de estrellas mil poblada,
sino un espejo que se rompe en mil?...

(No es posible dormir, el murmurío
se va tornando en el fragor de un río).

Otro clama: —Si emerge su beldad
bajo la gloria de un salón en fiesta,
ella es Diana gentil que el dardo asesta
sin poner intención ni voluntad.

(Sacudiendo el letargo de la siesta
tócome el pecho y digo: "Sí, es verdad").

Habla ahora un poeta medieval:
—A veces un sutil desdén irisa
el húmedo carmín de su sonrisa,
y en su boca, que entonces es rosal,
florecen epigrama y madrigal;
su mano...

Yo interrumpo: —Mas, ¿por qué
no nos brinda su mano el "pus-café"?

MARTHA MARÍA LAMARCHE

¿Tiene, acaso, un lindo nombre
su fragancia peculiar?
Digo que sí, al dar el tuyo,
Martha María Lamarche,
y sentir que impregna el aire
un aliento florestal.

Tu nombre en alas del céfiro,
Martha María Lamarche,
se diluye cual si fuera
un andante musical,
en que violines de Hungría
interpretan a Mozart.

Música, aroma, poesía,
todo lo alado y fugaz,
se encierra en tu lindo nombre,
Martha María Lamarche;
pulido estuche del alma
que entre tus versos nos das.

Oh, tu nombre de poeta,
sonoro como el cantar
que una ondina enamorada
dijera a orillas del mar...
¡Tu nombre, tu lindo nombre,
Martha María Lamarche!

TERESA DOMENECH

Sí; yo sé lo que tus negros ojos
dijeron, con su tierna languidez,
frente al collar de fúlgidos diamantes
que en su vitrina contemplaste ayer:
—¡Oh, con ese collar en mi garganta
quizás cuán bella me hallaría él!
—¿Quién?... Pues aquél, Teresa, cuyo nombre
pone en tus labios un panal de miel.

Mas, ¡ay! quizás lo que esas mismas gemas
sintieron a su vez,
de honda ambición y de cruel envidia
al ver tu cuello, y que en su fina tez
un humilde collar de piedras falsas
se embriagaba en aromas de tu piel...
Y yo, entre ambos collares, Teresita,
el más tosco, también quisiera ser.

MONINA

¡Oh, la linda muchacha
a quien llaman "Monina"
porque eres el estuche
de la gracia exquisita,
quién el espejo fuera
donde tu faz se mira,
y una a una retrata
todas tus monerías!

La blonda cabellera
que a tu frente ilumina,
como un sol que esparrama
sus oros en la cima
de una comba montaña
por los hielos pulida.

Bajo la sien, tus cejas;
tal una golondrina
que a los cielos se alzara
con las alas tendidas
a captar los dos astros
que en tus ojos titilan.

Tus labios son dos uvas
de una cálida viña;

en ellos, ¡quién libara
vino de tus caricias,
aunque borracho quede
para toda la vida;
y en el gracioso hoyuelo
que lucen tus mejillas,
cuando el placer desata
el cordón de tu risa,
darte en un beso el alma
para siempre cautiva!

¡Oh, la linda muchacha
a quien llaman "Monina",
porque eres el estuche
de la gracia más fina,
quién el espejo fuera
donde tu faz se mira
y una a una retrata
todas tus monerías!...

Mas, no; mi mente loca
se forja ya otro prisma:
ser una fuente cándida
de transparente linfa,
oculta en el boscaje
de una floral campiña,
y donde, con planta ágil,
¡oh, preciosa Monina!
a sumergir vinieras,
en pleno mediodía
y ávida de frescura,
todas las monerías
que yo aún no conozco
de tu cuerpo de ninfa.

MEDIA LUNA
(Balada)

A Josefina Núñez

La media luna de plata
que la onda del mar retrata
navegando en pleno azul,
¿acaso es nave pirata
en cuyo tope remata
el pabellón de Estambul?

Contemplándola fanática,
en muda actitud hierática
la novia del alma está;
interrúmpela mi plática:
—¿Por qué la miras extática
si tuya nunca será?

Ahora es la misma luna
que se detiene importuna
al ver mi amada gentil,
y en su cabellera bruna
las hebras cuenta una a una,
las besa mil veces mil.

Y se escucha a la sordina
una orquesta cristalina
en la clave azul del mar;
cual si en sus teclas, la fina
y ágil mano de una Ondina
interpretara a Mozart.

En tanto, nube agorera,
en la callada manera
de negro buitre traidor,
álzase en la azul esfera,
trepa a la luna, y artera
la ahoga sin compasión.

¿Do está la nave pirata
en cuyo tope remata
el pabellón de Estambul?...
¡Ay! de aquel astro de plata
la ancha mar sólo retrata
un fantástico ataúd.!

Rómpese el féretro y fuera
asoma una calavera
su descarnado perfil;
¡oh, Selene, quién dijera
que en tus órbitas tuviera
su oculto nido un reptil!

Mas, con su cuenca vacía
bajo la nube sombría
vuelve a mirarnos tenaz.
—¡Cesa oh, Luna! en tu porfía,
la novia del alma mía
no será tuya jamás.

BEATRIZ ARCINIEGAS

(Bandera Colombiana)

¡Oh, Beatriz
la niña blonda y feliz!

Orgulloso colombiano
quien gane tu linda mano.
Doquier vaya por la Vida
con tan noble compañera,
a la par llevará erguida
la gloria de su bandera,
en tus frescos labios rojos,
el zafiro de tus ojos
y el oro de tus cabellos:
¡onda, gracia, luz, destellos!

Y en los momentos de ruda
batalla contra la duda,
el odio y la envidia artera,
siempre desplegada al viento
del más puro sentimiento,
verá flotar su bandera
con fúlgidos destellos:
en tus labios siempre rojos
el zafiro de tus ojos
y el oro de tus cabellos...

¡Oh, Beatriz,
la niña blonda y feliz!

FLOR DE ENSUEÑO

A María Calderón Rodríguez

¿A qué darme su nombre?... Su nombre por la vida,
su nombre en el tumulto, su nombre del salón;
y que entonces yo sepa, por qué en su frente pálida
hay sombras de misterio y hay tal vez un dolor.

Ni qué nombre tendría su aroma y su fulgencia,
fuera Venus en los cielos, o ardiente rosa al sol;
ni aquella suave gracia que ella esconde en los ojos,
y en su sonrisa tenue, y en su apagada voz.

Ni me contéis tampoco sus triunfos resonantes,
ya en casinos e hipódromos, ya en señorial mansión,
cuando bella entre bellas y emperatriz del baile,
mancebos jactanciosos dispútanse su amor.

¡Oh! no me digáis nada de lo que a ella atañe;
ni la calle en que vive, ni cómo es su balcón...
Dejádmela en mi ensueño, tal como hoy la miro:
blanca estrella en la noche, y en el día una flor.

FABIOLA CALDEVILLA

¡Fabiola Caldevilla, Fabiola Caldevilla,
qué tierno y gran artífice fue contigo el buen Dios,
cuando puso en tu frente el balcón de una estrella
y te puso en los labios doble encanto de flor!

¡Y qué extraño contraste se advierte en esos labios!
Ya son de ardiente rosa sus pétalos al sol,
ya ocultos en la noche, por gracia de su aroma
del más cándido lirio regalan la ilusión.

Su luz te ofrece en tanto la estrella de tu frente,
y en el arte en que Vinci su genio esparramó,
nos brinda tu pincel prodigios de arte sumo,
en sonrisas o lágrimas, en sombras o fulgor.

¡Que Dios te guarde siempre, Fabiola Caldevilla,
con tu estrella en la frente y en los labios tu flor!...
¡Y linda, siempre linda!... ¡Más que todas las flores!
¡Más que todos los astros! ¡Tal como te hizo Dios!

Fabio Fiallo en foto de 1897, presumiblemente de Abelardo.

AUTORES HISPANO-AMERICANOS

CANTABA EL RUISEÑOR

FABIO FIALLO

Portada de la edición de lujo de *Cantaba el ruiseñor*, Berlín, 1910.

Rubén Darío en compañía de nuestro poeta, durante los años de su gran amistad.

Direccion Telegrafica :
Santaguido-Paris

Codigo : A. B. C. 5th

MUNDIAL

MAGAZINE

Director Literario
RUBEN DARIO
~~Boulevard des Capucines, 24~~ Rue Herschel

Director Artistico
LEO MERELO

Administradores
ALFRED & ARMAND GUIDO
6, Cité Paradis, 6
Teléfono 300-36

PARIS Julio 28 - 1911

Caro Fabio:

Güicho, o el petit Rubén, te saluda y te aparece su caballo, con el cual se va á retratar.

Envíame un cuento dominicano, pronto, para hacerlo ilustrar bien.

¿Viste las cosas de Rufino Blanco Fombona? Pues si llego á elogiarlo mas ¿qué me pudie_ suceder, mon Dieu? Suavemente, me aparto, me alejo.

¿Cuándo vienes? Hace aquí un calor horroroso. Yo no salgo ni á la calle. Salud, buena

Recuerdos a Atala y René; y quedo tu amigo

Rubén Darío

Carta de Rubén Darío a Fabio Fiallo, escrita en una hoja que tiene el membrete del *Mundial*, magazine que el primero dirigió en París, en 1911. Texto:

París, julio 28 de 1911.

Caro Fabio:

Güicho, o el petit Rubén, te saluda y te agradece su caballo, con el cual se va a retratar. Envíame un cuento dominicano, pronto, para hacerlo ilustrar bien.

¿Viste las cosas de Rufino Blanco Fombona? Pues si llego a elogiarlo más ¿qué me pudiera suceder, mon Dieu? Suavemente, me aparto, me alejo.

¿Cuándo vienes? Hace aquí un calor horroroso. Yo no salgo ni a la calle, salud, buena. Recuerdos a Atala y a René; y quedo tu amigo.

RUBÉN DARÍO

Vierten veneno mis cantos
¡Cómo no ha de ser así
Si tantísima ponzoña
Derramaste en mi existir

Veneno vierten mis cantos
¡Cómo no ha de ser así
Si en el corazón mil puñales
Llevo, y ¡ay! te llevo a ti.

Manuscrito del poema inédito de Fabio Fiallo que aparece en este libro con el título de "Vierten veneno mis cantos".

APÉNDICES

SUS CARTAS[1]

A mi amigo Arturo B. Pellerano.

Aquí las guardo. Exhala la primera,
matizada con tintes de amargura,
aquella melancólica ternura
que de su alma sencilla aroma fuera.

De ella en el corto pliego suscribía:
"Ámame como te amo, con fe ciega:
me has dicho que soy flor; tu amor me riega
y si tu amor me falta, moriría".

1. Este poema lo publica Fabio Fiallo en *El Eco de la Opinión*, el 11 de octubre de 1888, cuando tenía 22 años. Su importancia reside en que se trata de un texto que pone en evidencia su estilo primero, que abandona rápidamente. Se observa en él su extensión, 32 cuartetas, las 5 primeras rimadas, como redondillas y las demás como serventesios, lo que demuestra inseguridad en el manejo de las estructuras. Es notorio, además, el tipo de lenguaje y recursos que emplea, giros propios de un neoclasicismo decadente. El autor de *La canción de una vida* reflexiona y se desentiende de ese mundo superabundante, de excrecencias retóricas, y toma un camino donde alcanza una depuración y contención perdurables. De aquí la importancia de este poema que posibilita el conocimiento de esa atinada transición del poeta.

Contiene la segunda unos renglones
escritos con su letra más menuda.
Que borra el llanto, y dice: "Ya la duda
destruye flor a flor mis ilusiones.

"Cansada anoche de esperarte ansiosa,
me puse a recordar aquellos días
en que, ebrio de pasión, soñar me hacías
cielos de gloria en porvenir de rosa.

"¡Quién pudiera borrar ese pasado,
vivir como antes pura e inocente,
tranquila la conciencia, alta la frente,
el corazón en calma y sosegado!"

Es la última, tristísimo sollozo
de Safo por su amante desdeñada;
es el grito en que estalla doloroso
el pecho de Desdémona ultrajada.

¡Cual rugen del dolor los aquilones
al copiarla, con hórridos bramidos,
y siento el corazón hecho girones
retorcerse entre nudos de gemidos!

¡Oídla, dice así: "Flores benditas,
que un tiempo perfumasteis mi existencia,
¿por qué, por qué en mi seno ya marchitas
os contemplo sin brillo y sin esencia?

"Ilusiones purísimas del alma,
que en un tiempo halagasteis mi pasión,
¿por qué en triste viudez y horrible calma
dejasteis mi sensible corazón?

"Imagen seductora del infame,
serpiente de mi edén fascinadora,
¿cómo obtener que mi alma no te llame
si apesar de tu infamia ella te adora?

"Te adoro, sí te adoro con vehemencia,
con la fuerza febril del corazón,
porque eres tú mi Dios y mi creencia,
y sin ti no vislumbro religión.

"Te adoro, sí; porque bebí en tus ojos
esta loca pasión que me devora,
y aspiré en tus ardientes labios rojos
el fuego que en mi seno me atesora.

"Y torrentes de dicha en tus caricias
delirante y frenética apuré,
y nuevo mundo de íntimas delicias
en tus amantes brazos trasoñé.

"Y te amo siempre más, porque no puedo
apartar de mi mente la memoria
de aquella noche que causó mi miedo
y de aquel miedo que formó mi gloria.

"¡Ay! ¿te acuerdas?... Callada era la noche,
principiaban los astros su carrera;
la luna parecía rico broche
prendido en el ropaje de la esfera.

"Yo estaba como siempre enamorada,
tú estabas como nunca satisfecho...
trémula y por tus besos abrasada,
la frente recliné sobre tu pecho.

"El silencio, el aroma de las flores,
el fuego de tu aliento, tus caricias,
el éxtasis que engendran los amores,
agitando sus alas de delicias;

"¡todo me convidó a que fascinada
los tuyos beso a beso te volviera,
y ciega, y delirante y trastornada
en tus amantes brazos me rindiera!

"En el deleite la hora transcurrida
es minuto... Por fin nos separamos
después que del placer la copa henchida,
sedientos de amor, juntos apuramos....

"¡Te alejaste! Después ... vagos temores
me asaltaron, suspiros y sollozos,
ayes del corazón desgarradores,
negros presentimientos dolorosos.

"Y absorta contemplé sobre mi frente
brillando al nuevo sol hilos plateados,
triste y pálido el rostro que sonriente
tuve, y mis negros ojos apagados.

"Y la noche de aquel amargo día
me sorprendió intranquila y cavilosa,
y no estabas tú allí, y en mi agonía
maldije la existencia dolorosa.

"Después...¿mas para qué llenar la mente
con los recuerdos del ayer querido,
si al remover esa ceniza ardiente
no ha de brotar el fuego amortecido?

"No turben mis sollozos la ventura
ni experimente mi dolor jamás,
y olvida esta infeliz que en su amargura
no sabe sino amarte más y más.

"Cual puro incienso que de aromas llena,
el mismo fuego que voraz le abrasa:
cautiva que bendice su cadena
o víctima el puñal que la traspasa.

"Así yo en mi penar agudo y fiero,
tu desamor bendigo por ser tuyo,
y ser esclava de tu amor prefiero
a de otro dueña ser, y ser su orgullo.

"Mas si mañana con traición te paga
y el juramento de su amor olvida
esa que te enamora y que te halaga,
ven, la misma estaré que en la partida.

"Esclava siempre fiel de tu exigencia,
asidua compañera en tus dolores,
perfumando tu vida con la esencia
de mi amor, y tu senda con mis flores.

"Y mientras tanto vuela, tras los sueños
que te ofrece la ardiente fantasía:
tus ilusiones goza y tus ensueños,
¡vendrán los desengaños algún día!

"Y cual nítida nieve en alta cumbre
a los rayos del sol desaparece.
O fuego fatuo que con falsa lumbre
brilla, crece y de súbito fenece;

"así se borrarán tus ilusiones,
cuando la realidad horrible y fría
ahuyente con su luz esas visiones
que hoy engendra tu loca fantasía.

"Y hasta entonces, ¡adiós! mi único sueño,
tú a quien altar formé como a mi Dios,
castísima creación de mis ensueños,
mi amor del alma, mi ilusión, ¡adiós!"

SONETO[1]

A Vicente Méndez, dueño de la Fábrica de Cigarrillos "La Mascota"

De ira bramando el vendaval fragoso,
desgarre y tronche el roble corpulento;
cadáveres hacine ciento a ciento
rugiendo en rabia el rayo poderoso.

De espumas coronado el mar airoso
su valla rompa con gigante aliento;
húndase el mundo; caiga el firmamento
en el abismo de Plutón furioso.

De Febo rutilante el carro ardiente
en el espacio con fragor reviente;
la Suprema Razón vuélvase idiota
horror ninguno afligirá mi pecho
mientras de Méndez la sin par "Mascota"
fumando gozo en mi mullido lecho.

1. Publicado en *El Eco de la Opinión*, No. 512, 14 de septiembre de 1889.

RUMORES[1]

Cuando la aurora tímida y sonriente
beso de luz en su pupila hermosa
deposita, y el aura cariñosa
con rizos de tu pelo orla tu frente,
en el roce del aura y en el beso
¿no te parece el eco percibir
de voz muy tierna que te dice: "niña,
en tus recuerdos me unirás a ti?"

Cuando desciñe su argentado velo
sobre el mundo la noche pensativa,
y tú doblegas la cabeza altiva
al remontar tus preces hasta el cielo,
en el murmullo que la noche lanza
¿no te parece el eco percibir
de voz muy triste que te dice, "niña,
en tu oración te acordarás de mí"?

1. Publicado en *El Lápiz*. Año I, No. 1, del 18 de enero de 1891.

Más tarde, cuando un hada misteriosa
vierte sobre tus ojos el beleño,
y tus sentidos rinde al blando sueño
y acaricia tu frente poderosa,
¿no te parece como que un suspiro
viene tus rojos labios a besar,
tu dulce sueño cariñoso halaga,
besa otra vez, y tórnase a alejar?

RUEGA POR MÍ

(En un libro de oraciones.)

Cuando al Señor eleves tu plegaria,
con fe sincera ruégale por mí,
y pídele, amiguita, que me vuelva
las del alma creencias que perdí.

Mi madre allá en el cielo y tú en la tierra
juntas por mí levanten su oración,
que tal vez de dos ángeles los ruegos
¡alcancen a mis culpas el perdón!

---

1. Publicado en *El Lápiz.* Año I, No. 6, 21 de abril de 1891.

DE MI ÁLBUM[1]

Soñaba anoche que tus ojos claros
con su expresión más tierna me besaban,
y que al dulce contacto de aquel beso
el ángel del dolor quebró sus alas.

Desperté... ¡por la abierta celosía
tendí al azul del cielo la mirada,
y vi, frente a mi lecho, dos estrellas
que con su luz mi sien acariciaban.

1. Este poema se publica en *El Lápiz,* Año I, No. 10, del 18 de junio de 1891. En "Canciones de la tarde", 1920, en cambio, aparece con el título "Plática de estrellas", con modificaciones sustanciales. En esta edición de su Obra Poética se publican las dos versiones con el propósito de que el lector pueda por sí mismo comparar ambos textos y apreciar la forma a que sometía el poeta sus obras en procura de la máxima depuración.

VIBRACIONES[1]

Desafiando sereno, indiferente,
del piélago traidor la inmensidad;
en frágil leño, de cortante prora,
las aguas hiende marinero audaz.

En vano el ponto con furor intenso
entre montañas de olas le envolvió;
y cabalgando en su corcel de rayos,
en vano el huracán le atropelló.

Para vencer en la gigante lucha
dos armas tuvo el náutico tenaz:
su experto lino contra el viento en iras,
y su timón contra la hirviente mar.

---

1. Este poema lo publica Fiallo en el *Listín Diario,* Año VIII, No. 2373, del 24 de mayo de 1897. Ahora, revisando su producción poética, nos encontramos con tres poemas que poseen igual título: éste, otro que aparece en "Huerto de otoño", en la pág. 225 de esta edición, y "Hebe", que en su primera versión se llamaba "Vibraciones".

Por el revuelto piélago del mundo
navega el hombre en rápido bajel,
la lona encomendada a la conciencia,
el timón gobernándolo el deber.

¡Ay! de la nave que en el mar bravío
sorpréndele borrasca de pasión,
si recoge su lino la conciencia,
si el deber abandona su timón.

ESTROFAS[1]

¿Que es muy corto el espacio en que te escribo
para encerrar en él mi inspiración?
¡El dolor es más grande, dulce niña,
y cabe en el humano corazón!

Mientras más hondo y vivo el sentimiento
en menos frases se dirá mejor.
¿Toda la historia de Jesús, inmensa,
no cabe, dime, en la palabra «amor»?

Cabe, pues, mi pesar enorme y triste
en tan estrecho espacio de papel.
¡Más estrecho es el hueco de la tumba,
y toda la existencia cabe en él!

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, No. 17, del 4 de agosto de 1912, Tercera Época. Esta edición lo rescata.

VIERTEN VENENO MIS CANTOS[1]

Vierten veneno mis cantos
¡cómo no ha de ser así
si tantísima ponzoña
derramaste en mi existir!

Veneno vierten mis cantos
¡cómo no ha de ser así
si en el corazón mil sierpes
llevo, y ¡ay! ¡te llevo a ti!

---

1. Este texto se publica por primera vez. Proviene directamente de los manuscritos del poeta que poseen sus familiares. No tiene título, de modo que lo hemos bautizado con el verso inicial. Después de revisar todos sus libros, no comprendemos cómo el poeta no lo haya incluido en ninguno de ellos, puesto que el mismo posee valores expresivos de primera categoría.

¿Será un poema realmente suyo o una transcripción de algún poema ajeno? La grafía y el contexto general le pertenecen, así como el ritornelo que lleva a la constatación final. Puede pensarse también que andaba buscando un poema más apretado, a la manera de "Saeta", sin darse cuenta de su eficacia poética.

A FABIO FIALLO

Lo que había en el silencio de mi vida
de voz, canción, llamada, trino o queja,
no lo oirá ya Desdémona dormida
porque ya el ruiseñor no está en la reja.

La esencia de la sangre de mi herida,
el misterio profundo de mi queja,
y lo que puso en mi panal la abeja
mientras parió la leona en su guarida;

todo lo que hay en mí de complicado,
de pecador sutil o de perverso,
vino de amor o estracto de pecado,

abarcando en mi afán el universo,
todo eso lo he exprimido y lo he brindado
en sacrificio, inspiración y verso.

RUBÉN DARIO

París, 1910.

FABIO FIALLO. SUS LIBROS. EL POETA[1]

A Manuel Díaz Rodríguez

The Critic, with his avid eye for flaw
and measurements of arbitrary law,
who spends his inneffectual hours and pen
in jeering at the work of other men
is like the insect, blind and insensate,
that butts at things it never could create.

JOHN KENDRICKS BANGS

The noble pleasure of praising. Swinburne.

En la patria de Andrés Bello publicó Fabio Fiallo, años hace, *Primavera sentimental,* un tomo de versos. En la patria de Edgar Poe publica ahora *Cuentos frágiles,* un tomo de prosa, para el que escribo esta página. Fabio Fiallo ha escrito más versos y más prosa, pero de su obra literaria y poética sólo la antología de estos cuentos y estas poesías ha sido puesta en libro.

En sus cuentos Fabio Fiallo es el poeta de sus versos. Hay en

1. Tomado de *Primavera sentimental,* 1910.

algunos de sus cuentos más poesía que en algunos de sus versos. Él no es sino un poeta. Porque es un poeta ha escrito versos, y porque es un poeta ha escrito cuentos. Sus cuentos no son sino la forma amplia, libre, podría decir humana de su poesía. Su vida está llena de su pasión poética. Es azul su horizonte cualquiera que sea el espectáculo sobre el cual se abran sus ojos. El cuadro de cada día no le importa. Se diría que no toma parte en el drama diario. Pasa la vida en su carro ordinario, pasa incesantemente. Su compás, su igualdad, su sordidez, su estupidez, esparcen una sensación de suplicio. Sentimos el ultraje de una degradación sucesiva como los días y como los días interminable. Se llena el corazón de un gran espanto. Se rompe de angustia el pecho. Es una estrangulación en el abismo por largas y finas y crueles manos de hierro. Fiallo se refugia en las nieblas de una somnolencia invencible. Allí se duerme, allí yace dormido desde que comprendió. Su sonambulismo parecería una filosofía. El carro pasa, no cesa de pasar. Pero él ya no lo ve, ya no oye su ruido, ya no siente su espanto. Su interés en el drama ha terminado, ha leído el libro, lo ha cerrado, y se ha dormido sobre sus lomos.

No vive de él sino el poeta. Y es el poeta en el desierto, sobre el camello de las caravanas, y en el bosque humano, como en Nueva York, arrastrado en la carrera fantástica de un tren aéreo, o de un tren subterráneo. Para ser el poeta en todas partes basta que sobre el inmundo carromato de la vida, ante el cual ha cerrado él sus ojos, y cuyo ruido él ya no escucha, esplenda la figura de una mujer hermosa.

Es por la mujer por lo que él es poeta. La mujer es la luz de sus ojos y el sol de su espíritu. La mujer es su musa. Nada vale de la vida sino ella. Forma de mujer tiene para él el ideal. La mujer es el alma y la fuente de su poesía. Entre los casos y él está siempre la visión de la mujer. Las aguas, los cielos, los horizontes, no son espectáculos de belleza sino como fondo, como escenario, como decoración de la gran diosa. No es el sol quien lo deslumbra a él, es ella.

Todo Fabio Fiallo es una suave roca de indolencia. No hay problema humano ni divino digno de su atención. Urgidos, afanados, oprimidos, van todos. Él los mira y sonríe. Sonríe bondadosamente, la más bondadosa sonrisa que he conocido. Esta sonrisa es la luz y la flor de su filosofía. Se asombra él de que haya quien seriamente se apure y se preocupe. Nada vale la pena, parece decir la palabra inarticulada de su sonrisa, mientras interiormente está mirando la tumba de Homero en el lecho de arena.

Su actitud frente a la vida es de extrañeza y de abstención. Su gesto parece reproducir el asombro del mártir: ¿qué hay de común entre tú y yo? Su negligencia, que tal vez es madre en él de la ínclita virtud del desprendimiento, comunica la impresión de una gran sombra. Duermen en esta sombra, duermen sueño irrevocable, las fieras que eternamente estremecen el circo humano. Interés, egoísmo, vanidad, rivalidad, odio, no se incorporaron jamás en su corazón de su sueño de muerte.

Improviso la sombra se ilumina y el inerte se transfigura. Es que sus ojos están llenos de la aparición de una mujer bella. Vibra entonces todo él como una lira. Vibra toda la lira. Es abril. Cantan pájaros de oro, suenan campanas de pascuas. Verde de los prados, lirios de la espuma, rosas de la aurora, jardines del cielo en los entierros del sol, se hacen notas, se hacen música, y reunidas todas las notas y todas las músicas en el aire azul del sueño, vuelan a las alturas en un himno de gloria y de apoteosis. Cada rayo de sol es un camino que conduce suavemente, en alas blancas, al azur. La tierra ha abierto sus entrañas, y un tesoro de gemas brota de todas partes. Las cosas más burdas, las creaciones más torpes, se afinan, se ennoblecen, visten de ángeles. Todo es alas y pétalos, y ritmo y color. Todo es corola. Cada corola un vaso de fragancia. La vida se llama Harmonía.

El poeta bendice entonces la vida desde el fondo de su corazón. En realidad él está de rodillas, y de rodillas ora. Sus versos son oraciones de admiración y de enajenación. Es entonces cuando él es ruiseñor. El poeta está despierto. No es ninguna de las bellezas preciosas, o grandiosas, o misteriosas del panorama escénico de la naturaleza, es la belleza de la mujer la magia que realiza el milagro de interrumpir su abstracción, y romper su ausencia, y restituirlo a la vida. Levanta él entonces la cabeza de sobre los lomos del libro, y el entusiasmo, de que de otro modo es incapaz, hincha su pecho como el viento los senos de un velero. A impulsos de este viento, que es el viento del arte, y del águila, y de la historia, boga él hermosamente en mares maravillosos, en mares desconocidos, en que la vida es intensa como el fuego, y leve como la nieve, y sonora como el espacio, y silenciosa como el cielo, y pura, y fecunda, y divina como la fuente más inaccesible del milagro y el misterio.

Nada hay más claro que la psicología de esta prodigiosa influencia de la mujer en el alma de este poeta. Es en su obra literaria donde hay que buscarla y estudiarla.

El alma de Fabio Fiallo es un alma de belleza. Frente a todas las cosas él no pide sino belleza, expresión de belleza, emoción de belleza. Sus ojos están ciegos para todo lo demás. Su incompetencia para los negocios humanos, su indolencia, así se explicarían. Las energías de su voluntad, o mejor, su voluntad de vivir, termina donde se apagan los esplendores de la belleza. La belleza es la maravilla, y la mujer la maravilla de las maravillas. La mujer no es para él sino la más palpitante y potencial representación de belleza. Por la forma, por el color, por la gracia, por el misterio, no hay creación de belleza semejante. En esta creación ha concentrado él su culto y su alegría de artista.

Su pasión por la mujer es así alta y eminentísima devoción estética. Es el delirio por el arquetipo. Él no es jamás el hombre en este culto, él no es sino el poeta. Para sentir como él siente ante la belleza de la mujer es necesario ser un poeta muy hondo, muy lírico, muy sensitivo.

Así su poesía no canta otra cosa que la mujer, la belleza de la mujer, cual si ninguna otra cosa hubieran visto sus ojos. Diez y ocho composiciones cuenta el libro de sus versos. No hay una sola en que el motivo no sea una mujer. No hay tampoco en todas ellas una sola en que se perciba el menor estremecimiento sensual.

Su gran mérito como trovador consiste en que en sus trovas jamás están juntos el hombre y el poeta, jamás está sino el poeta. Su poesía está hecha de la visión de la deidad, sin que el infierno del sexo la turbe nunca. No concibe la mujer sino como una idealidad. Por ello su poesía es tan suave, tan dulce, tan noble.

Sus versos son breves, finos y ligeros. Son claros como cielos de mayo, y transparentes como gasas del cielo. Vuelan como alondras en un aire sereno.

Vierte él en la copa del metro una sola esencia, y la vierte en gotas. A las veces una gota es bastante. No hay verso suyo que no sea ave de la más acendrada esencia del alma.

Él da su emoción y su concepción en cada momento psicológico de arte. Vemos su manera de percibir y discernir, somos testigos de su inspiración y de su visión interior, palpamos la peculiaridad de su yo artístico. Él tiene siempre poco que decir, pero lo que tiene que decir es bueno y hermoso. Su poesía no es concentrada, pero es selecta. Recoge y expresa siempre un instante divino del alma y de las cosas. Por ello cada verso suyo es poesía, y por ello su poesía es sobria, y leve, y radiante, como abejas de oro. Observadores incom-

pletos podrían sospecharlo de esterilidad, pero esta esterilidad sería siempre su virtud más tutelar y su más característica prenda de poeta; porque no sería sino su incapacidad para extorsionar la musa y violar las leyes sagradas del misterio del canto, cantando lejos del instante divino de la emoción poética y artística. Cada vez que este instante se produzca en su alma, él hará versos, es decir, hará poesía, es decir, como una esencia o como una música la extraerá de su alma, donde ya vuela y vibra, y la encerrará, cual una nueva alma, en la blanca y eterna escultura del verso. En los labios de estas níveas figuras aladas, nobles pájaros líricos saben beber el néctar de los dioses.

"En el atrio", "Rima profana", "Plenilunio", "Rosas y lirios", es donde el poeta revela mejor la verdadera índole de su sentir poético y artístico. Lo más exquisito de su alma, que es la delicadeza, está sublimemente vertido en esas cuatro composiciones que yo amo con predilección en *Primavera sentimental.*

La aparición de la belleza en el atrio del templo determina en el alma del poeta el instante divino de la creación del canto. Su psicología en ese instante no es igual a la de los demás contempladores; es única. Sólo él permanece mudo. Un homenaje le rinden todos, menos él. Después todos viven tranquilos, menos él. Porque él es el solo que sabe ver la belleza, y el solo que sabe amarla. Su amor es intenso, inexpresable pasión de admiración. La visión de la belleza lo deja para siempre silencioso y turbado, sin palabra y sin calma. De este silencio y de esta turbación surge luego el ave divina, la divina ave del canto. La poesía es eso. Todos sabemos que el poeta hizo la más linda rosa de poesía que podía cultivarse en ese instante de esplendor del misterio.

"Rima profana" es menos intensa, menos entrañable, pero la gracia, la elegancia, y el corte artístico, están llenos de hechizo. Más bella es esta composición por la forma que por el fondo, y su mayor seducción está en su música. Son los versos más sonoros y más rítmicos de *Primavera sentimental.* El templo es también el escenario, y una blanca niña el motivo. El mármol suena como un piano al golpe vivo y ligero del dorado tacón. El agua sagrada se perfuma al contacto del guante. El deseo del poeta es romper con un beso la oración que la blanca niña eleva ante el ara,

donde un Cristo de marfil,
que el fondo oscuro ilumina,

muestra la gracia divina
de su divino perfil.

Este beso del deseo del poeta no es beso humano. Es castísimo beso de poeta, inefable beso de artista, por más que su poesía nos dé esta vez la impresión de hallarse él de rodillas sobre el "almohadón de rosas de la galantería". En su enajenación, el poeta no encuentra sino el beso para exhalar la dolorosa y sobrehumana epifanía de su alma ante la triunfal belleza de la blanca niña que adora.

"Plenilunio" es una escena inmortal como la del balcón en Julieta y Romeo. En Shakespeare los amantes presintieron la aurora. Aquí

cantaba el ruiseñor.

Es el amor, el amor auténtico, quizá el primer amor, bello de suyo, infinitamente más bello aún en el alma del poeta. Se siente un estremecimiento sagrado, y se muere de emoción. La luna se detuvo. De la propia manera Josué detuvo el sol. Un amor así es el milagro, y no puede sino ocurrir lo milagroso en torno suyo. La emoción del poeta no podía encontrar otra manera de expresión. Es precisamente en lo milagroso donde la poesía alcanza en versos como estos su mayor intensidad. La fortuna de este poeta es hallar siempre la forma más sobria, más noble y más completa de expresión de una actitud, un sentimiento, o una emoción del alma.

"Rosas y lirios" posee el fulgor y la alucinación de los lirios y las rosas. Es toda albura y púrpura en tonos suaves y tersos. No es posible cantar con arte más delicado y elegante la belleza de una mujer. El poeta ha hecho con pétalos y corolas lo que el escultor hace con piedra. La mujer de "Rosas y lirios" es su Venus, la Venus del poeta, frágil, fragrante, luminosa, ideal, por la que el poeta no siente pasión sino culto, fervor idolátrico, adoración sobrehumana. La fascinación que su Venus produce no es la de la estatua, sino la de las rosas y los lirios, caras a los adoradores del cisne.

Como cuentista Fabio Fiallo, ya lo dije, no es sino un poeta en prosa. Él no ha escrito cuentos sino para encerrar su poesía en un cristal distinto. Por ello los cuentos suyos que yo amo más son los que yo clasificaría bajo el título que Blanco Fombona dio a su primer volumen de cuentos. Los cuentos de Fabio Fiallo que yo más amo son sus cuentos de poeta. Bajo esta denominación incluyo "El busto de mármol", "La derrota de Eros", "La lección de Caos", "El

beso", "La inolvidable", y otros del propio género. Cuentos breves, como sus versos, finos, ingeniosos, delicados, llenos de arte y de gracia, como sus versos. El motivo es siempre un objeto de arte y de belleza. Mejor dicho, el motivo es siempre la mujer, sin que lo mismo que en sus versos, el demonio del sexo empañe con su aliento el cristal de su prisma. Es siempre la Venus de lirios y rosas, cuya blancura es un esplendor. Es siempre la concepción artística, el instante divino en el alma del poeta.

Para decir la dureza marmórea de unos senos de mujer, escribe un cuento, y resulta una preciosísima obra de arte que Mendés suscribiría con amor. Nadie ha hablado así de un seno de mujer.

Quiere comparar con un lirio el pie de la mujer amada, y escribe otro cuento, más bello aún si cabe, lleno del más vivo interés dramático, y desempeñado con un arte, una gracia y una destreza de maestro.

Cuando Díaz Rodríguez leyó "La lección del Caos" dijo que no había leído en muchos años nada igual. Este cuento es original, y su sugestión y su revelación son de una elocuencia y de una fuerza insuperables. En este cuento está todo el secreto y toda la emoción de la vida. Contiene íntegra la filosofía de la naturaleza. No existe una mejor explicación del misterio del caos. La vida es el caos hasta el advenimiento del amor. El amor es la luz. La derrota de las tinieblas vencidas por la luz, eso es el amor.

Tocados con la mano estos cuentos parecen naderías, brillantes y caprichosas frivolidades destinadas al viento en un día de "fiesta en el espacio"; pero en la perspectiva, y en la más alta contemplación espiritual de las cosas poéticas, estos cuentos, por la belleza artística de la concepción, por la gracia que de ellos emana como una luz, son pequeños tesoros literarios. "El busto de mármol" es un hallazgo.

Se diría que "La domadora" es inverosímil, pero lo que ese cuento significa y sugiere es profundamente humano. Como el poeta no es en estos cuentos sino poeta, a él le están permitidas ciertas artes que en sus manos son de un alcance y de una eficacia extraordinarios. Lo malo de este cuento es la forma, porque el asunto no es para prosa sino para verso. Lo cierto es que la tragedia de los celos jamás como en este cuento tuvo expresión tan intensa y tan conmovedora, ni el corazón de Margarita fue nunca tan abismadoramente denunciado.

Lo característico en Fabio Fiallo como cuentista lo mismo que como poeta es la sencillez de sus elementos de construcción. Toda su complejidad es inexpresada y psicológica.

El instinto aristocrático es también de su alma de poeta. Su obra literaria está poblada de personajes principescos. Hay condes y condesas. Hay marqueses y monarcas. Hay un príncipe amor, y un príncipe de mar. No es vano apego a la pompa real, es genuino anhelo de distinción y de elevación, porque él interiormente es señoril. En su corazón hay tanta bondad, y tanta mansedumbre en su temperamento, que no se descubre en toda su obra de arte un solo ademán de soberbia o de orgullo. Es seda lo que hila su espíritu; y su arte es impersonal y candorosamente aristocrático como el plumaje blanco de la góndola alada de los lagos azules.

Otro muy diverso género cultiva también este poeta en el cuento. Son cuentos que tienen algo del espíritu clásico, y mucho del viejo drama español. No son ya, como los otros, poemas en prosa estos cuentos, ni caben como los otros en la olímpica copa. No es ya él en estos cuentos el poeta de los instantes divinos.

La obra de Fabio Fiallo vivirá. Poetas de todos los tiempos sabrán amar la ingenua fuente lírica que canta en sus versos. Almas de belleza sentirán por siempre el contagio de su intuición y su sensibilidad. Y en su patria sus versos y sus cuentos serán para las futuras generaciones espirituales, raro modelo de buen gusto, de sinceridad, de emoción artística, de hidalgo sentir poético, de noble y sereno entusiasmo idealizante.

JACINTO LÓPEZ

Nueva York.

ÍNDICE

NOTA
Manuel Rueda 7

EL ROMANTICISMO DE FABIO FIALLO
José Enrique García 11
Su poesía 12
Su obra cuentística 24
La autenticidad de su romanticismo 33

PRIMAVERA SENTIMENTAL
Misterio 43
En el atrio 44
Desfile 45
Esquiva 46
Inmortalidad 47
¡Quién fuera tu espejo! 48
For ever 49
Es el amor que llega 50
Plenilunio 52
Astronomía 53

Rosas y lirios 55
Sidérea 56

RUMOR DE CADENAS

Oriflama 59
Entre hierros 61
No cuentes a las flores 62
Su acento 63
Los odios 64
En mi celda 65
Alas rotas 66
Tras las rejas 67

TRISTEZAS DE UN AMANECER

Tu nombre 71
Hebe 72
Flor de insomnio 74
Saeta 76
Noche de fiesta 77
Imposibles 79
Amargura 80
Astro muerto 81
Nocturno 82
Balada fúnebre 84
Su imagen 86
¿Qué me dicen tus ojos? 87

LA NIÑA DE MI AMOR

La niña que amo 91
Caminito de la playa 92
Ella es una lira 95
Rima profana 97
El balcón de la amada 98
La canción de los besos 99
Qué linda estaba 101
Su oración 103
Tardecita de enero 105
La niña que yo quería 107
¡Oh! mano semejante a blanca flor 109
Nunca más 111
La garra de un chacal 113
Mi risa 114
Flor de sangre 115
Plegaria 116

EL CINTO DE VENUS

Amor imposible 121
Carnet de carnaval 122
Marmórea 124
Champagne 126
Yo seré de tu séquito 128
Seducción 130
Gólgota rosa 132
Era una tarde 133

Lis de Francia 134
Fue un beso 136
Tras la sutil emboscada 137
Quiso ser lirio un lirio 140
Flor de borinquen 141
Mi prisión 142
Contra un mármol 144

LA RUECA DE ONFALIA

Las tres hermanas 147
Blanca flor 149
Cazador furtivo 150
Alas 151
Medioeval 153
Las campanas repican gloria 155
Las rosas de mi rosal 157
Disputa (De Uhland) 159
Oblación 160
El mensaje (De Enrique Heine) 161
Jardín de primavera 162

EL JARDÍN DE CAROLA

Sándalo 165
Evocación romántica 166
Una voz dirá tu nombre 169
Ave reina 170
Ruego 173
Radia una estrella 174

Con ávido ademán 175
El silencio de unos ojos 177
Visiones de la alcoba 178
Pídole al Señor 179
Sombra de tu sombra 180
Escucha, amada 181
Piedad cristiana 182
Eco esclavo 183
Pierrot 185
La canción de los recuerdos 186
Perfume 189
Impaciencia 190

LAS FLORES DEL SENDERO
El lírico carcaj 193
Escena Luis XV 195
Licor de embrujo 197
Flor de ensueño 199
Monina 200
Media luna 202
Del amor 204
Madrigal 206
Acuérdate de mí 207

HUERTO DE OTOÑO
Una lágrima 211

Mi infantina 213
Tras sus huellas 214
Nostalgia 216
La dulce visión 217
Los tres dones 218
Nochebuena 219
Estos pasos que conmigo van 220
Oh, alma, sedienta de amargura 221
Vibraciones 223
Los tres fantasmas 225
Eco triste 227
Con su sonrisa plácida 228
Pórtico 230
El Rhin alemán (Becker) 232
El Rhin alemán (De Musset) 234
Oasis 236
Dolor (Perífrasis) 237

CANTARES DE LA ADOLESCENCIA

Cantares de la adolescencia 241
Cantares 243

CANTO A LA BANDERA

I 253
II 255
III 257
IV 257

V 259
VI 260
VII 262
VIII 262
IX 263

POEMAS DE LA NIÑA QUE ESTÁ EN EL CIELO

Se llamaba Belkís 269
Cumplido ha sido 271
El pecado inocente 273
Yo quisiera ser 275
El día de Reyes 276
La víspera del gran día 278
Mi primera visita 280
Entre flores 282
La limosna luminosa 284
La nube importuna 285
Yo vivo en tu voz 286
El premio 288
Entre tus brazos 289
Los tres rapaces 290
El pan nuestro 292
El divino mensaje 293
La elegida del Señor 294
En la escuela 295
Dulce ancianidad 296
Juntas para siempre 297

MEDALLONES

Marina Soler 301
Rosa Matilde Cruz 302
Pura Varona de Cazade 303
Carmen Quidiello 304
Herminia Greig de Buch 305
Paulina Salazar 306
Carmen Mascaró de Mestre 307
Esther Quirch de Lorié 308
Dulce María Parlade 309
Yeny López 310
Belkís 311
Don Fed. Henríquez C. 313
Ana Moya de Perera 314
Concha Margarita Valdivia 316
Martha María Lamarche 318
Teresa Domenech 320
Monina 321
Media luna 323
Beatriz Arciniegas 325
Flor de ensueño 327
Fabiola Caldevilla 328

APÉNDICES

Sus cartas 331
Soneto 336
Rumores 337

Ruega por mí 339
De mi álbum 340
Vibraciones 341
Estrofas 343
Vierten veneno mis cantos 344
A Fabio Fiallo
Rubén Darío 345
Fabio Fiallo. Sus libros. El poeta.
Jacinto López 347

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de septiembre de 1992
en los Talleres Gráficos de
Editora Corripio, C. por A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, Rep. Dominicana